ANTONIO ARRIBAS

LOS IBEROS

EDICIONES ORBIS, S. A.

Esta obra ha sido publicada en su versión inglesa con el título
The *iberians* en la colección Ancient People and Places de la editorial
Thames and Hudson, bajo la dirección del Dr. Glyn Daniel
Prólogo: Dr. J. Maluquer de Motes Dirección de la colección: Virgilio Ortega

Escaneado para: http://es.geocities.com/jvgorrister/index.html

© 1965 Aymá, S.A. Editora © Por la presente edición, Ediciones Orbis, S.A. Apartado de Correos 35432, Barcelona

ISBN: 84-7634-225-X D L.B: 25821-1985
Compuesto, impreso y encuadernado por
Primer, industria gráfica s.a.
Provenza, 388 Barcelona
Sant Vicenç dels Horts
Printed in Spain

PRÓLOGO

La reconstrucción del proceso histórico de las sociedades primitivas ha sufrido en los últimos años una transformación radical. El simplista problema de «origen» que se planteaba ante cualquier pueblo o cultura ha sido abandonado a medida que el progreso de las investigaciones demostraba la extraordinaria complejidad de todo proceso histórico. Como consecuencia inevitable, la cuestión del «origen» ha sido sustituida por la «formación» de tal o cual pueblo o cultura.

Plantear simplemente el problema de «origen» sugería de modo inevitable una traslación, un movimiento, una migración, y era lógico que la reconstrucción del proceso tendiera a formular unos movimientos, unas invasiones, para explicarla aparición de un pueblo en un área y en un momento determinado, pues se partía de la consideración de un elemento al que pudiera seguirse la pista a lo largo de una ruta. Esa formulación poseía dos defectos básicos.

Por un lado, tiende a supervalorar un elemento de la cultura, que queda minimizado. Al supervalorar un solo aspecto, éste llega a identificarse con toda la cultura e incluso con el propio pueblo. Ejemplos bien conocidos nos los ofrece la bibliografía usual cuando se cita al pueblo del vaso campaniforme, al pueblo del hacha de combate o de los campos de urnas. El defecto básico de ese enfoque se ha puesto en evidencia cuando al intensificarse la investigación se ha podido observar que tal o cual elemento podía hallarse asimismo en múltiples áreas culturales o en diversos estadios cronológicos difíciles de relacionar entre si o junto a elementos tan dispares que era imposible aislarlo como elemento tipo.

Otro aspecto que ofrecía era la total desvalorización del medio geográfico. Al formular el origen de un determinado pueblo y conducirlo mediante atrevidas migraciones o invasiones por la geografía más dispar, se negaba de hecho, no ya la influencia modeladora y limitadora del medio, sino la capacidad de adaptación que es tan característica de cada sociedad que se ve forzada a un cambio de ambiente. Al ignorarse este proceso se prescinde de uno de los rasgos más específicos de cada pueblo. De ese modo, los pueblos se movían como en un mundo vacío o, a lo sumo, chocaban entre sí, desapareciendo sin dejar rastro el pueblo «invadido».

Frente a esa formulación antihistórica, aunque no puede negarse, solución fácil y práctica, nos planteamos hoy el problema de la «formación», mucho menos sencillo, es verdad, pero más ajustado a la verdadera realidad histórica. Todo proceso de formación comporta básicamente continuidad, que no descarta el continuo enriquecimiento y matización debido a múltiples aportaciones y constante reelaboración de elementos que tienden hacia la cristalización de una determinada cultura, en la que el medio físico, la idiosincrasia humana y los estímulos exteriores se conjugan armónicamente para formular una personalidad bien definida que es propia de un grupo y destaca frente a otras cristalizaciones semejantes.

Tal proceso es sintomático tratándose del pueblo ibérico, de solución imposible si se le busca un «origen» hasta el punto de que sólo había podido ser formulado sacándolo de las oscuras e indocumentadas regiones africanas para oponerlo, en bloque, en una solución simplista pero equilibrada, al mundo céltico continental.

La investigación plantea hoy con todo rigor el problema de la formación de la cultura y el pueblo ibéricos. No se parte de invasiones hipotéticas, aunque tampoco rechaza su posible influjo cuando se las puede documentar, y destaca en su justo punto el valor de estímulo y mestizaje que puedan tener. Su germen se busca en la propia tierra habitada desde tantos milenios, y establece el lento proceso de su desarrollo y sucesiva cristalización que aboca al florecimiento de la cultura ibérica histórica.

Tal proceso puede considerarse ya iniciado en el quinto milenio antes del cambio de Era, cuando las poblaciones de nuestro Levante peninsular transforman su base económica al adoptar las nuevas formas de vida neolítica por causas y conductos que en realidad aún no han sido explicados satisfactoriamente.

El primer desarrollo de la vida neolítica en el occidente de Europa es un misterio. Para la Europa continental parece que las ideas neolíticas son secuela de una verdadera colonización agrícola en conexión con el Egeo y Próximo Oriente. En nuestras tierras, descartada al parecer la proyección norteafricana, sólo cabe como explicación aceptar unos tempranísimos contactos marítimos que son difíciles de comprobar y se resisten a una sistematización.

Establecida la vida neolítica en el Oeste, el propio medio geográfico imprime muy pronto una tendencia hacia la especialización de los diversos grupos humanos, según el grado de intensidad de su nueva base económica, agrícola o ganadera, y muy pronto hacen su aparición culturas sin que deje de advertirse una clara separación entre las zonas litorales y las trascosteras.

Es difícil juzgar el grado de desarrollo de las primeras comunidades neolíticas ibéricas por la escasez de datos de que disponemos, pero existe una indudable estabilización de los grupos. Las cuevas se habitan de modo regular. La caza continúa como actividad importante. Vemos incluso intensificarse la pesca y la recolección en los esteros, desembocadura de los ríos y en particular en el delta del Ebro.

La verdadera revolución cultural se opera cuando, en Oriente, el estímulo minero desencadena el pleno desarrollo de la metalurgia del cobre, y aparecen en nuestras costas prospectores especializados, caballeros de fortuna, sacerdotes y aventureros que inaugurarán la vocación auténticamente mediterránea de las costas ibéricas.

Este impacto del Mediterráneo oriental es trascendente, puesto que origina el desarrollo de pequeñas comunidades exóticas que no se limitarán a introducir unas técnicas, sino un nuevo género de vida y nuevas ideas religiosas basadas en la inmortalidad que serán reelaboradas en Occidente y que vienen a ser trasunto de las alambicadas concepciones cosmogónicas orientales. Su impacto no tarda en dejarse sentir y nuestras poblaciones elaboraron rápidamente la primera gran cultura occidental, la «cultura megalítica».

El incremento de la circulación marítima y la ampliación de las actividades mineras estimularán el florecimiento megalítico en amplios territorios, con tendencia a ocupar las zonas más ricas en metales, extendiéndose rápidamente por el sur y sudoeste peninsular para alcanzar muy pronto toda la orla atlántica, al amparo de unas condiciones climáticas excepcionalmente favorables. El Levante y las zonas carentes de metal quedarán un tanto al margen de esa cultura, y aunque se beneficiarán por contacto del conocimiento de las nuevas ideas, no participan en igual grado en la evolución económica y social, y viven estancados en su propia tradición, aunque llegan a adoptar o imitar algún elemento de la cultura material de sus vecinos meridionales sin gran trascendencia.

Como consecuencia del impacto metalúrgico se ha instaurado un nuevo género de vida en amplios territorios: la vida de poblado, que a partir de unos pocos núcleos exóticos, que actúan de verdaderos «emporia», se adoptará en todo el sur y Levante. Esta vida sedentaria acusará mas la diferencia entre las zonas más próximas a la costa y las del interior. Estas últimas, preferentemente ganaderas, ante la amenaza que supone su contacto con grupos que se enriquecen y organizan, ve aparecer en su seno una tendencia hacia la concentración del poder que aboca a la formación de pequeñas unidades señoriales económicamente autárquicas.

Por su parte, en los poblados litorales se observa la aparición de una especialización del trabajo que se hallará en la base de la posterior diferenciación en verdaderas clases sociales, marcándose ya desde los primeros momentos una tendencia hacia la estratificación de la sociedad. Su economía mixta, la relación entre los distintos poblados y los contactos marítimos, que aseguran el arribo de materias exóticas que se hacen deseables, y la particular evolución de las ideas religiosas, destacan la personalidad de cada núcleo, y parecen señalar una marcha hacia la aparición de la vida urbana. Tal proceso, muy rápido en el sudeste y sur, alcanza también, aunque en menor escala, el Levante, aunque aquí es menos conocido. Durante siglos, la vida en esos poblados se realiza en función de unas eventuales relaciones marítimas, y del beneficio del cobre y del oro. Las materias exóticas importadas serán objeto de imitación por parte de incipientes industrias. Durante el período eneolítico se ha alcanzado un equilibrio mediterráneo que permite a las comunidades indígenas del Occidente desarrollar todas sus posibilidades.

Al finalizar el segundo milenio, esos contactos con Oriente se interrumpen sin que en rigor podamos apreciar sus verdaderas causas. Nos sentimos tentados a atribuirlas a las convulsiones que tienen lugar en la esfera del Egeo, que habrán de cristalizar en la propia Grecia con la instauración de la hegemonía de los agueos. En efecto vamos a asistir a un hecho trascendente. Las comunidades occidentales en pleno desarrollo no se conforman con el obligado aislamiento que provoca la falta de navegaciones egeas, y por primera vez en la Historia, toman la iniciativa, comenzando una verdadera expansión hacia el Mediterráneo central Los hallaremos en las Baleares, Cerdeña, Córcega, sur de Francia y Sicilia, donde la arqueología señala sistemáticamente la presencia de elementos Decidentales (vaso campaniforme, amuletos varios y objetos de culto religioso, todo de sabor meridional). Esta iniciativa es indicio del grado de madurez alcanzado por las poblaciones occidentales y puede ser tomada como punto de partida para el arranque de las comunidades urbanas. En todo caso salva la permanencia del contacto con el exterior y va a permitir la restauración del equilibrio mediterráneo durante la plena Edad del Bronce, durante el desarrollo en el sudeste de la llamada Cultura del Argar.

El desarrollo de esta cultura es paralelo al predominio aqueo en Grecia, con el que tiene muchos puntos de contacto. La mayor parte de los investigadores ven en la cultura del Argar la presencia de un elemento exótico de origen anatólico, pero es difícil no considerarlo estrechamente vinculado a una evolución propiamente indígena de un área marginal del desarrollo megalítico. Los elementos y contactos con el Egeo pueden ser explicados sin necesidad de presumir una nueva colonización. Para Occidente representa en realidad la superación de su etapa preurbana y la instauración de un régimen de ciudad. No creemos que el exotismo que pueda haber en la cultura del Argar sea la causa de ese desarrollo, y la influencia del mundo argárico es mucho menor que la que representó mil años antes del impacto megalítico.

La necesidad y búsqueda de metal se mantiene como estímulo esencial. Si en la época anterior había sido el cobre y el oro, ahora será la plata y el estaño. Pero aquella influencia se había ejercido antes sobre unas poblaciones que apenas habían traspasado su etapa de neolitización y por lo mismo muy receptivas. Para ellos, el conocimiento del metal llegaba aureolado con un prestigio de algo sobrenatural, enlazado con unas concepciones religiosas apasionantes, capaces de dar un sentido totalmente distinto a la propia vida. El desarrollo argárico constituía una simple variante de técnica, y por ello la formación de una provincia argárica en el sudeste no consigue expansionarse hacia el sudoeste y Occidente, que continuarán con su propia evolución megalítica. Quizá para la cultura argárica su propio carácter urbano

constituyera un freno a la expansión, falto de una estructura política imperialista capaz de suplir el empuje que las ideas religiosas habían desarrollado en la etapa anterior.

La vida urbana constituye un poderoso factor de individualización. La diversificación de la sociedad en clases y la aparición de los primeros gérmenes de autoridad política son sus corolarios. Al igual que en las restantes sociedades de la Edad del Bronce europea, aparecen ahora las primeras monarquías.

Hemos de señalar dos hechos de interés. El rápido distanciamiento del área levantina y del SE del resto del Mediodía, donde la orientación hacia la cultura urbana se había producido del mismo modo. En esos territorios la mayor riqueza minera origina el desplazamiento de los focos más evolucionados hacia el sudoeste peninsular y el Bajo Guadalquivir, que pronto constituirán el núcleo de desarrollo del territorio tartéssico.

Por otro lado, las diferencias entre el litoral y el interior. El desarrollo urbano exigía la constante relación entre los diversos poblados, pero también les eran necesarios los recursos mineros del interior. Su estímulo actúa a su vez, favoreciendo la concentración del poder en las tribus interiores en manos de jerarcas tribales. Grupos señoriales internos y ciudades litorales tienen una evolución paralela pero independiente. Éstas desarrollan una economía abierta y variada, mientras que los grupos señoriales poseen una economía autárquica, cuya riqueza, basada en el control de los recursos mineros, se hace en exclusivo provecho de la autoridad, en tanto que la masa de población se mantiene en un bajo nivel.

Ambas formas políticas por evolución natural tienden a desarrollos inversos. En las ciudades el aumento de nivel de la población comporta a la larga la debilitación del poder centralizado y fomenta la aparición de oligarquías. En los núcleos interiores señoriales las luchas de grupos robustecen la autoridad de los príncipes que tienden a constituir cada vez unidades mayores y marchan hacia una unificación que se conseguirá precisamente con la monarquía tartéssica.

Al finalizar el segundo milenio, el colapso de las relaciones marítimas entre ambos extremos del Mediterráneo provoca la decadencia de los núcleos urbanos costeros, mientras la economía señorial de los grupos interiores no sólo se halla inalterada sino en óptimas condiciones para iniciar su expansión por toda la cuenca del Guadalquivir. Ahora van a entrar en juego los últimos factores que preceden inmediatamente la formación de los pueblos históricos y de la cultura ibérica: la instauración de los pueblos indoeuropeos en la Meseta y las colonizaciones históricas de fenicios y griegos.

El factor colonial histórico no representa más que la renovación de los antiguos contactos marítimos cuando las comunidades del oriente del Mediterráneo han recobrado su equilibrio después del colapso, representado por las invasiones de los Pueblos del Mar. Representan un estímulo semejante al que motivó en el tercer milenio la aparición de la cultura megalítica y posibilitó, en el segundo, el desarrollo argárico. Ahora podemos calificarlos con nombres históricos y seguir con cierto detalle su desarrollo.

La presencia de los fenicios en el sur desde antes del año 1000 es trascendente, pues permite salvar la vida urbana iniciada en el sur y que se hallaba estancada y en vías de regresión. Su presencia en el Estrecho contribuye a ahondar las diferencias que ya se habían manifestado con el sudeste y costa levantina. En esta última zona la evolución de la sociedad se había estancado por falta de recursos mineros y se había orientado hacia una economía agrícola ganadera de escaso empuje.

La nueva y pertinaz demanda de metales que exige la presencia fenicia en ¡as ciudades costeras sostiene y vitaliza los principados del interior, a la vez que

contribuye a estabilizar los reyezuelos tribales con los que era más fácil tratar. Los mercaderes semitas favorecen la concentración hacia la monarquía tartéssica, ya que era necesario asegurarla estabilidad del interior del país. El espíritu de migración inherente a las comunidades indoeuropeas de la Meseta recién asentadas hacía precarias las relaciones regulares entre las ciudades costeras y los distritos mineros. Por su parte, el elevado nivel de vida de estas ciudades constituía un motivo de constante atracción. Papel esencial de Tartessos fue la constante asimilación de esos elementos interiores, su fijación y su absorción.

El urbanismo litoral ni podía frenarse ni podía subsistir únicamente con una actividad metalúrgica y unas exportaciones a Oriente, sino que se abre a todos los ámbitos y aparecen industrias en las que los recursos del suelo juegan un papel importante, con lo que se pone en valor las posibilidades agrícolas del amplio valle del Guadalquivir y los recursos del mar. Nacen y se desarrollan infinidad de industrias, desde la fabricación de cerámicas hasta la de salazones, pesquerías, construcciones navales, etc.

Las condiciones económicas de Levante y de Cataluña son muy distintas. Su urbanismo quedó larvado en el ensayo de El Argar, y hasta mucho más tarde no reemprenderá su desarrollo. La presencia de los griegos, esporádica desde el siglo VIII y plenamente activa desde el VI, tardará más de un siglo en dejarse sentir con intensidad suficiente para ser considerada como verdadero estímulo para las comunidades indígenas. Hemos de tener presente que la primera acción griega se ejerce precisamente en el marco de la antigua cultura argárica, y que su motivación inicial es también la riqueza minera occidental. Ahora es el señuelo de la rica minería de Tartessos el acicate para las navegaciones, y en el mercado tartéssico confíuyen semitas y griegos.

La dualidad greco-púnica abocó necesariamente a una rivalidad que, dadas las circunstancias, sólo podía resolverse a favor de estos últimos, teniendo en cuenta su prioridad de varios siglos en el mercado andaluz y su navegación protegida por un rosario de fundaciones norteafricanas. La batalla de Alalia del 537a. de J. C. marca el final de las relaciones directas de los griegos con el sur. Tartessos, monopolizado, desaparece. Los griegos responderán a su exclusión con un intento de penetración directa hacia el interior, desde la costa alicantina, en busca de las ricas tierras del Alto Guadalquivir. Como inmediata consecuencia, las poblaciones de Alicante, Murcia y Albacete, desde el siglo V aparecerán impregnadas de helenismo.

Los griegos no podían contentarse con una acción tan limitada. Forzados a sostenerse en unas costas como las catalanas, cuya población indígena no había alcanzado un nivel urbano, su actividad tendrá dos fases bien claras. En su primera época, el principal negocio y actividad será el tradicional: la búsqueda de metal, y ante la falta de minas el comercio organiza la recuperación de metal manufacturado. La sustitución del bronce por el hierro es efectiva, y la actividad griega se orienta hacia la recogida de chatarra de bronce. Espadas, hachas y útiles de todas clases que habían caracterizado la Edad del Bronce en Levante alimentan un comercio de exportación hacia centros metalúrgicos de la Magna Grecia, y quizá de la propia Massalia. Los recientes hallazgos submarinos comprueban esa actividad, que por su parte nos explica la suma rareza de hallazgos de la Edad del Bronce en la región levantina.

Pero, en una segunda etapa, la actividad griega se dirigirá necesariamente hacia la elevación del nivel de vida indígena que habrá de constituir su clientela, y a la que es necesario estimular su poder adquisitivo. Con toda seguridad data de esta época la introducción de los cultivos de la vid y del olivo en Cataluña y Levante. Su resultado será la aparición de la vida urbana como consecuencia de dos siglos (VI-V) de acción

griega. Las ciudades aparecen en Cataluña a partir del siglo IV, no sólo en la zona costera, sino en el interior (Ilerda).

Para las poblaciones ibéricas catalanas y valencianas, la acción griega actúa con escasa fuerza como estímulo político, y raras veces ocasiona la concentración del poder en forma semejante a las comunidades andaluzas. La elevación del nivel de vida en el marco agrícola y ganadero no tiende hacia la formación de monarquías, y, por otra parte, esa acción griega se ejerce en un momento en que todas las viejas estructuras políticas heredadas de la Edad del Bronce se hallan en decadencia y desprestigio, A cuenta de los escasos beneficios que podían reportar, no compensaban los inconvenientes y peligros que suponía para la propia permanencia de los griegos en nuestras costas la implantación de grupos indígenas políticamente fuertes.

La evolución tardía hacia la vida urbana en Cataluña y Levan te, por ser resultado directo de la acción griega, aparece matizada de helenismo, pero el territorio es pobre y nunca podrá compararse en las realizaciones indígenas a lo alcanzado en el territorio del sudeste. Como consecuencia inmediata, la cultura ibérica desde el norte del Pirineo hasta el sudeste adquiere matices muy distintos, en los que no sólo la diversa composición del sustrato es importante, sino también el ejercicio más o menos prolongado de la vida urbana, reciente en el norte del territorio y con larga tradición hacia el sur.

A pesar de todos esos matices y variaciones, el amplio territorio ibérico en sentido estricto tuvo una reacción positiva y uniforme ante el estímulo griego, y es por lo que éstos captaron el sentido de unidad de sus pueblos que prefiguran en cierto aspecto desarrollos geopolíticos posteriores (Hispania citerior). La investigación lingüística comprueba que, en efecto, existía en la misma área una cierta unidad de lengua alo largo de los dos siglos anteriores a la llegada de los romanos.

El desarrollo de los aspectos más importantes de esta cultura ibérica aparecen trazados con vigor, pasión y originalidad en la espléndida síntesis que nos ofrece Antonio Arribas, y veremos que se nos aparece en definitiva como una cristalización en nuestro suelo de una larguísima tradición indígena fecundada por una continuada levadura mediterránea. En consecuencia, una cultura original en la que se conjugan armónicamente diversidad de elementos.

Esta cultura ibérica, que en el siglo V supera trabajosamente los primeros pasos para alcanzar en un siglo la plena madurez, muere sin decadencia por efecto de las circunstancias. Durante los siglos IV y III, la cultura ibérica se desarrolla con gran impulso. Nuestras comunidades, libres de todo yugo político, no se limitarán a un desarrollo local, sino que mandarán a sus inquietas juventudes a asomarse al marco mediterráneo con sus experiencias sicilianas ricas en consecuencias. Su evolución cultural quedará yugulada cuando la característica agresividad marítima cartaginesa, por imposición del clan de los Barquidas, se transforma en apetencia de imperialismo territorial. En la segunda mitad del siglo III el mundo ibérico quedará ahogado por la presencia y política cartaginesas, y al poco tiempo, la llegada de los romanos dará un rumbo totalmente distinto al desarrollo de nuestras poblaciones.

DR. J. MALUQUER DE MOTES

Catedrático de Arqueología de la Universidad de Barcelona

AGRADECIMIENTO

Es para mí un grato deber dar las gracias a quienes, con sus conocimientos y con su aliento, me han ayudado en este libro.

Ante todo, al profesor Dr. D. Juan Maluquer de Motes, con quien he podido discutir los problemas principales durante los últimos años en las sesiones del Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona. Su conocimiento del mundo céltico y su dedicación al problema de Tartessos me han dado las bases para construir mi trabajo.

En segundo lugar, a mi esposa, Gloria Trías de Arribas, cuyo *Catálogo de las cerámicas griegas en España y Portugal* me ha sido de incalculable valor.

Mi agradecimiento, también, a mis colegas y amigos que participaron en el I Symposium de Prehistoria Peninsular (Pamplona, 1959). En especial a M. Tarradell y D. Fletcher, por sus estudios sobre la zona valenciana de la Península; a J. Cuadrado, sobre el Sudeste; a A. Blanco, respecto a Andalucía; a A. Beltrán, en relación con el Bajo Aragón, y a J. M.ª Blázquez, sobre las religiones primitivas de la Península.

Debo también mucho a la dirección y tutela de los eminentes maestros P. Bosch Gimpera, L. Pericot, M. Almagro, A. García y Bellido y J. de Mata Carriazo.

Mi agradecimiento a Mrs. Celia Topp, por haber traducido al inglés tan adecuadamente mi original; a Mr. Eric Peters, por sus muy valiosas sugerencias, y aún más al Dr. Glyn Daniel, Editor General de «Ancient Peoples and Places», por haberme invitado a colaborar en dicha colección.

Agradezco especialmente a D. Antonio Bregante algunos dibujos a línea de gran belleza, y a Mr. H. A. Shelley, de Cambridge, la realización de los mapas.

INTRODUCCIÓN

Los textos escritos antiguos permiten distinguir un conjunto de pueblos que habitaron desde el Ródano hasta las Columnas de Herakles, a lo largo de la costa de Iberia, que se denominan «iberos», utilizándose este término en sentido geográfico y no étnico. Hacia el interior, las fuentes escritas sitúan tribus bárbaras (célticas).

La arqueología y sus ciencias afines —epigrafía, filología y numismática — intentan aislar a los iberos en el tiempo y en el espacio.

Para comprender a estos pueblos y su distribución en la Segunda Edad del Hierro, cuando se nos aparecen ya en contacto con los colonos fenicios y griegos, hay que tener presente que la tierra en que vivieron no es uniforme ni en su orografía, ni en su clima ni en su ecología. Por ello parece mucho más lógico tratar de la tierra de los iberos no en términos generales, sino en relación con áreas concretas geográficas: Cataluña, valle del Ebro, Valencia, Sudeste, Alta Andalucía y Baja Andalucía.

Esta parcelación que el marco geográfico nos impone es tanto más lógica cuanto conviene asimismo a la diversidad de sus estratos formativos étnico-culturales de los pueblos «ibéricos», y ayudará a la vez a seguir el impacto de las fases de la colonización en las diversas regiones peninsulares.

De la conjunción de las aportaciones de los distintos sustratos, junto con el sello diverso que las fórmulas coloniales imponen, se obtiene una visión muy parcelada del régimen de vida, organización social, política y económica entre Cataluña, Valencia-Sudeste y Andalucía.

Así, el régimen de comunidad urbana y de organización estatal se diferencia entre Andalucía —donde se señala el predominio de la ciudad —, Valencia y Sudeste —donde, por influencia de las factorías coloniales, los núcleos indígenas se sitúan en torno a ellas — y el valle del Ebro y Cataluña —donde se vive en pleno dominio del poblado con poca influencia colonial —.

El arte de hacer la guerra y la tipología de las armas acusa una unidad entre los pueblos del área «ibérica», pero no son elementos culturales lo suficientemente personalizados para separarlos de los demás pueblos peninsulares.

Estas razones no nos permiten señalar una cultura material unitaria entre los pueblos «ibéricos». En cambio, se perciben diversas culturas materiales entre los pueblos mediterráneos y los meridionales de Iberia, en áreas locales y de manifestaciones peculiares y diferenciables que coinciden con las geográficas y con los estratos formativos indígenas.

Tampoco es posible asignar rasgos esenciales en el campo de las creencias religiosas y del ritual funerario. El rito de la incineración no es exclusivo de los «iberos» por cuanto es utilizado asimismo por griegos y celtas. Entrevemos diferencias sustanciales entre la religiosidad, creencias y prácticas de los pueblos meridionales y los levantino-catalanes, siendo la de aquéllos mucho más elaborada y producto de un sincretismo de estirpe oriental.

En el aspecto artístico hallaremos unos rasgos fundamentales de unidad, pero dentro de una gran variedad de estilos muy locales y restringidos.

Ello nos obligará a tratarlos como escuelas independientes, demostrativas de la distinta idiosincrasia con que los sustratos indígenas reaccionaron frente a las aportaciones artísticas de los pueblos del Mediterráneo oriental.

Finalmente, la raíz clásica del arte «ibérico» y la homogeneidad del alfabeto y la lengua serán los únicos criterios que nos permitirán hablar con propiedad de los pueblos «ibéricos». Y aún más propiamente será necesario distinguir entre los tartessios (turdetanos) del Mediodía y los «iberos» del resto de la franja mediterránea de Iberia.

CAPÍTULO PRIMERO

IDENTIFICACIÓN DE LOS IBEROS

Las Fuentes Escritas Más Antiguas Sobre Los Iberos

En los confines occidentales del Mediterráneo clásico, los griegos situaron la morada de Hades, el dios de los infiernos. Desde el Ródano hasta las Columnas de Herakles, las costas del Mediodía de Francia y de la Península Ibérica asentaron a una serie de pueblos que, durante la Edad del Hierro, crearon las culturas que denominamos «ibéricas».

Desde la primera mitad del primer milenio antes de Jesucristo, los navegantes griegos entraron en contacto con estos pueblos, y sus relatos históricos, mezclados con leyendas y mitos, fueron acogidos entre los pueblos del Mediterráneo como verídicos.

A partir del siglo V a. de J. C. es posible obtener una idea de lo que las fuentes escritas reflejan acerca de la península, por cuanto el nombre de «iberos» y de «Iberia» aparece en ellas por primera vez.

Ya Estrabón señala que, «según los antiguos», Iberia ocupaba la zona que se extendía entre el Ródano y «el Istmo», y Escimno hace referencia a Iberia como una región donde los focenses fundaron dos factorías: Agde y Rhodanussia.

Avieno denomina «iberos», en sentido amplio, a todos los pueblos de la costa desde el río Júcar al Orano, que debe ser el Ródano. Entre ambos ríos, el autor del *Periplo massaliota* sitúa a varios pueblos: cilbicenos, massienos, gymentes, etmaneos, ileates, etc., englobados dentro de la confederación tartessia.

En Hecateo, Iberia es el nombre general para designar localidades de Occidente, aunque los nombres de «iberos» y «tartessios» se confundieron en sentido amplio.

Hasta Polibio, los escritores denominarán «Iberia» a la Península, e «iberos» a sus habitantes de las costas. Detrás de ellos quedaron los bárbaros, pueblos sin nombre. El criterio geográfico tuvo más éxito que el étnico, como Estrabón reconocería más tarde, y los historiadores no se preocuparon de discriminar la etnia de las diversas tribus de la Península.

Con respecto a los iberos, las fuentes antiguas sobre la Península se han enfocado en función de sus relaciones con otros pueblos en ellas mencionados: los sicanos y los ligures. Los sicanos, que Avieno sitúa junto al río Júcar, se han relacionado con el pueblo del mismo nombre que, según Hecateo, Philistos, Eforo, etc., llegaron a Sicilia expulsados por los ligures. La presencia de ligures en la Península, que se desprende del mismo relato, se ha planteado siempre sobre bases filológicas que no han hallado un apoyo arqueológico. Por estas razones, la crítica actual supone como más probable que la línea entre sicanos y ligures fuera el Ródano y que ni unos ni otros llegaran a la Península.

El Problema Ibérico

El inicio de los estudios modernos acerca de los iberos va unido al interés que por el origen del vasco tuvieron los eruditos del siglo XVIII. El planteamiento del problema del «vascoiberismo» se debe a Alexander von Humboldt, quien, en 1821, sentó la tesis de los vascos como descendientes de los iberos.

Los estudiosos geográficos de la segunda mitad del siglo XIX estructuraron las bases filológicas del iberismo hasta el momento en que Hübner publicó los *Monumenta*

Linguae Ibericae en 1893. Contemporáneamente, los numismatas establecieron las cecas de emisión de las monedas ibéricas, valoraron los signos e iniciaron la identificación de las emisiones, estudiando el problema en su conjunto.

En 1905, Wachernagel puso de moda la contribución lingüística con referencia a la toponimia, y Camille Jullian, en 1909, estudió sobre esta base el *Periplo* de Avieno, planteando el problema de los ligures en España.

El primer ensayo de conjunto lo realizó Phillipon en 1909. Aceptaba las ideas de Jullian y D'Arbois de Jubainville acerca de la existencia de un conjunto ligur precéltico y preibérico en toda la Europa occidental.

Leite de Vasconcellos, en la Península, daba cuerpo a una doctrina que habría de tener su máximo exponente en Adolph Schulten: el origen africano de los iberos, a la vez que insistía en su supervivencia entre los vascos.

Este estado de cosas había tenido sus orígenes en el campo de la lingüística y de la etnología, pero a principios del siglo XX la arqueología intervino en el campo del problema ibérico.

La Arqueología y el Problema Ibérico

El hallazgo de la Dama de Elche, en 1897, fue tan sensacional, que motivó la excavación por Engel y Pierre Paris de la fortaleza de Osuna (Sevilla). Por las mismas fechas, J. R. Mélida daba a conocer los primeros conjuntos esculturales del Cerro de los Santos (Albacete). Estos trabajos, unidos a los de George Bonsor en la región del Guadalquivir, entre Mairena y Carmona (provincia de Sevilla), la exhumación por Maraver de la necrópolis de Almedinilla (prov. de Córdoba) y de Villaricos (prov. de Almería) por Luis Siret, permitieron a Pierre Paris presentar el «problema del iberismo» sobre fundamentos arqueológicos.

Pero habría de ser Schulten quien estableciera la sistematización de la cronología de las fuentes escritas y planteara una síntesis de etnología peninsular. En ella daba curso a la hipótesis de una población indígena ligur sobre la cual se superpondrían los iberos, venidos de África, y los celtas, del centro y oeste de Europa. Se formaría así, de esta unión, el complejo celtibérico, con predominio de iberos sobre celtas.

Según la tesis de Schulten, la serie de necrópolis exhumadas en la Meseta por el marqués de Cerralbo, por el hecho de hallarse en el área supuesta de los celtiberos, debían de atribuirse a este pueblo. Sin embargo, como la tipología de los ajuares evidenciaba unas fechas anteriores a las que se atribuían a los celtiberos (alrededor del siglo III a. de J. C.), Schulten se vio obligado a denominarlas célticas o pre-ibéricas. Ahora bien, el carácter supuesto «ibérico» de Numancia, centro de la resistencia antirromana de la Meseta, estaba en contradicción con estas apreciaciones. De aquí se llegó a la conclusión de la anterioridad de los celtas sobre los iberos en la Meseta castellana.

Cuando, más tarde, B. Taracena descubrió que el elemento ibérico era escasísimo en la cerámica de Numancia y lo atribuyó a contactos comerciales, y encontró a la vez en los castres vecinos a Numancia una estratigrafía relacionable con la de esta ciudad, el esquema de Shulten se vino abajo.

La Síntesis Etnológica de Bosch Gimpera

Durante los años 1916 a 1936 siguieron los trabajos de campo, organizados y centralizados por la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. A este período

corresponden las excavaciones en el santuario del Collado de los Jardines (prov. de Jaén) y otras varias en el Llano de la Consolación (prov. de Albacete), santuario de la Luz (prov. de Murcia), y en el de La Serreta de Alcoy (prov. de Alicante). Esta labor realizada en Andalucía y en el Sudeste culminó en la exhumación de dos necrópolis de alto interés: Tugia (Peal de Becerro, prov. de Jaén) y Tútugi (Galera, prov. de Granada).

En la región catalana, por las mismas fechas, el recién creado *Institut d'Estudis Catalans* (1915) iba a encauzar las energías de la escuela dirigida por el profesor Pedro Bosch Gimpera. Sus trabajos de campo abarcaron desde los poblados de la costa catalana hasta los del Bajo Aragón, por el interior.

En el valle del Ebro se estudiaron gran número de poblados, se alzaron sus plantas y se establecieron secuencias tipológicas de los materiales que ponían en contacto esta zona con la de Numancia. Entre ellos vale la pena mencionar los de San Antonio de Calaceite, San Cristóbal de Mazaleón, Les Escodines y el Piuró del Barranc Fondo, cuyas distintas fases requieren hoy una amplia revisión.

En 1932 apareció la *Etnologia de la Península Ibérica* de Bosch Gimpera, que marca un hito en el estudio de los pueblos primitivos de la Península por la capacidad de síntesis de su autor, su seriedad científica y su sugestiva y brillante fuerza de exposición.

El estudio combinado de los materiales arqueológicos, del ambiente en que aparecieron y de su evolución tipológica, de acuerdo con los textos escritos, hicieron posible dicha síntesis cuyas bases resisten toda comparación.

Para Bosch, los pueblos ibéricos eran el resultado de una fusión de los dos elementos indígenas: «capsienses» y «pirenaicos» con un nuevo elemento ibérico-sahariano, dominante, que en algunas zonas se mezcló con los celtas. La cultura ibérica, *sensu stricto,* estaría originada en el fondo antiguo (capsienses de Bosch) en contacto con los pueblos colonizadores, puesto que él no reconocía a los ibero-saharianos («canutas» procedentes del norte de África) una capacidad suficiente para crear el arte y la cultura «ibérica».

Los iberos propiamente dichos ocuparían todo el Levante, valle del Ebro y se extenderían por Cataluña y sur de Francia, llegando en una oleada hasta el norte y centro de la Península. A su lado, Bosch distinguía a los pueblos «tartessios», con una evolución muy local sobre el estímulo de los pueblos indígenas de Andalucía.

La brillante síntesis de Bosch Gimpera tuvo entre los portugueses (Mendes Correa) muchos seguidores en sus líneas generales.

Por su parte, el profesor de Madrid, Manuel Gómez Moreno, quien en 1925 había coronado una larga época de ensayos con la aguda estructuración del alfabeto ibérico, elaboró una tesis muy personal que en general coincidía con la de Bosch Gimpera.

La lúcida síntesis de Bosch Gimpera fue posible gracias a la colaboración de antropólogos y lingüistas. El antropólogo Aranzadi estableció en 1915 la diversidad originaria de vascos e iberos, y los lingüistas —como Menéndez Pidal (1918), Meyer Lubke y H. Schuchardt (1925) — terminaban con los pretendidos paralelos vascoligures de Schulten.

Estudios Recientes Sobre El Problema Ibérico

Una nueva etapa de investigación se abrió a partir de 1939. Se llevó a ritmo acelerado la excavación de los poblados ibéricos levantinos (Liria, Covalta, La Bastida de Mogente, Rochina), que se habían descubierto ya entre 1920 y 1936. Se investigó la estratigrafía del poblado de Archena (prov. de Murcia), se inició la excavación

sistemática del santuario y de la necrópolis del Cigarralejo (Mula, prov. de Murcia), y se reemprendió la excavación de la necrópolis del Cabecico del Tesoro de Verdolay (prov. de Murcia).

En 1941 tuvo lugar otro suceso de vital importancia: la Dama de Elche y el conjunto de esculturas de Osuna regresaron del Louvre. Ello posibilitó el estudio de estas piezas y junto a los datos de las excavaciones del Levante y Sudeste, permitieron al profesor García y Bellido postular una época tardía, ya romana en sus fases finales, para el arte ibérico.

Esta posición radical del profesor García y Bellido provocó entre los arqueólogos españoles un sentimiento de escepticismo acerca del «problema ibérico», debido a una serie de consecuencias insolubles que se desprendían de las fechas bajas que él aportaba para el problema ibérico. Se poseían textos, por ejemplo, en alfabeto ibérico, que se podían leer pero no traducir. La exégesis del *Periplo* de Avieno se resistía a una interpretación sin acudir a la fantasía. Por otra parte, el esquema de las secuencias cronológicas de Bosch era fácilmente atacable por su evidente fragilidad estratigráfica. Finalmente, los fuertes argumentos de García y Bellido en favor de una época tardía del arte ibérico dejaban insolubles los orígenes del mismo. Era evidente que buena parte de la escultura andaluza y del Sudeste tenía estrechas conexiones con el mundo griego arcaico. Del mismo modo que la cerámica pintada ibérica tenía relación con la figurativa del período subgeométrico y geométrico. Pero los argumentos para darles fechas antiguas no se encontraban.

Por otra parte, el auge de los estudios célticos provocó entre los arqueólogos españoles un viraje hacia aquel mundo y un apartamiento del ibérico, que quedó confinado a estudios locales. Influyó mucho en ello el paso gigantesco dado por la filología céltica e indoeuropea desde los trabajos de Pokorny en 1936 y 1938.

Desde el punto de vista lingüístico, Pokorny distinguió varias invasiones indoeuropeas en la Península: la primera sería la de los ilirios, seguida de dos oleadas célticas (goidelos y britones). Menéndez Pidal, en 1939-40, identificó los ilirios de Pokorny con unos celtas ambrones o ambro-ligures, ya en parte indoeuropeizados, y, siguiéndole, Martínez Santa Olalla señaló, sin aportación documental, sus fechas: la invasión goidélica en el 650 a. de J. C., y la britona en el 250 a. de J. C. Martín Almagro se hizo eco de estos trabajos y se apresuró a renovar el esquema de Bosch Gimpera.

El avance de la filología indoeuropea en la Península, gracias a Uhlenbeck y Tovar, terminó finalmente con la cuestión del vasco-iberismo. Como resultado, los iberistas vieron cerradas sus puertas cuando intentaron dar sentido al ibérico mediante el vasco. El recuento de los estudios sobre el iberismo durante los últimos años es sin embargo esperanzador, aunque no se ha elaborado ninguna síntesis nueva. Pero los aspectos parciales —puestos de relieve en el I Symposium de Prehistoria Peninsular, de Pamplona (1959) — demuestran que no estamos lejos de ese día.

Mientras tanto, se adoptan nuevas líneas de investigación y se sigue hacia adelante. Así, las excavaciones se realizan ahora con criterio estratigráfico. El Cigarralejo, con su santuario y su necrópolis, y los cementerios de Verdolay y la Hoya de Santa Ana (éste en la prov. de Albacete) aportan datos cronológicos para la escultura y la cerámica del Sudeste. En los Castellones de Ceal (prov. de Jaén) se ha comprobado una superposición de tumbas ibéricas sobre las célticas.

Junto a las necrópolis hay que tener en cuenta las estratigrafías de los poblados. Algunas catas en Ampurias, las campañas de Ullastret (prov. de Gerona) desde 1947, los datos de Le Cayla de Mailhac y Ensérune (Francia), así como la documentación de algunos poblados levantinos (por ejemplo: La Bastida de Mogente), son elementos básicos para la elaboración de la cronología del mundo ibérico.

Como trabajos complementarios, pueden señalarse las excavaciones en poblados célticos de Cortes de Navarra y Cabezo de Monleón de Caspe (prov. de Zaragoza), que, aunque no fueron iberizados, señalan los sustratos de asentamiento del horizonte cultural ibérico.

Este hecho se constata perfectamente en la Pedrera de Balaguer (prov. de Lérida) y muestra el camino para buscar los fundamentos de los poblados iberizados del valle del Ebro.

El estudio de las instituciones y de la organización política, social y económica ha sido abordado de una manera cuidadosa por J. Caro Baroja, y el de la religión por J. M.ª Blázquez.

La numismática ibérica está siendo estudiada con gran competencia por Navascués, P. y A. Beltrán, F. Mateu y J. Gimeno. La filología se ha retraído a una etapa eficaz, elaborando cartas de isoglosas que permitirán apreciar las semejanzas y variedades de las áreas del alfabeto ibérico.

La dispersión de la cerámica ibérica por el Mediterráneo occidental se ha seguido también, y su contacto con otras culturas brinda paralelos cronológicos. En este sentido es muy interesante la aportación de varios establecimientos fenicios del norte de África y el reconocimiento de nuevas especies de cerámica que muestran la fuerza de penetración oriental.

Pero no es esto todo. Los últimos años han vuelto a poner de moda el tema de Tartessos. Cuando parecía terminada la aventura de Schulten en busca de la mítica ciudad, cuyo nombre y poderío indicaban las fuentes, hoy Tartessos empieza a ser tomada en consideración como foco de un arte peculiar y distinto del ibérico propiamente dicho. Ésta es la posición que ha iniciado el profesor García y Bellido en 1955, al considerar como indígenas una serie de *oinochoes de* bronce del área andaluza, supuestas antes de origen fenicio. El profesor Blanco ha estudiado la técnica de ciertas joyas andaluzas, llegando a la misma conclusión que comparten los profesores Maluquer y Kukahn. Así se ha puesto en evidencia la necesidad de que exista una ciudad o un territorio suficientemente fuerte y rico para dar personalidad a estas obras de arte. Y este centro, en la encrucijada de estilos orientales y célticos, abierto a todas las influencias, fecundo y personal, hubo de hallarse en la región tartessia, centro de los hallazgos.

Estamos aún en los inicios de un camino que puede dar resultados más precisos si se aplica una técnica más depurada y se amplía el estudio a un número de ejemplares más crecido. La resurrección de Tartessos es una idea muy cara a los arqueólogos españoles, y el intento de dar un contenido arqueológico a las fuentes escritas es una de las tareas más interesantes en la que estamos empeñados.

CAPÍTULO II

EL PAÍS

Características Físicas

La Meseta castellana forma el centro de la Península Ibérica y ocupa tres cuartas partes de la misma. De formación paleozoica, su sustrato queda enmascarado a un lado y otro del demolido Sistema Central por sedimentos terciarios y sólo asoma a la superficie en la penillanura extremeña.

El paisaje de la Meseta, modelado en arcillas y margas, es de páramos horizontales cortados de vez en cuando por cerros residuales. Surcada en sentido transversal por una serie de sistemas montañosos, que separan las cuencas de los grandes ríos como el Duero, Tajo y Guadiana, acusa en su parte posterior una altura media de 600-800 metros, en contraste con la submeseta sur, cuya altitud no sobrepasa una media de 400 metros.

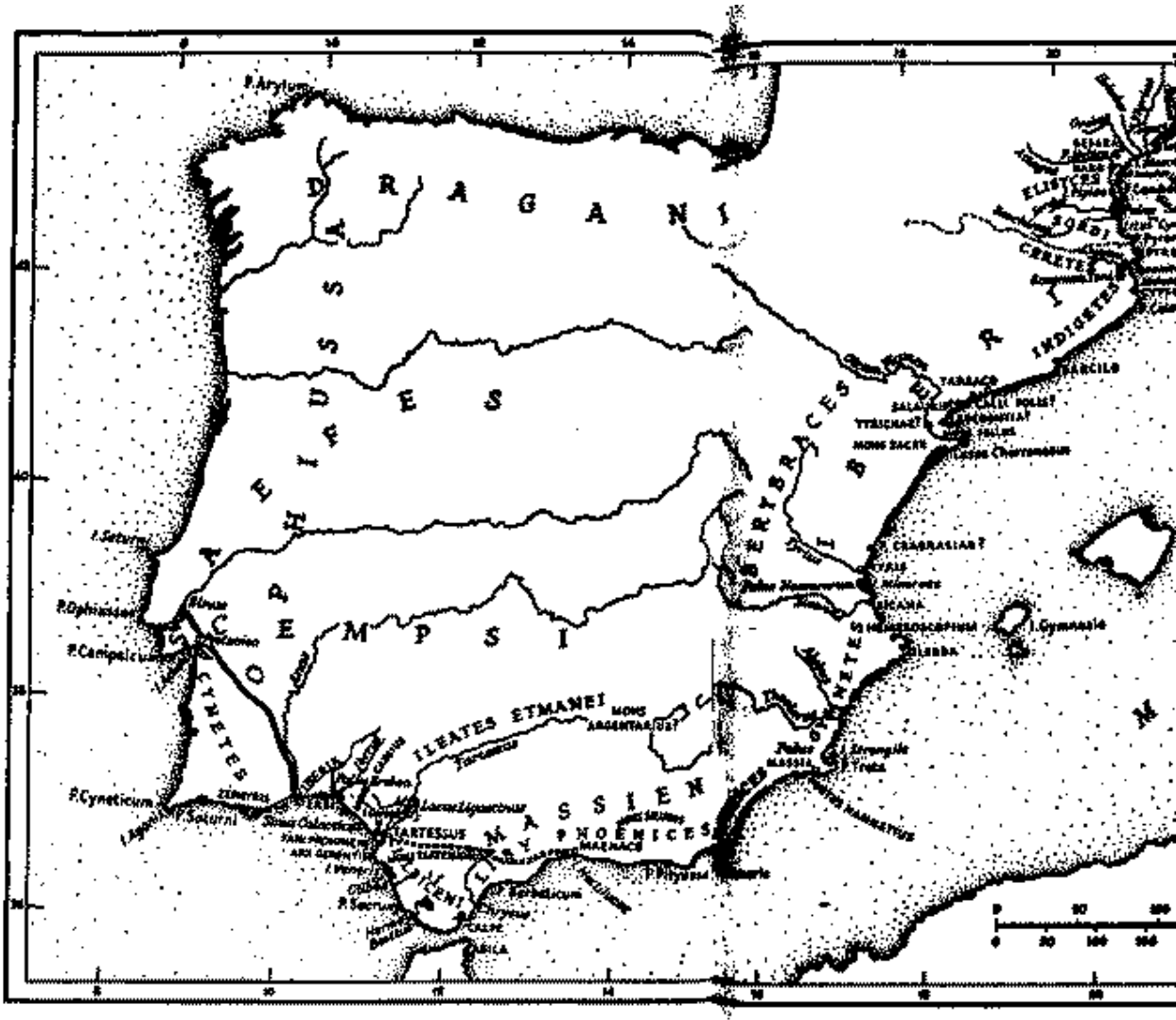
La topografía de la Península Ibérica varía de provincia a provincia. En el sur, fértiles valles se abren entre las montañas, escabrosas y rocosas en su mayoría. No hay una gran abundancia de agua. Las llanuras centrales son secas, y en ellas alternan altas temperaturas durante el verano, con extremas de frío durante el invierno. La región septentrional cercana a los Pirineos y Sistema Cantábrico tiene bosques, la mayoría de hoja perenne.

Tras varios siglos de cultivo, más del 16 por ciento (unos 8 millones de ha.) de la Península Ibérica es estéril. Aproximadamente un tercio de la tierra (más o menos el 40 por ciento, unos 20 millones de ha.) está cultivado, y un 44 por ciento (aproximadamente 22 millones de ha.) está cubierto de bosques y pastos.

Unos 8 millones de hectáreas se dedican al cultivo de los cereales. El resto de los terrenos cultivados se dedica a olivos, viña y frutales, así como a otros productos (como patatas y maíz) introducidos más recientemente en la Península.

Batida por un clima duramente continental, la Meseta fue, y sigue siendo, la tierra de cereales y el granero de Hispania. La economía de esta región en la antigüedad se basó en el trigo, la cebada y el centeno, así como en el pastoreo de ovejas y la cría del cerdo.

La espina dorsal de la Península es el Sistema Ibérico, un conjunto de serranías calcáreas que se extiende desde el Sistema Cantábrico hasta el cabo de la Nao, formando un reborde de la Meseta central. Este sistema separa así las aguas de los grandes ríos que recorren la Meseta hasta el Atlántico de los que, más cortos, desaguan en el Mediterráneo.



1 La Península ibérica, según la «Ora Maritima», interpretada por Schulten, con modificaciones de García y Be

La Meseta central, cercada por zonas marginales de levantamiento alpino, fue el país peninsular predominantemente céltico. En contraste, las zonas que dieron frente a la balconada mediterránea fueron país de pueblos ibéricos: faldas de los Pirineos, depresión del Ebro, Cataluña, banda litoral valenciana, zona del sudeste y todo el sur de la Península.

Cataluña. La región costera entre los Pirineos y la desembocadura del río Ebro es muy variada y rica en vegetación debido a la bonanza de su clima y a la proximidad al mar. El Sistema Catalán separa esta banda de costa del interior, y se extiende en una longitud de 250 km. Dicho sistema está compuesto por una cordillera interior, por una zona deprimida con colinas de escasas elevaciones entre las que se abren zonas anchas de cultivos, por una cordillera costera y, finalmente, por la rica llanura litoral dominada por los poblados ibéricos.

En Cataluña se escalonan una serie de pueblos de características muy diversas: cerretanos, andosinos, arenosios de los valles del Pirineo, ausetanos del interior, indicetes de la costa norte, laietanos alrededor de Barcelona, y cossetanos al norte de Tarragona.

El valle del Ebro. Por el noreste de la Meseta central se abre camino hacia el Mediterráneo el río Ebro, eje de una cuenca deprimida y apoyada en las estribaciones del Sistema Ibérico. Frente a los páramos yermos y salinos y a las estepas de su curso alto y medio (p. ej. Los Monegros), desde su confluencia con el Segre, el paisaje se enriquece en los llanos de Urgel.

Ésta fue la tierra de los ilergetes, en contacto con pueblos celtibéricos (vascones en el norte, bellos y titos del sur).

Antes de llegar al mar, el Ebro ha debido salvar un fuerte desnivel por entre las estribaciones del Sistema Ibérico. Después, en su curso bajo, se desliza por una región baja hasta formar un gran delta pantanoso.

Valencia. El Sistema Ibérico, traspuesta la desembocadura del Ebro hacia el sur, se prolonga cercano a la costa. Forma así un glacis defensivo en la región montañosa y quebrada del Maestrazgo, alcanzando hasta el cabo de la Nao y a la depresión de Albacete por el interior.

La costa se estrecha hacia el sur, en Sagunto, pero los aluviones de los ríos Turia y Júcar vuelven a ensanchar la zona litoral en la plataforma aluvial de Valencia. Finalmente, el avance de las sierras de Alicante hacia el mar corta esta configuración de la franja costera.

Atrás han quedado las tierras de los iberos propiamente dichos: los edetanos y contéstanos.

El Sudeste. Entramos en la región de los deitanos y mastienos de la vega del río Segura (Murcia). El sistema montañoso por entre el cual se abre paso el Segura es muy intrincado y forma parte de la Penibética. Pasadas las tierras esteparias de Almería, la penetración hacia la vega granadina se realiza por el corredor de Baza. La vertiente oriental de la Sierra Nevada se descuelga abrupta hacia el mar. Esta zona última de la costa mediterránea, en su parte llana se beneficia de la influencia de un clima cálido, dominado por los vientos del Sahara y dulcificado por la cercanía de Sierra Nevada. Éste fue el país de los bastetanos.

Andalucía. El sur de la Península lo forma Andalucía, regada por el río • Guadalquivir. Ésta fue la Bética de los romanos, la Turdetania de los iberos y la tan discutida región de Tartessos. Entre Sierra Morena, al norte, y las cadenas béticas, al sur, la llanura del Guadalquivir es una tierra de ricas campiñas.

La Alta Andalucía. Formando el reborde meridional del zócalo de la Meseta

central, denudado y hundido por la fosa del Guadalquivir, Sierra Morena es una penillanura joven, surcada por una red muy accidentada de ríos cortos. Es zona ganadera por excelencia y de trashumancia emigrante en verano; su relación es mayor con la submeseta sur que con el valle del Guadalquivir. Por ello, los oretanos que la habitaron en tiempos protohistóricos fueron puente de enlace entre las culturas meseteñas y los turdetanos que habitaron el valle del Guadalquivir.

Las cordilleras béticas son realmente macizos aislados o con relieves bajos. Entre los prealpes béticos y la Penibética discurre una depresión longitudinal que forma las fértiles vegas de Antequera, Granada y Guadix. Hacia el oeste, ambos sistemas montañosos se acercan y se subdividen en serranías calcáreas que vuelven a juntarse en Ronda, donde la depresión se desprende hacia el sur hasta el Estrecho de Gibraltar.

El valle del Guadalquivir. Todos estos relieves montañosos dejan en su interior una de las zonas de más personalidad geográfica y cultural: el valle del Guadalquivir.

La llanura por la que discurre el río adopta una forma triangular, estrechada hacia el interior y con la base en el Atlántico. El río se descuelga desde una altitud de 1.300 metros y desciende pronto a la zona llana, donde, en meandros, barre las formaciones terciarias de superficie.

Ésta es la campiña andaluza, plagada de olivares, y en la que el latifundio es la forma de explotación económica ancestral. En ella los relieves son escasos y marginales, convertidos en cerros demolidos como los Alcores de Carmona, Montilla y Jerez. La llanura queda separada de las cadenas subbéticas por una región de colinas marginales que forman las vegas de olivares de Jaén y Córdoba al norte; hacia poniente se pasa a los llanos, dominio del cereal y los viñedos.

El valle del Guadalquivir, «habitat» de tartessios y turdetanos, fue apetecido por los pueblos de su periferia. A él acudieron en sus correrías los lusitanos del occidente y los celtiberos de la Meseta, quedando condicionados como mercenarios de los pacíficos colonos del valle y como explotadores a sueldo de las riquezas mineras del subsuelo.

Tal es, en líneas generales, el aspecto de las regiones de la Península en que se movieron los pueblos que crearon las culturas ibéricas. Las diferencias entre unas y otras son grandes. Indiscutiblemente, entre los pueblos de la Baja Andalucía — tartessios y turdetanos — y los iberos de la costa levantina existen diferencias mucho mayores que las que hay entre los pueblos escalonados en la banda litoral y que arrancan de su propio sustrato étnico-cultural.

El Clima

La configuración de las tierras de la Península le concede categoría de un continente en miniatura. Sometida a influjos continentales y atlánticos, el murallón de montañas que rodean la alta Meseta determina su clima continental.

Iberia queda dividida en dos zonas: una seca y otra húmeda. En conjunto es posible establecer una zona de influencias oceánicas y otra mucho más extensa de débiles precipitaciones (la máxima del sudeste no alcanza los 200 mm). El régimen de vientos y lluvias viene condicionado por el desnivel térmico que entre verano e invierno existe en el interior y en la periferia.

La rudeza del clima de la Meseta fue comprobada ya por los ejércitos romanos. Así, en el invierno del 153-152 a. de J. C., cuando Nobilior se vio obligado a invernar frente a Numancia, a 1.200 m de altitud, hubo de contemplar cómo se le morían los soldados de frío y de penuria. Aulo Gelio dejó constatado que la fuerza del cierzo es tal «que llena la boca cuando se habla y derriba a un hombre armado y hasta una carreta con su carga». Este mismo viento llegaba a producir desbordamientos del río Ebro,

arrancando de raíz las viviendas de los indígenas.

La *franja mediterránea.* Frente a la rudeza de los inviernos en la Meseta, el poeta hispano Marcial contrapuso la dulzura de las costas mediterráneas. En general, toda la franja de este mar está sometida a un clima templado mediterráneo, que, por razón de la cercanía de los sistemas orográficos, penetra bastante hacia el interior. Aquí las oscilaciones climáticas son algo más acentuadas que en el Atlántico, las precipitaciones son escasas y en ocasiones violentas. Las temperaturas medias de enero son las más suaves de toda la Península.

A lo largo de la costa mediterránea es posible distinguir varios sectores climáticos, en los que la sequedad se va acentuando a medida que se alcanza el sudeste estepario. La zona meridional de Sierra Nevada, por su configuración, queda dulcificada por la vecindad de esta muralla de nieves perpetuas.

Las *depresiones del Ebro y del Guadalquivir.* El clima especial de estas dos regiones viene determinado por su condición periférica, su poca altitud, y por el hecho de estar prácticamente encajonadas entre montañas. En una y otra, el clima es más cálido que en la Meseta, y sus oscilaciones térmicas son más elevadas, las precipitaciones son escasas y los veranos extraordinariamente secos.

El el valle del Guadalquivir estos rasgos quedan atenuados por estar abierto al Atlántico. Los ciclones sudatlánticos hacen penetrar en invierno aires húmedos y tibios, que al chocar con las montañas subbéticas se condensan y benefician con sus lluvias la llanura. La cuenca del Ebro, en cambio, está sometida en la misma estación al anticiclón peninsular, y por ello se consigue aquí sólo un mínimo de precipitaciones.

La Vegetación

Consecuencia de sus relieves y de su clima, la Península ofrece gran variedad de especies vegetales. Frente al paisaje de bosques y praderas de la Iberia húmeda, el paisaje mediterráneo penetra muy hacia el interior hasta el límite con aquélla. Tres cuartas partes de la Península están ocupadas por la flora mediterránea, y algunas especies como la encina (Q. *ilex)* la ocupan por entero. Como reacción, la flora atlántica penetra más al sur del Sistema Central con algunas especies como el haya *(Fagus).*

Propia del clima atlántico es la vegetación del roble (Q. *robur),* formando bosques extensos en las zonas poco elevadas de las vertientes pirenaicas.

Cataluña y Valencia. En las zonas de clima mediterráneo húmedo (cordilleras catalanas del interior y prepirineo) aparecen los *Quercus faginea* con todas sus variantes, así como el castaño. Es, sin embargo, ésta la zona del optimum de la encina (*Quercus ilex),* que domina sobre algunas especies de pino. El área del Q. ilex en el bioclima mediterráneo subhúmedo se extendía en la antigüedad desde Cataluña a Valencia y ocupaba el valle del Guadalquivir y Sistemas béticos, además de Sierra Morena; hoy, ha quedado muy mermada.

Sudeste y Andalucía. Siguiendo el arco de la costa desde Valencia hasta Sierra Nevada, el clima mediterráneo semiárido condiciona los tipos esteparios de flora. Aquí, y en general en todo el sur de la Península, el calor, la sequedad y la destrucción de las rocas, debida a las fuertes diferencias de temperatura entre el día y la noche, han provocado la desaparición del espeso maquis y la han reducido a una mínima expresión del monte bajo mediterráneo de Q. *coccifera,* y en las zonas de inviernos templados, de *Chamaerops humilis* (palmito). Donde los relieves alcanzan una cierta altura aparecen árboles de hoja caduca, y en los suelos pobres, las encinas, acebuches y alcornoques; en Sierra Nevada la altitud condiciona un tipo de matorral bajo y espinoso de *Erinacea anthylies.*

La desaparición del bosque en la Península es uno de los hechos más llamativos que se han producido en nuestro suelo. Estrabón señaló los bosques que había alrededor de Numancia, y Apiano aseguró que la ciudad vaccea de Pallantia fue asaltada después que se hubiera derribado la muralla con grandes troncos utilizados como arietes. Si los páramos mesetarios hubieron de estar cubiertos con monte de robles, encinas y enebros, los montes de la periferia y buena parte de sus valles también poseyeron bosques semejantes, como incidentalmente ponen de manifiesto los escritores clásicos. Existió un bosque de olivos en la costa de Cádiz, resto miserable, según Plinio, «de los grandes y antiguos bosques de manzanos que daban frutos de oro». Otro famoso bosque se hallaba en las fuentes del Guadalquivir, junto a Tugia, y asimismo toda la región de la Bastetania vio sus montes cubiertos con densas arboledas.

CAPÍTULO III

FORMACIÓN DE LOS PUEBLOS IBÉRICOS

Durante el Neolítico se consiguió por vez primera una cierta unidad cultural en la Península Ibérica (o cuando menos en sus regiones costeras mediterráneas). El horizonte de las «cerámicas impresas» se extiende por toda esta zona formando parte del sustrato cultural del mundo del Mediterráneo occidental.

Las aportaciones exteriores durante el Bronce Primitivo proceden en su mayor parte del Próximo Oriente y del horizonte egeo-anatólico, ya sea por vía marítima, ya sea por vía danubiana. Las principales colonias de los pueblos mediterráneos orientales que aportan la cultura megalítica en los inicios de la edad del metal se establecieron en las costas del sudeste, las bocas del Guadalquivir y las del Tajo. Probablemente un foco secundario megalítico en las islas del Mediterráneo central diera origen a la cultura megalítica pirenaica.

Avanzada la Edad del Bronce, en el período que denominamos de El Argar, cambió la técnica metalúrgica y, en parte al menos, cambiaron el ritual funerario y las creencias religiosas. Desapareció la práctica de enterramiento en osarios colectivos y se impuso la inhumación individual. El camino de los recién llegados se ha venido suponiendo que fuera desde las costas orientales mediterráneas por vía marítima e insular hasta el sudeste de la Península. Pero el cambio cultural y religioso se produjo exclusivamente en una pequeña zona, fuera de la cual y a medida que nos alejamos de ella, aparece muy débil y mestizado con la tradición del Neolítico antiguo.

Este fondo indígena existente a partir de la época de El Argar es el que en definitiva nos interesará valorar, puesto que será el que desarrollará la vida de los pueblos del Levante, que en su sentido más puro denominamos «ibéricos». Las embestidas célticas a partir del IX y VIII a. de J. C. a través de los pasos pirenaicos cambiarán el aspecto del mapa étnico y cultural de los dos tercios del país. La adopción de la cultura Hallstatt C será muy fuerte en la Meseta y noroeste, menos intensa en Cataluña y valle del Ebro, y escasa en el sur y Valencia.

La introducción de la metalurgia del hierro en el siglo VI antes de Jesucristo cambió radicalmente la vida de los pueblos hispánicos. Su expansión entre los pueblos de la Península es uno de los enigmas de nuestra protohistoria. Si la utilización del hierro para armas y utensilios se inicia en la fase C del Hallstatt, los datos más evidentes y antiguos en la Península los ofrece el poblado céltico de Cortes de Navarra (valle del Ebro) en su fase II b (650-550 a. de J. C.). Pero en Valencia no hay ningún yacimiento tan antiguo con industria del hierro, y aun en las necrópolis catalanas de campos de urnas como Agullana (prov. de Gerona), en su fase de fines del II y III (550-500 a. de J. C.), su aparición es escasa. El hallazgo esporádico de joyas de hierro (1963) en Villena, en el contexto céltico, merece ser tenido en cuenta. Sólo a partir del 500 a. de J. C. las poblaciones indígenas usaron en cierta escala el hierro, en un momento en que también los contactos comerciales con fenicios y griegos pudieron haberlo puesto a su alcance.

La perfección técnica de las armas cambió la estructura social y política; las artes pictóricas, que muestran las vasijas de cerámica, la escultura en bronce y en piedra, la joyería y el trabajo en metal perfilan una idiosincrasia propia de estas zonas. Pero ningún cambio fue tan profundo como el que aconteció con las creencias religiosas y de ultratumba: el rito de la incineración se impuso por todas partes. Este hecho, tan en pugna con las viejas tradiciones indígenas, señala una fuerte presión, a pesar de que la penetración de los colonos mediterráneos hubo de ser atenta sólo para asegurarse los mercados.

Por otra parte, si existe un sustrato céltico en varias zonas del mundo ibérico, y si se presienten presiones desde la Meseta celtizada hacia el Levante y sur, falta una evidencia para asegurar claramente la influencia del rito céltico sobre el ibérico.

La realidad se hallará cuando podamos conocer en su justa medida la fuerza de presión de uno y otro de dichos mundos que actúan sobre los pueblos ibéricos. Hoy no es posible reconocer la supremacía de uno sobre otro y la posición receptiva de los pueblos indígenas con relación a ellos.

En correspondencia con la fragmentación geográfica, el sustrato étnico-cultural sobre el que se asentarán las culturas ibéricas es también diverso.

El Sustrato Básico Étnico-Cultural De Los Iberos

Para los propósitos de este libro hemos dividido el país en las siguientes áreas: Cataluña, valle del Ebro, Valencia y Sudeste y Andalucía.

Cataluña. En esta región el sustrato neolítico está representado por el horizonte cultural de la cerámica impresa o «cerámica cardial».

Se engloba en época posterior el conjunto de «sepulcros de fosa» y las estaciones en cueva, ninguna de las cuales aporta una base estratigráfica ni cronológica segura. Sobre este fondo neolítico se implantará la cultura megalítica pirenaica, cuya distribución a principios del segundo milenio alcanza sólo por la Cataluña Alta, es decir, el Pirineo y pre-Pirineo.

Se ofrece así una dualidad de ritual que sugiere una diferenciación étnica, y, por otro lado, la diversidad del suelo entre la Alta y la Baja Cataluña pudo condicionar un distinto régimen económico. Lo más interesante de este sustrato catalán lo ofrece su analogía con el sudeste de Francia, lo que explicará las reacciones semejantes de las dos regiones frente al mundo clásico. Esta cultura pirenaica, que pronto adoptó el vaso campaniforme, se vio sometida a una lenta evolución, motivada por presiones norteitalianas. Ello lo demuestran en un principio las vasijas con asas de apéndices, y más tarde la distribución de los vasos de cerámica excisa del Bronce apenínico que alcanza hasta la cueva de Seriñá (prov. de Lérida); alguno de estos elementos llega aún más al sur, a la cueva Josefina (prov. de Tarragona) y a Sena (Aragón).

Hacia el siglo IX-VIII a. de J. C. se inician las oleadas de campos de urnas en Cataluña. Corresponde a un primer estadio la necrópolis de Tarrasa (prov. de Barcelona), con tipos del Hallstatt C (800-700 a. de J. C.), y aunque se distribuye por la Baja Cataluña, su camino se rastrea también en la Alta. Si no hay pruebas de una aportación étnica masiva, lo cierto es que el rito de la incineración se impone.

La potencia de los estratos con cerámicas acanaladas de varias cuevas (Can Montmany de Pallejá, prov. de Barcelona), o de poblados como La Pedrera de Balaguer (prov. de Lérida), indica que esta invasión hubo de ser compacta. Dicha oleada estableció en las tierras bajas un régimen económico agrícola y sus gentes alcanzarían al siglo V a. de J. C., perdiendo gradualmente vitalidad.

Hacia el 750 a. de J. C. se inicia otra oleada de campos de urnas por Cataluña, más compacta que la anterior y con elementos del Hallstatt C-D, relacionados con los del sudoeste de Suiza y noroeste de Italia. La necrópolis más representativa es Agullana (prov. de Gerona), que en su fase III perdura hasta el 500 a. de J. C., y adoptando una forma local, que viene denominándose posthallstática, se extiende por toda Cataluña. Tal será, en definitiva, el fondo cultural catalán sobre el cual, a partir del siglo V y IV a. de J. C. en adelante, se superpone la cerámica a torno y pintada.

El valle del Ebro. En el valle del Ebro existió un horizonte cultural que, desde el Neolítico, perduró hasta la época del Bronce Atlántico.

Recientemente se ha localizado «cerámica cardial», pero faltan los sepulcros de fosa y los sepulcros megalíticos. Si esta época está aún mal documentada, en cambio una serie de hallazgos prueba la perduración de las culturas del Bronce Último durante toda la Edad del Hierro hasta época plenamente ibérica. Así lo demuestran las hachas de tipos del Bronce Atlántico del poblado del Vilallonc de Calaceite (prov. de Teruel) y los moldes de hachas, puntas de flechas, varillas, etc., descubiertos en el Cabezo de Monleón de Caspe (Zaragoza). Los hallazgos más antiguos del Hallstatt se localizan en el Ebro central (Redal, Cortes), probando una primera penetración céltica por el Pirineo occidental. La llegada de las oleadas orientales por el centro del Pirineo y por el valle del Segre sigue una línea de depósitos de bronce (Organyá, San Aleix, Abella) de la provincia de Lérida, en época más tardía.

Los campos de urnas en cista y bajo túmulo, cuyo exponente es el Cabezo de Monleón de Caspe (Zaragoza), donde la unión de tipos muy viejos del Hallstatt A y B con técnicas indígenas origina las cerámicas excisas, que se difundirán por la Meseta durante el Hallstatt C-D.

La frecuente superposición de la cerámica ibérica sobre los asentamientos del Hallstatt C-D y las rectificaciones de las plantas de los poblados y de las casas de las primeras fases, indican que el final de la cultura céltica en dicha zona tuvo lugar hacia el siglo V-VI a. de J. C.

Valencia y Sudeste. Estas regiones geográficas poseyeron un fondo cultural muy unitario durante el Neolítico, señalado por la distribución costera de las cerámicas impresas del tipo de Cueva de la Sarsa y Cueva de l'Or (prov. de Valencia). Las relaciones de los sepulcros almerienses de inhumación colectiva con los sepulcros individuales de la región catalana a través del Sudeste y Valencia están en la actualidad sujetas a revisión, por cuanto no se ha hallado su enlace. Durante el Bronce I, la cultura de Los Millares influyó en todo el mundo levantino peninsular, pero aunque existen elementos culturales de relación, el ritual funerario megalítico se vio reemplazado por las cuevas de enterramiento colectivo. También es preciso decir que en Levante sólo se hallan ecos de la cultura de El Argar (Bronce II hispánico) en sus elementos culturales. Entre el 1500 a. de J. C. hasta la mitad del primer milenio a. de J. C., esta zona vivirá repitiendo los tipos del período del Bronce Mediterráneo, creando este monótono y extraño complejo de supervivencias y arcaísmos que hallaremos en la base de todos los poblados ibéricos de estas regiones.

Es cierto que en algunos lugares del área Levante-Sudeste se detecta la aparición de campos de urnas, pero siempre como intrusiones del siglo VI-V a. de J. C. Representa éste uno de los problemas más interesantes de dicha zona, puesto que los campos de urnas levantinos no parecen tener ninguna relación con los catalanes. La posibilidad de un origen en la Meseta y de su llegada por caminos aún desconocidos va abriéndose paso.

Así se explica que en ninguna otra zona geográfica como en ésta, el sustrato indígena pudiera desarrollar con gran autonomía la cultura «ibérica», y nunca como aquí esta cultura podrá aparecer con claridad, prácticamente limpia de influencias extrañas.

Andalucía. Aunque la región meridional de la Península es la más rica en todos los conceptos, sin embargo ofrece enormes lagunas de investigación para comprender el fenómeno ibérico en sus orígenes y desarrollo.

Existe en Andalucía un Neolítico de cerámicas incisas e impresas de estaciones en cuevas, sobre el que se superponen las cerámicas lisas y la cultura megalítica.

Un gran vacío se extiende entre el final de esta cultura y los inicios de la ibérica, que ocupa la primera mitad del primer milenio cuando menos. Poseemos tres focos con

material interpretativo: las regiones del Alto y Bajo Guadalquivir y la zona en torno a Villaricos (prov. de Almería)

En el Alto Guadalquivir se han excavado algunas de las necrópolis más suntuosas del complejo ibérico, pero allí aparecen dentro de un ambiente ya plenamente formado y con importaciones griegas de los siglos V y IV a. de J. C. Éste es el caso de las necrópolis de Tugia, Tutugi, Basti y varias otras.

En fechas muy recientes, la excavación de la necrópolis de los Castellones de Ceal (provincia de Jaén) ha mostrado la existencia de tumbas célticas del siglo VI a. de J. C. bajo los túmulos ibéricos del siglo V y IV antes de Jesucristo. De gran interés es la relación tipológica de las urnas de Ceal con las de Villaricos, que avala una fecha aún más antigua para parte de esta necrópolis. Al mismo horizonte habrá que llevar ahora una serie de yacimientos de la Andalucía oriental, cerca de Villaricos, que subsistieron desde las primeras edades del metal hasta la iberización, con la sola intrusión de los campos de urnas en el siglo VI a. de J. C. (Parazuelos, Alparatas, Barranco Hondo, Caldero de Qurénima).

En la región del Bajo Guadalquivir poseemos las estaciones de Setefilla (prov. de Sevilla) y el conjunto de yacimientos excavados por Bonsor entre Carmona y Mairena (prov. de Sevilla). En el Acebuchal, Bencarrón, Alcantarilla, Cañada de Ruiz Sánchez y otros lugares, Bonsor identificó las tumbas de incineración con las de los indígenas, y las de inhumación con las púnicas, sin establecer los criterios positivos para una diferenciación tan rígida.

En efecto, las placas y peines de marfil, cuya decoración impresiona por su carácter orientalizante, aparecieron indistintamente en ambos tipos de tumbas. Del túmulo de inhumación G del Acebuchal proviene una fíbula de plata y un broche de cinturón con un garfio cuyos paralelos los tenemos en la Cayla II (550-475 a. de J. C.), y otras estaciones del Aude, Hérault y Cataluña (Agullana, Camallera).

Uno de los yacimientos de más interés de cuantos exploró Bonsor es el de Cruz del Negro. En él se descubrieron treinta sepulturas de incineración, alineadas en fosa y urnas, cuyos tipos corresponden a otros orientales y acaso copiados en el país. El ajuar, formado por fragmentos de huevos de avestruz, placas de marfil, peines, cuentas de vidrio, escarabeos, etcétera, indica un ambiente muy «orientalizante». Sin embargo, junto a las especies señaladas existen urnas de cerámica a mano y piezas de metal propias del Hallstatt y con paralelos en la Cayla II, Agullana II y Molá (prov. de Tarragona).

En un ambiente que pone de relieve la misma dualidad nos movemos en la necrópolis de Setefilla. Tipológicamente, los sepulcros derivan del Hallstatt C-D, y la decoración de las cerámicas a mano enlaza con el horizonte de los vasos excisos de la Meseta (Cogotas) y valle del Ebro (Redal). El origen de estos túmulos andaluces no puede rastrearse en la Península a no ser que tengamos en cuenta sus semejanzas con los célticos del valle del Ebro.

Esta mezcla aberrante de celtismo y orientalismo en el Bajo Guadalquivir puede explicarse si damos fe a Avieno, quien señaló la penetración de grupos célticos hasta Tartessos y Gadir en el siglo VI antes de Jesucristo. Los túmulos andaluces correspondían así a jefes celtas profundamente imbuidos por las modas orientales que imperaban en la región tartessia.

El interés por la cuestión tartessia ha vuelto a suscitarse con motivo de recientes descubrimientos entre los años 1959 y 1961: el tesoro de El Carambolo (Sevilla) y las catas estratigráficas de Carmona. Estos cortes estratigráficos, igual que las joyas recién descubiertas, plantean varios problemas: la atribución de la cerámica del «Boquique» a cerámicas semejantes célticas de la Meseta; el

reconocimiento de la fecha tardía de la cerámica «a stralucido», que clásicamente se consideraba de la época del Bronce Primitivo y Medio, y la aparición de la cerámica ibérica pintada antes del siglo v a. de J. C.

Tal es el complejo mundo tartessio de la primera mitad del primer milenio en el que vemos mezclarse los estímulos celtas a los orientales, en una simbiosis aún mal determinada, pero que empezamos a vislumbrar como origen de la cultura ibérica desde el siglo V a. de J. C. en adelante.

Colonos E Indígenas

Las fuentes escritas refieren la fundación de Gades (Cádiz) por gentes de Tiro en la época de la guerra de Troya o algo después. Veleyo Patérculo la hace contemporánea de la vuelta de los Herkleidas que, según Eratóstenes, ocurrió a fines del siglo XII, y anterior a Utica (1178) y a Cartago (814).

La aceptación de una cronología tan elevada para el comercio en el Mediterráneo central y occidental está en pugna con los datos que proporciona la arqueología, según la cual, el auge del comercio fenicio por Occidente tendría lugar en el siglo VIII a. de J. C. La caída de Tiro en manos del rey asiro Tiglath-Pileser III en el 750 a. de J. C., debió retraer momentáneamente su actividad.

Pero, a pesar de la falta de datos en que apoyar la tradición, se hace difícil desterrar los tres siglos anteriores de las actividades comerciales fenicias. Por ello se ha podido pensar, mientras no se tengan pruebas fehacientes, que el comercio fenicio entre el 1100 a. de J. C. y el siglo VIII se basó en contactos directos sin establecimiento de colonias, y, realmente, el tipo de establecimiento fenicio hacía pensar así, ya que se basaba en buena parte en el trueque de materias que hubieran podido perecer. Hoy vemos por las factorías del siglo VII descubiertas que ello no es así.

Para comprender el problema en toda su magnitud, es necesario hablar del motivo que pudo dar cauce al comercio con Occidente: el metal.

Tartessos o Eldorado fantasma

En la Biblia está escrito el nombre de Tarshish como el de una región pródiga en riqueza y a la que acudieron las naves fenicias.

Hoy todo coincide en suponer que Tarshish fue el Extremo Occidente, y seguramente identificada con Tartessos, en la región del Guadalquivir, cuyo rey Gerión mantuvo relaciones con los fenicios desde principios del siglo VIII antes de Jesucristo. Los tartessios hubieron de luchar muy pronto con los fenicios, quedando sometidos a ellos. Cuando Salmanasar V y Sargon I (724-720) ocuparon Fenicia, hay que suponer que tuvo lugar la liberación que Isaías indica en sus himnos: «Tú, pueblo de Tarshish, al que ya no oprimen más ligaduras.» Con la restauración del poderío fenicio, hacia 680-670, Tarshish volvió al vasallaje.

Las figuras de los reyes de Tartessos y sus relaciones con los fenicios debieron llegar a oídos griegos, acaso en Sicilia, y Herakles (confundido con Melkart) personificaría la lucha de los fenicios contra Tartessos, representado por Gerión.

Las personificaciones míticas nos ofrecen la genealogía de los reyes tartessios desde Gargoris, en el siglo IX, hasta Argantonios, cuyo reinado señala el fin de la dinastía.

Argantonios, el longevo y filoheleno rey tartessio, tiene una realidad histórica que se contiene en el relato del viaje de Colaios de Samos a mitad del siglo VII antes de Jesucristo.

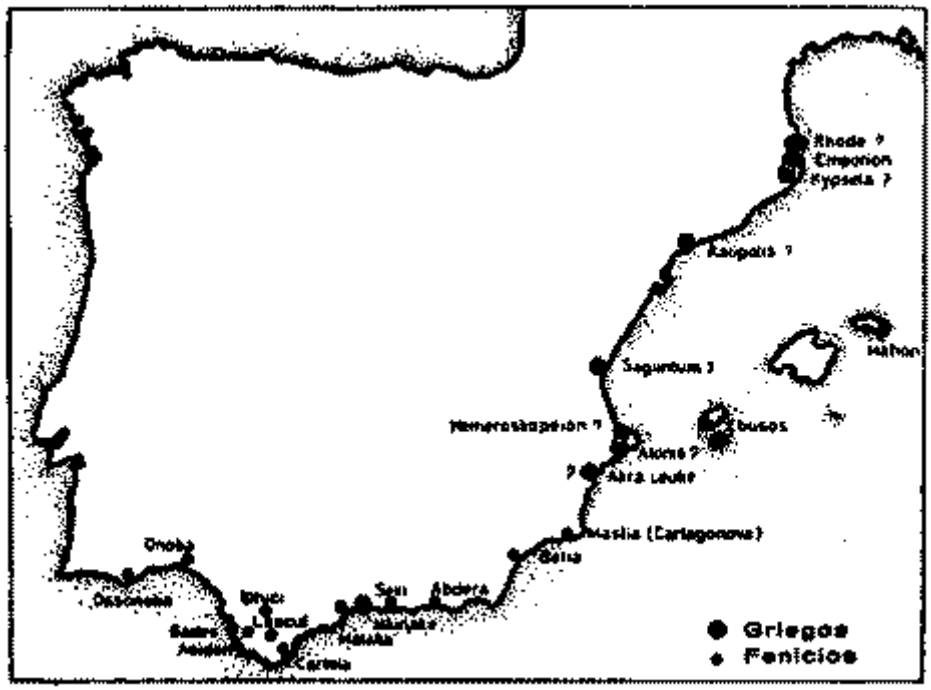
El poderío de Tartessos se basó en el metal. El comercio del estaño fue, desde época muy remota, el motivo de las relaciones entre el sur de la Península y el norte del Atlántico. En el período que denominamos del Bronce Atlántico (1100-800 a. de J. C.) se manifiesta un tráfico marítimo comprobado por la dispersión de tipos de hachas y armas en la costa atlántica.

El Pseudo-Escimno señala a Tartessos como «ciudad célebre en estaño aluvial, en oro y cobre, en la Céltica», y Plinio asegura que el estaño que los antiguos suponían procedente del Occidente atlántico es un producto de Lusitania y Galicia. Los otros yacimientos estanníferos debieron quedar agotados en el siglo III a. de J. C. (Cornualles y la Armórica), pero a ellos habían acudido los fenicios en su comercio costero desde tiempos anteriores.

En el *Periplo* de Avieno se menciona que las islas Oestrymnides eran ricas en metales de estaño y plomo, y que los tartessios acostumbraban negociar con ellos «igual que los colonos y las gentes que habitaban cerca de las columnas de Herakles». De este texto parece desprenderse que los primeros en frecuentar la ruta del estaño atlántico fueron los tartessios, y que en época posterior les suplantaron los colonos de Cádiz, púnicos en general, los cuales llegaron a conquistar Tartessos.

No sabemos si Tartessos explotó el estaño de la Península, pero, indudablemente, el beneficio de las minas de cobre y plata de Río Tinto (prov. de Huelva), junto con aquel comercio, debieron de darle gran prosperidad.

Al gran momento metalúrgico de Tartessos corresponden las armas de bronce descubiertas al dragar la ría de Huelva. Los bronces procedían de un cargamento de objetos ya fuera de uso y destinados a Tartessos o a cualquier otro puerto del Mediterráneo con el fin de ser fundidos. Si los tipos de espadas muestran su origen atlántico, las hachas son similares a las de los depósitos de Cerdeña, y las fíbulas sitúan el conjunto de Huelva en el 750 a. de J. C., pero de su destino para la fundición se deduce que el naufragio ocurrió cuando ya las piezas se hallaban fuera de uso. ¿De dónde procedía el cargamento? ¿Del norte, costeando? ¿O acaso, como parece más verosímil, descendió el Guadiana siguiendo una ruta interior, marcada por los hallazgos de espadas en el río Esla y Alconétar? ¿Era Huelva el último puerto de escala? Las fíbulas de origen sirio-chipriota muestran estrechas semejanzas con otras de la Meseta que, no siendo degeneradas, deben fecharse en la misma época que los prototipos.



2 Distribución de las factorías griegas y púnicas.

Se infiere así una fuerte corriente comercial oriental a través de Tartessos, hacia el 750 a. de J. C. Este comercio, la vecindad de Cádiz y el ambiente que la arqueología señala en el Acebuchal, Carmona, Setefilla y El Carambolo, muestran que el área tartessia estaba muy imbuida de orientalismos. Fenicios, sirios y chipriotas, entre otros, crearon en Andalucía un ambiente cultural paralelo al que lograron los griegos en la Magna Grecia.

Sin embargo, la independencia de Tartessos se manifiesta en el aspecto político y económico, tratando directamente con los griegos, y en su cultura, sobre todo en la creación de un singular alfabeto propio.

Quizás el desastre de Alalia (539-538) significó el final de la filohelénica Tartessos y de las primeras factorías griegas del sur de la Península. Sin embargo, aún hubo algunos levantamientos de Tartessos después del 500 a. de J. C., que obligaron a los fenicios de Gadir a solicitar ayuda de los cartagineses.

Desde entonces terminó la vida de Tartessos, y los cartagineses reemprendieron el comercio atlántico del metal.

Hacia el 500 a. de J. C. el Mediterráneo occidental está en ebullición, y es preciso retornar al viaje de Colaios para comprender el significado de la aparición de otros rivales de los fenicios en el tráfico del metal: los griegos.

Los pioneros griegos en Occidente

De las primeras fechas de los contactos griegos con Iberia poseemos más documentación que de los fenicios, aunque su cronología es también confusa.

Hay un período referido al ciclo legendario troyano y a la vuelta de los «nostoi» a su hogar, en que se describen sus peripecias por Occidente; sin embargo, estas leyendas se elaboraron en época helenística. En relación con estos supuestos viajes, se han señalado una serie de hallazgos cicládicos y del período geométrico en Marsella y Hyères, pero su autenticidad, así como su procedencia, es más que dudosa.

Entre el siglo VIII y VII a. de J. C. se señalan una serie de descubrimientos, exploraciones y tanteos en busca de mercados por parte de rodios y calcidios. La base de tales viajes está en el Pseudo-Escimno y su interpretación es difícil; su fuente hubo de ser Eforo y está de acuerdo con la arqueología. En efecto, en las bocas del Ródano han aparecido materiales rodios de hacia el 650 antes de Jesucristo.

Los hallazgos griegos más antiguos —aparte de los recientes hallados en la factoría paleopúnica del río Vélez (prov. de Málaga) y la necrópolis paleopúnica de Almuñécar (provincia de Granada) — son el casco corintio del río Guadalete (Jerez) o el de la ría de Huelva, y pueden fecharse hacia el 630 antes de Jesucristo, en la época de los contactos entre Argantonios y Colaios. Se evidencia así, además del viaje del Samio, la posibilidad de que existiera la factoría griega de Hemeroskopeion, el santuario del cabo Artemisión, Mainake (¿Málaga?) y Herakleia (¿Carteia?), a fines del siglo VII o principios del siglo VI antes de Jesucristo.

El camino de estas fundaciones peninsulares vendría determinado por los antiguos topónimos en *oussa,* como los de las islas Pythioussas (Baleares), propios del Egeo, y en relación acaso con la ruta del metal, anteriores todos ellos a la colonización fócense.

Comercio y colonización en el siglo VI antes de Jesucristo

Las razones para hablar de un comercio anterior al siglo VI ya han sido expuestas, y permiten dar crédito a las fuentes escritas que dan fechas de fundaciones más antiguas que las que encontramos por el material arqueológico. Los recientes descubrimientos de una necrópolis paleopúnica en Almuñécar (¿Sexi?), en 1963, con materiales riquísimos —ánforas de alabastro egipcias (¿de la Dinastía XXI?), *oinochoes* de cerámica del tipo de «boca de seta», platos de «barniz rojo», escarabeos, dos *kotyloi* protocorintios de hacia 700 a. de J. C. — y de una factoría comercial paleo-púnica de la misma época —fechados los materiales por cerámica ática de principios del siglo VII antes de Jesucristo — en Torre del Mar (¿Málaga?) han dado por fin la garantía evidente de este comercio fenicio anterior al de los focenses y contemporáneo del de los rodios y samios como Colaios. La factoría de Abdera, supuesta Adra (provincia de Almería), no ha sido aún explorada, y, por otra parte, los materiales de Cádiz e Ibiza no son anteriores por ahora al siglo IV-V a. de J.C.; pero en el *Periplo* de Avieno la serie de factorías del sudeste y sur que se denominan «libiofenices» deberían ser fechadas no más tarde del s. VI antes de Jesucristo.

Nada sabemos por ahora de los establecimientos griegos del Levante y Sudeste (Hemeroskopeion y Mainake), que las fuentes pretenden situar a fines del siglo VII antes de Jesucristo.

En cambio, poseemos más información de las colonias del siglo VI a. de J. C., a partir de la fundación de Marsella (Massalia, 600), puesto que los textos escritos tienen posibilidad de cotejo con los hallazgos arqueológicos.

Como ampliación del foco fócense de Massalia nacieron en Iberia Emporion (Ampurias) y Rhode (Rosas), si es que esta última no fue fundada anteriormente por los rodios en el siglo VII antes de Jesucristo. Ambas factorías se escalonan en la costa catalana de la provincia de Gerona.

Desde el Pseudo-Escilax las fuentes señalan a Emporion como una fundación massaliota, y Estrabón indica que hubo una fundación primera (Palaiápolis), seguida del establecimiento en tierra firme. La arqueología constata que la ciudad nueva de Emporion se fundó hacia el 580 antes de Jesucristo. Otras factorías aparecieron en la Península: *Pyrene,* cerca del cabo de Creus; Cypsela; Kallipolis, cerca de Tarragona;

Hyops, en las cercanías del delta del Ebro; y *Lebedontia,* al norte del cabo de la Nao. Ninguna de ellas se ha localizado, aunque, recientemente, las excavaciones de Ullastret (Gerona) indican que acaso pueda tratarse de Cypsela.

Generalmente, se admite que la derrota de los griegos en Alalia frente a los cartagineses y etruscos terminó con el poderío fócense y entonces desaparecieron las factorías del sur, al quedar el comercio del Estrecho en manos de los cartagineses. Hoy, sin embargo, se ve que el desastre afectó a los piratas focenses de Alalia, sólo que el comercio de Massalia con Grecia no sufrió ningún menoscabo, y que la alianza entre etruscos y cartagineses fue efímera. A pesar de ello, parece indudable que el Estrecho quedó en manos de los cartagineses a fines del siglo VI o a principios del siglo V antes de Jesucristo y Píndaro podrá afirmar que «no se puede pasar de Gadir; más allá se extienden las tinieblas». Herodoto confirmará su ignorancia para situar las Cassitérides, debido a la custodia del Estrecho por los cartagineses.

Las factorías hasta la conquista romana

Durante el siglo IV a. de J. C., el renacer del mundo colonial griego occidental dio nuevos alientos a las antiguas factorías como Alonai (¿Benidorm?) y Akra Leuké (Alicante). Es posible, acaso, que ello ocurriera ya en fechas anteriores al siglo V, como parecen demostrar los hallazgos más viejos de Alicante y su región.

Entonces el sur de la Península recibe un impacto colonial griego muy intenso, hecho señalado por la importación masiva de cerámicas áticas, y suditálicas después.

La fuerza del comercio griego en el sur terminará poco antes de la Primera Guerra Púnica (264-261), con el dominio total cartaginés en el sur de la Península. Pero, a consecuencia de aquella guerra, los cartagineses perdieron su dominio frente a massaliotas e iberos. Sólo en el 237, al desembarcar Amílcar en la Península, se restablecieron las posesiones cartaginesas con su avance hacia el cabo de la Nao y la destrucción de Hemeroskopeion.

Amílcar estableció en Akra Leuké una fortaleza militar, y Carthago Nova fue el centro del dominio púnico.

Ésta es la fecha en que hay que situar una serie de tesorillos escondidos como los de Cheste, Mogón y Montgó, que atestiguan la época en que el comercio griego quedó cortado por el avance cartaginés.

Así se llegó a la paz del año 226 entre Cartago y Roma, en la que se estipuló una separación de esferas de influencia en la línea del cabo de la Nao. Ni uno ni otro cumplieron el pacto, y la alianza de Roma con Sagunto provocó el ataque de Aníbal que inició la Segunda Guerra Púnica. Entre el 218 y el 201 invadió la zona al norte del Ebro, en su camino hacia Italia.

La destrucción de la mayor parte de las colonias griegas con motivo de estas luchas y la romanización de las sobrevivientes terminó con las relaciones comerciales entre Grecia e Iberia.

Relaciones entre colonos e indígenas

Para comprender el carácter de los establecimientos coloniales en la Península y la influencia que ejercieron en el mundo indígena, hay que tener presente que el único excavado de este tipo es Emporion. La identificación que acaso pueda propugnarse de Cypsela con Ullastret eleva a dos el número de los yacimientos conocidos.

Todos los intentos para situar los demás establecimientos costeros han fracasado hasta ahora, y sólo Akra Leuké (Alicante) puede considerarse como adquirido, aunque

su fase más antigua no sea anterior al siglo IV antes de Jesucristo.

Las colonias de Italia y Sicilia fueron de población, y su vida, agrícola. La importancia de las colonias se halla en función de la amplitud y fertilidad del suelo, y de ahí su afán por ampliar el territorio. La expansión se efectuó a expensas de los indígenas, muy permeables por su poca densidad y por causa de la cultura superior de los griegos. El cultivo de los campos se amplió pronto con el comercio y la industria y en seguida se inició la producción local artesana para comerciar con los indígenas.

En el sur de Sicilia, una serie de establecimientos, focos de cultura, nacen de centros prehistóricos, pero muy ligados a la costa, y son a la vez fermento de transformaciones del interior. No son poblados prehistóricos retardados, sino verdaderos centros griegos, resultado de la mezcla de población y de influencias griegas y locales.

Un carácter muy distinto tuvieron los establecimientos del golfo de León. Massalia, con su puerto rodeado de montañas desnudas, poseía un territorio pobre. El cultivo, introducido por los griegos, de la vid y del olivo no podía bastar para la gran fuerza económica de la ciudad. Los hallazgos en Provenza son escasos en época arcaica y prueban la falta de interés por cultivar el campo, y, por lo tanto, de expansión territorial massaliota. En cambio, en un radio de acción entre 10 y 15 kilómetros por el interior aparecen una serie de fundaciones que muestran el interés de Massalia por asegurar la vigilancia de la ruta comercial del estaño del Ródano-Saona.

En la antigüedad, el estaño se explotaba en dos zonas de Occidente: Cornualles, en las Islas Británicas, y las bocas del Loira, en Francia. El metal llegaba desde Cornualles al continente a través del canal de la Mancha y del bajo Sena. Desde ahí, el estaño, tanto el de Cornualles como el de las bocas del Loira, se expedía por Vix y la Alta Borgoña hasta el valle del Ródano-Saona, que era la principal arteria a Marsella y el Mediterráneo.

El interés que tuvo Massalia por el Languedoc fue secundario y destinado a buscar mercados para su vino local. Así, pues, hubo colonias oficiales por un lado y establecimientos griegos en Provenza, a una cierta distancia de la llanura de cultivo de Narbona, dedicados a comerciar con los nativos.

Éste es el tipo de relación comercial que ha de tenerse en consideración cuando queremos estudiar los contactos entre los griegos y los indígenas en Iberia. El ejemplo de Marsella es el que mejor conviene para Ampurias y Ullastret.

Cataluña. La «Neapolis» de Ampurias es una simple factoría portuaria, cuyas relaciones con los indígenas no fueron cordiales en sus comienzos. No es una colonia con núcleo extenso de población ni con una autonomía agrícola o económica. Su hinterland, la llanura del Ampurdán, pudo cultivar la vid y cereales, pero el comercio local no pudo ser causa suficiente de la riqueza de Emporion. Esta riqueza queda patente por las importaciones de cerámica desde fines del siglo VI, en gran abundancia, y su gran tráfico durante el s. V con Atenas, que sustituye en importancia a Massalia.

No hay un solo establecimiento griego conocido por el interior que señale una ruta de expansión territorial de Emporion. Los poblados indígenas (indiketes), en un radio de 50 kilómetros presentan un porcentaje de cerámica griega escasísimo. Es el mismo caso que el de los poblados de la costa alrededor de Barcelona, ya alejados de la esfera de influencia de Emporion.

Ullastret, asentada como un *oppidum* ibérico, entre zonas pantanosas, semejante en su situación a Ensérune (sur de Francia), muestra unas características semejantes a Emporion en cuanto al hinterland.

En definitiva, parece que la acción económica de estas factorías sobre los indígenas vecinos hubo de ser escasa. Sin embargo, la relación de comercio diario y contacto directo con la población indikete que se estableció junto a las murallas de

Emporion es indudable. Igual que en Marsella, hay que suponer que la vid y el olivo se implantan aquí, y que, al menos, la relación directa entre unos y otros hubo de ser aprovechada por los indígenas en su beneficio y en el adelanto material.

Si este influjo material no aparece patente, tampoco es mucho lo que los indígenas debieron en su arte a estas factorías catalanas. Esta región no tiene arte indígena comparable con el del Mediodía y Sudeste; falta por completo toda muestra de escultura indígena que hubiera nacido del contacto con las piezas griegas que hubieran podido importarse en Emporion. Únicamente es posible hablar de una influencia en la cerámica, por cuanto es evidente la utilización del torno, por este contacto entre los indiketes y la imitación de las formas y de los simples motivos decorativos de la cerámica jonio-focense. La especializaron de los talleres de cerámica indígena en Cataluña no tomará carta de naturaleza hasta el siglo III y II antes de Jesucristo. Las fuentes de época romana atestiguan también el influjo de los colonos en el arte textil y la especialización de algunos centros indígenas en tejidos de lino. El resto del influjo en la cultura material se nos escapa por completo, dada la pobreza de los poblados y necrópolis catalanes.

Ahora bien, la clave de la riqueza de Emporion nos la pueden ofrecer los tipos de sus monedas y la dispersión de los mismos por la Península. Cuando Emporion se independiza económicamente de Marsella, inicia, en la primera mitad del siglo V a. de J. C., la acuñación de moneda propia a igual que Rosas, con divisores de la dracma massaliota. A partir del 330, aproximadamente, acuña un tipo autónomo de dracma con la leyenda *Emporitón* en griego. En el anverso aparece la cabeza de Aretusa copiada de las siracusanas; en el reverso, un caballo quiescente coronado por una Victoria volando, parece ser de un tipo cartaginés. Se admite que estas monedas están acuñadas en Emporion con plata de Carthago Nova y de Andalucía con el fin de pagar la recluta de mercenarios para los cartagineses en sus campañas de Sicilia.

Si esto fuera así, quedaría comprobado el carácter filopúnico de Emporion, ya que, por otra parte, Aníbal, a su paso hacia Italia, la dejó de lado, mostrando con ello unas supuestas relaciones con un núcleo tan vital para su ejército.

Emporion hubo de vivir de su comercio marítimo con los cartagineses que le proporcionaban el metal, y ello explicaría la carencia de un interés dirigido a extenderse por su hinterland.

Este tipo de amistad no debe extrañarnos. Cartago comerció con el Ática en esta época; Atenas y Cartago tenían un rival común: Siracusa.

Esta comunidad de intereses económicos entre Cartago y Atenas pudo realizarse, al menos en parte, mediante Emporion, que se hallaba directamente en contacto con los acontecimientos de la Península, como una sucursal de Atenas en el extranjero.

Valencia, valle del Ebro y Sudeste. En toda la costa se escalonan los hallazgos griegos (cerámica especialmente) en los poblados ibéricos, a partir de fines del siglo V, y, en general, durante todo el siglo IV antes de Jesucristo. El radio de acción comercial no penetra más de 50 km al interior en los casos extremos. El número de fragmentos griegos en los establecimientos indígenas de la costa levantina y del valle del Ebro bajo es limitadísimo. Más aún, se trata de piezas de lujo para los iberos, quienes en ocasiones las restauraron, lo que demuestra el aprecio en que las tuvieron. Los mismos grafitos ibéricos en los vasos prueban también que se trataba para ellos de vasijas muy estimadas.

La escasa concentración de cerámica griega prueba que los establecimientos griegos de la costa fueron factorías de intercambio comercial, y que no buscaron expansión territorial mediante el establecimiento de núcleos de población. Las

relaciones sobre esta base hubieron de ser por ello fáciles y amistosas.

En determinados yacimientos del Sudeste se hallan cerámicas de importación ática de fines del siglo VI y principios del siglo v antes de Jesucristo. En Villaricos no conocemos la factoría griega, pero sí la necrópolis indígena, muy mezclada, en sus ajuares, con objetos provenientes de las importaciones greco-púnicas.

Un conjunto de estaciones y necrópolis ibéricas fuertemente helenizadas marcan una ruta interior comercial griega por el Guadiana hacia Tartessos en el siglo v antes de Jesucristo. Y esta zona es especialmente la que, desde el punto de vista cultural, económico y artístico, refleja con más fuerza el impacto de la penetración griega. Hay que ver este camino en relación con los yacimientos metalíferos de Andalucía. Las minas de Sierra Morena se hallan en esta ruta que se abre en la costa entre Hemeroskopeion y Villaricos.

Una vía desde Akra Leuké sigue por Albacete, Balazote y Villacarrillo hasta Linares (prov. de Jaén). Otro camino comercial enlaza Elche con Redován, Orihuela, Murcia y Cartagena, y a él hay que añadir el que enlaza Murcia, Archena, Caravaca, Galera, Baza hasta Guadix. Finalmente, desde Villaricos, por Huércal-Overa, se llega a Baza, en el núcleo interior de rutas comerciales con Sierra Morena.

Esta zona es la de mayor concentración de hallazgos escultóricos ibéricos y de estaciones fuertemente helenizadas; es, en definitiva, la zona que serviría en época anterior para la penetración de los marfiles de Carmona y las piezas de La Aliseda (Extremadura) si siguieron un camino terrestre.

Los indígenas de esta área aprendieron pronto a imitar las formas y los temas decorativos de las cerámicas importadas, tanto fenicio-púnicas como griegas. En Carmona, Galera, etc., la cerámica de bandas ha de considerarse oriental, del círculo fenicio-chipriota, que pronto sería imitada en el país, y sus formas en nada se parecen a las de Cartago y del norte de África.

En cambio, la profusión de motivos y temas de la cerámica del Sudeste hacen pensar más en imitaciones de la cerámica griega.

Las factorías paleopúnicas y púnicas hubieron de tener un carácter similar a las griegas, puesto que su posición era aún más favorable debido a la vecindad y al dominio de la zona de interés minero y comercial. El derecho de peaje y de tráfico, el monopolio del comercio andaluz y sus ricas pesquerías y establecimientos de salazones, muestran unas posibilidades de vida muy elevadas al menos en el aspecto económico.

Los problemas que presenta el impacto de las aportaciones artísticas de originales griegos y fenicios en la formación del arte ibérico serán motivo de detallada atención. En cuanto a las formas de vida, a los sistemas de explotación de la tierra, dado el carácter exclusivamente comercial de las factorías, sólo tenemos ligeros indicios. Los griegos trajeron el cultivo de la vid y del olivo, y los fenicios influyeron mucho en los tejidos ricos y policromos. La impronta de la religiosidad clásica sobre el mundo ibérico podrá seguirse igual que en la Magna Grecia, pues realmente los pueblos meridionales poseyeron santuarios en los que se adoraba a divinidades cuya concepción responde a los modelos e inspiraciones del Mediterráneo oriental.

En definitiva, el estudio del sustrato étnico-cultural del mundo ibérico y la aportación de los colonos fenicios y griegos configuraron entre los pueblos ibéricos un modo de vida, a partir del siglo V-IV, que permite reconocerles bajo la denominación especial de «iberos».

CAPÍTULO IV

EL PUEBLO

Cómo Vivían

Con el fin de determinar el modo de vida y el aspecto de los iberos, hemos de acudir a los restos en pintura y en escultura y a las descripciones de los textos clásicos. Éstas son las únicas fuentes de que disponemos, ya que la práctica de la cremación nos ha quitado toda posibilidad de reconstruir el aspecto físico de los iberos a base de restos óseos. Pero es preciso recordar que la escultura puede haber idealizado las formas, y que la pintura las puede haber esquematizado, del mismo modo que las referencias en los textos escritos respecto a un grupo de personas no puede generalizarse aplicándose a los demás; y que la descripción de un individuo no nos sirve para todos los demás.

De sus retratos en el arte ibérico podemos deducir que el pueblo era idéntico en todos los aspectos al actual que vive en las mismas zonas. Se trata de una raza esbelta, dura, de cabellos rizados y de rasgos finos, que ante los romanos debieron parecer rudos y salvajes.

Nos encontramos en mejores condiciones para juzgar sus cualidades y defectos que su aspecto físico. Marcial ponía en contraposición al griego culto con el hispano viril de aspecto austero, con su cabello abundante y revuelto y su bronca voz —la fonética ibérica se adaptaba mal a la pronunciación romana —.

Los contactos con los colonos y las facilidades de la vida propias de los iberos del Levante y del sur debieron haber limado su aspereza y les debieron llevar más fácilmente por el camino de la civilización. Livio, refiriéndose a los pueblos de la costa, asegura que eran de naturaleza inquieta y ávidos de aventuras; describe a los lacetanos de Cataluña como «deviam et silvestrem gentem». Polibio contrasta a los iberos y africanos, que tenían mucho aguante, con los celtas, de escasa resistencia.

La desigual distribución de las tierras fértiles explica en parte las diferencias de carácter y las formas de vida. Los turdetanos, en contacto con las factorías fenicias y griegas, nunca ofrecieron un grave problema para los romanos, mientras que los cántabros del norte fueron los últimos pueblos de la Península en ser pacificados por ellos.

3 Vaso decorado de Liria, representando una dama sentada en una silla de alto respaldo.

El típico eslogan de los conquistadores en la Península ha sido siempre el de «Paz y Tierra». Con este lema fue como el general romano Galba preparó una emboscada a los lusitanos en el año 150 antes de Jesucristo. Paz y tierras era todo cuanto pedían las embajadas hispanas que acudían al Senado romano. Cuando

Sempronio Graco cumplió el reparto de tierras entre los indígenas, se atajó el mal; pero el descontento era endémico y pedía un programa radical de reformas.

Como consecuencia, hará su aparición el bandolerismo. La tópica rebeldía ibérica, el individualismo tribal y la rudeza de las costumbres deben verse en función de este problema económico y social. Los romanos se preocuparon más de los bandoleros de Sierra Morena que de los huertanos de la Contestania o de los terratenientes de Turdetania.

Los casos de heroísmo se repiten con frecuencia en los anales de la conquista romana de Hispania, prueba del aprecio en que los romanos tuvieron el valor de los indígenas. Un testimonio del valor de un puñado de hispanos que lucharon fuera de su tierra queda reflejado en el «bronce de Áscoli».

Junto a su valor se reconoce también su ingenuidad. Los pueblos hispanos apreciaron más la generosidad de sus enemigos que la mano dura. La política de guante blanco de Asdrúbal, o la de los romanos Escipión, Tiberio Graco o Sertorio les valió más que sus propias victorias guerreras. El buen trato y los halagos de Escipión para con los reguli ilergetes Indíbil y Mandonio le favorecieron con su amistad. Sertorio se atrajo a los iberos, «quitándoles aquel aire furioso y rebelde, convirtiendo sus fuerzas de grandes cuadrillas de bandoleros en un ejército organizado». La ingenuidad llevó a los iberos en ocasiones al exhibicionismo, del cual usaron y abusaron los romanos.

4 Flautista de la escena de la figura 5.

5 Procesión de damas, con las manos enlazadas (fragmento de un «kalathos» decorado. Liria).

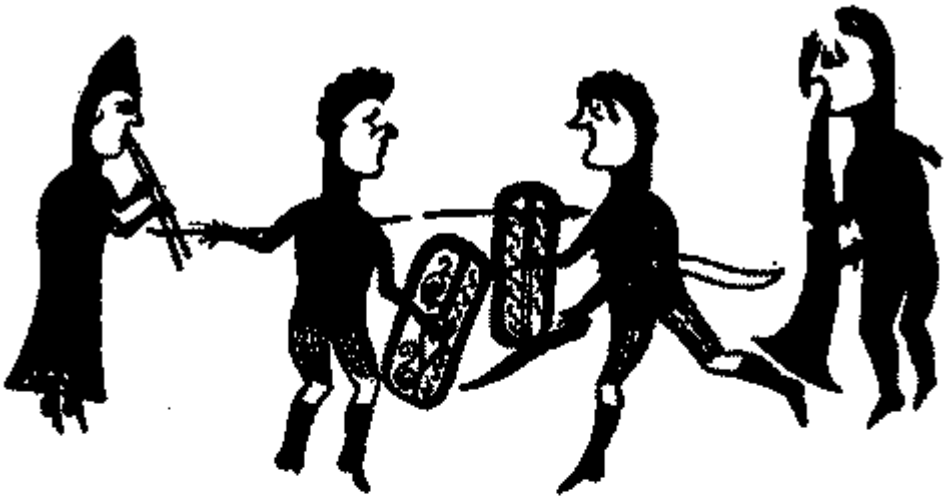
Marcial nos cuenta que la vida en el poblado empezaba con el alba, en el momento en que salían los hombres para las faenas del campo, y terminaba a su vuelta

con el crepúsculo. El poeta soñaba con Roma mientras las fogatas flameaban en el hogar bien provisto y renovado.

En el poblado, la gente apenas utiliza la toga y, cuando lo hace, pasarán años antes de sustituirla por otra nueva. La casa, de una o varias habitaciones, tiene el hogar como centro de su vida; sólo el calor del fuego las hacía confortables. Rectangulares o cuadradas, alzadas sobre zócalos de piedras y con pared de adobe o piedras en seco, con techado de ramaje, eran cabañas en realidad. Conocemos poco del mobiliario; bancos corridos de mampostería en las tumbas indican que también debió de haberlos en las casas. En una escena de Liria y en otra de Alloza, vemos a un personaje sentado en una silla, pero sin duda los grandes solios de las Damas del Cerro de los Santos, o de Verdolay, son propios de divinidades o sacerdotes.

Hornacinas y vasares volados, abiertos en la pared, debieron utilizarse como armarios. Tablas y ramas cubiertas con jergones sirvieron para descansar de las jornadas de paz y guerra. Ésta era la base de su sencillo mobiliario.

Carretas, arados, yugos con yuntas de bueyes y muías, aperos de labranza (hoces, azadas, tijeras para el ganado, rastrillos) y trabajo (hachas, picos), así como utensilios caseros (sierras, cuchillos, navajas, clavos, martillos), nos indican cuál fue el régimen en que se desenvolvió la economía y la vida de estos pueblos.



6 Danza funeraria ritual (en un fragmento de Liria).

7 El acróbata (bloque de caliza de Osuna). Altura, 80 cm; ancho, 40 cm; grosor, 11 cm.

Más que escenas de la vida cotidiana, las representaciones pictóricas nos indican la gran afición de los iberos por la caza y la guerra. Son escenas de un pueblo que ama el deporte y disfruta en la caza de persecución, trampa y emboscada, las que se desarrollan en los frisos de las vasijas. Jinetes acribillando con azagayas a jabalíes; lanzando sedales y anzuelos para pescar en las lagunas; cazando ciervos; acosándolos hasta las redes, o utilizando «boleadoras», muestran una orgía de vida incomparable.

8 Cabeza de mujer (pintada en un vaso de Liria).

9 Dos encapuchados (fragmento de un vaso de Liria).

La misma «joie de vivre» aparece en su esplendor en las representaciones religiosas y festivas, donde la música y la danza se explayaron. Las tañedoras de flauta, aulôs (doble flauta) y los de tulba son frecuentes en las escenas de Liria, y la bella *auletris* de Osuna es de una gran delicadeza.

Al son de la música, las procesiones a los santuarios danzaron cogidas de las manos, formando corros o serpeando, según una tradición ancestral mediterránea. La *Danza bastetana* de Liria, por su espontaneidad, más parece una danza popular que religiosa.En cambio, los dos guerreros que se enfrentan al son de dos tañedores de flauta y tuba representan mejor una escena mágico-religiosa de propiciación o de honras fúnebres.

Sabemos por Livio que los iberos iban al combate saltando, al compás de una música monorrítmica y con cantos bélicos. Aníbal hizo desfilar al ejército junto a un pira en una ceremonia en la que los iberos danzaron con sus movimientos de cuerpos y armas. Este tipo de danza fue frecuente entre los hispanos; y así, los lusitanos, a la muerte de su jefe Viriato, celebraron sus honras fúnebres cantando himnos semejantes al paian griego; los lusitanos iban al combate con sus movimientos ágiles y rítmicos de piernas y brazos.

El sillar de Osuna, con un acróbata, es un documento impresionante y paralelo al de las tañedoras de crótalos y danzarinas gaditanas de la época romana.

Los pueblos más atrasados de la Península conocían, al parecer, los poemas épicos, ya que las madres, según Salustio, recitaban a sus hijos las hazañas de los antepasados. Por ello no extrañará que los turdetanos, cuya tradición era antiquísima, conocieran el género histórico como el poema épico y versificaran sus leyes al mismo

tiempo que, gracias a la escritura, recopilaban sus gestas.

El Vestido

Aunque nada se nos ha conservado de materia textil o del cuero de la época ibérica, se puede asegurar que griegos y fenicios influyeron en el arte textil de los indígenas. Conocemos el gusto y la profusión por el vestido y por el adorno de las mujeres ibéricas y la fama de algunas ciudades por la finura de sus tejidos. Polibio menciona el contraste entre los mercenarios ibéricos de Aníbal, con túnicas de lino teñidas de púrpura, y los celtas, vestidos con pieles de oveja y tejidos de lana negra.

El manto *(sagulus)* de la Meseta, maloliente, tiene contraposición en los de Turdetania, teñidos de púrpura, que figuran en listas de valiosos regalos en Roma. Iba dispuesto como un poncho, atado por detrás a la cintura. En Osuna se reproduce un personaje con manto abierto por delante, con el cuello abrochado y solapa: es la primera «capa» española.

A partir del año 205 a. de J. C. figura el manto entre los tributos pagados por iberos de Cataluña a los romanos.

La túnica fue la prenda principal entre los hombres. Era corta y ceñida, con mangas, como un jubón, aunque a veces existe la túnica talar, amplia y con pliegues. Hubo de ser de lino entre los nobles, y de lana entre los demás; en algunos guerreros su aspecto es fuerte, como si se tratara de cuero o de esparto.

Los calzones aparecen en Liria ajustados a las piernas y sostenidos con tirantes anchos y cruzados sobre pecho y espalda.

En el Vaso Cazurro se desarrolla un extraño friso de dos muchachos vestidos con un simple faldellín arrollado, corriendo tras unos ciervos; es un caso curioso de desnudo entre los iberos.

El calzado común utilizado para el trabajo hubo de ser la sandalia de esparto o de cuero, como las prehistóricas de Albuñol (prov. de Granada); pero jinetes y guerreros de Liria calzan botas altas, de cuero, flojas, de boca ancha. Los guerreros de un friso de Osuna, romanizados, calzan sandalia de punta alta y atada al tobillo con correas de varias vueltas.

Entre las mujeres ibéricas existió una moda de vestir y un tipo de belleza cuyos cánones quedaron en la pintura y en la escultura. Eforo refiere un exhibición de vestidos, tejidos por las mujeres, con reparto de premios y «patrones» fijos para el talle, que hacían la desgracia de las que no lo conseguían.

Nada hay más complejo que el vestido de las «oferentes» y sacerdotisas del Cerro de los Santos, o de la Dama de Elche. Cuatro piezas forman el vestido de ceremonia: una camisa hasta los pies, un vestido amplio o ajustado encima, un manto sobre los hombros y un velo que a veces se confunde con aquél.

La pieza interior, de lino, aparece en la Dama de Elche como un chitón ajustado al cuello con una fíbula anular; en una dama de Osuna asoma sobre los pies. Sobre esta pieza, en la Dama de Elche, aparece otra en pliegues sesgados del hombro a la axila opuesta; la de Osuna citada posee anchas mangas ribeteadas hasta las muñecas, y la falda cae en pliegues verticales.

La túnica talar es la propia de la *auletris* de Osuna y de los exvotos femeninos; en general, va ceñida con un cinturón. Los bordados y recamados de esta pieza sólo tienen rival en los mantos.

El manto es la más rica de las vestiduras. Iba echado sobre las espaldas y ocultaba los brazos dejando el busto al descubierto; la Oferente de Osuna lo lleva terciado sobre la rodilla. En los exvotos se aprecian dos clases: uno, corto como un chal

que cae hasta las rodillas, y otro, largo, cogido de la axila al hombro opuesto, cayendo sobre las rodelas de las trenzas y recogido bajo el manto. En los exvotos, la *mantilla* cuelga de la mitra y cae en flecos, enmarcando el rostro o recogiéndose tras las rodelas de las trenzas.

El calzado común entre las mujeres fue la sandalia de cuero o esparto como el que aparece en una oferente de Osuna.

El adorno personal

Hay un estigma barroco en el Mediodía y Levante al que no se sustrajeron ni los turdetanos ni los iberos del Levante. El gusto por el adorno, por la distinción, el cariño por lo vistoso y el colorido es algo atávico en estas regiones peninsulares.

Las figurillas masculinas de los santuarios muestran unas cabezas rasuradas, con flequillo sobre la frente; acaso se trata en ciertos casos de un casquete de cuero que deja al descubierto el cabello en la frente o en melenas y trenzas hacia atrás. La escultura en piedra del Cerro de los Santos deja ver un tipo de cabello corto, rizado, en mechones radiales y con flequillo frontal. El tocado del varón se reduce a una simple tenia que recoge el cabello sobre la frente. Algunas personalidades de Liria parecen tener barbas marcadas, aunque esta costumbre pudo ser una moda local y temporal.

En las mujeres el peinado y el tocado son extraordinarios.

Artemidoro se refiere a las mujeres ibéricas que «llevan un *tympanon* (tambor) curvado contra la nuca, atenazando la cabeza hasta las orejas», y añade que «algunas mujeres colocan una varilla sobre una peana y pliegan su cabello alrededor, envolviéndolo todo en un velo negro».

En los exvotos aparecen casquetes formando turbantes, tiaras cónicas, diademas de largas ondas y de tiras trenzadas, etc. Bajo el tocado cae el cabello en trenzas, que a veces se echan de lado a lado sobre la frente, formando un fleco de ovas y ondas a partir de una crencha central.

La *auletris* de Osuna se peina con trenza en el casquete superior, y desde la coronilla parte un flequillo hacia delante; alrededor de la cabeza corren dos trenzas en diadema, y sobre los temporales se riza hacia atrás un bucle, que va a buscar la trenza doble. En Liria hallamos paralelos vivos de los exvotos; la gracia de la Dama del abanico (o del espejo), cubierta con peineta, o de las «encapuchadas», es una réplica de la Dama de Elche, o de la del Cerro de los Santos.

La Dama de Elche se cubre con una alta peineta que debió ir montada sobre una armadura, cubierta por una *mantilla* ceñida con una diadema de la cual cuelgan tres hilos de perlas. Esta diadema fue, como las de La Aliseda o Jávea, de hilos de plata u oro. La «cabeza Cánovas» lleva un friso triple de perlas, y sobre ellas róleos y rosetas, cuyo origen lejano patentizan las damas púnicas de Ibiza.

Los rodetes que recogen las trenzas de la Dama de Elche serían metálicos y decorados con granulado; su semejanza con las de las *korai* de hacia el 500 a. de J. C. es extraordinaria. Un tipo semejante, pero menos lujoso, aparece también en La Serreta. La Gran Dama del Cerro oculta los rodetes bajo las trenzas, y en su frente ciñe una *tenia* bajo la que asoma un rizado flequillo.

Las arracadas son en general muy fastuosas; las hay grandes y circulares; dobles y discoidales y de tipo alargado en forma de lágrima; los pendientes de La Aliseda y Santiago de la Espada son verdaderas filigranas.

Desde los tipos simples de brazaletes y pulseras de los exvotos hasta los complejos del Molino de Marrubial (prov. de Córdoba) hay una gran complejidad temática.

Los iberos, igual que los celtas, utilizaron torques, que generalmente son simples alambres enrollados, y pectorales, formados por círculos que penden de cadenillas.

En las figuras femeninas los collares son variadísimos; los hay cordados, con colgantes circulares, esclavinas, o bien gruesos y deformes, con colgante de ovas. La Dama de Elche se adorna con tres filas de collares: la superior, de cuentas esféricas agallonadas de pasta vitrea policromada, con una anforilla de oro como la que presentan las oferentes del Cerro; la central con cuentas semejantes, mayores, y seis anforillas; y la inferior con cuentas esféricas, discoidales y cápsulas de oro engarzadas en charnelas. Este último tipo aparece también en joyas de Galera, Carmona y en Almuñécar y Carambolo. En cambio, el collar de la Gran Dama del Cerro, o de la *auletris* de Osuna, es un alambre simple y sogueado.

Los adornos de cinturón son variadísimos en los exvotos: anchos, estriados, sogueados, con decoración de círculos, eslabones y placas de broche. El broche de róleos de la flautista de Osuna es frecuente en las necrópolis; pero, sin duda, las placas de cinturón más bellas son las cuatro, idénticas entre sí, de una sepultura de Verdolay. Son de bronce y recubiertas con una lámina de plata; su medallón central figura un águila sobre una paloma, posiblemente.

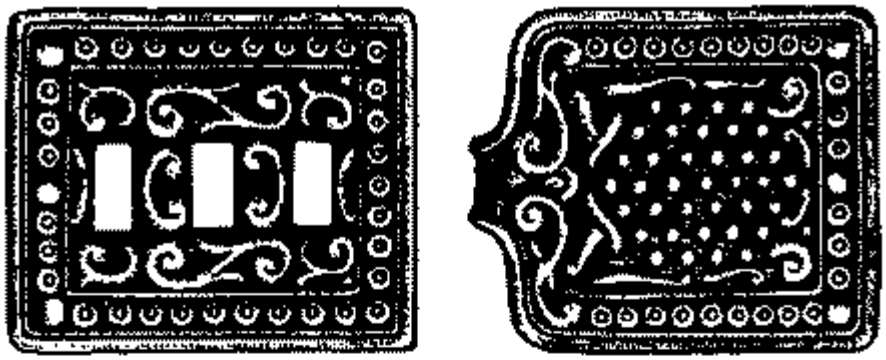
10 La Dama del espejo o Dama del abanico (fragmento de una escena pintada en un vaso de Liria).

Piezas características del adorno ibérico son los pasadores y las fíbulas, de cuyo uso se hace mención en el reparto entre los vencedores que las arrebataron a pueblos del área del Tajo.

Los pasadores en T servían para cerrar una vestidura entre dos ojales y eran de bronce, como el que ostenta la Gran Dama del Cerro, relacionándose por su tipo con los celtas de La Tène II.

La utilización compitió con la belleza en las fíbulas. La más corriente entre los

iberos fue la «anular hispánica», de anillo, puente y aguja, y que aparece a centenares en su forma más simple. Pero el tipo se enriqueció con múltiples motivos y nielados de plata, haciéndose propio de todos los pueblos hispánicos. La Dama de Elche abrocha su *chitón* con una fíbula anular muy simple; en otras esculturas, la fíbula sostiene el manto en el hombro. Las de plata del tesorillo de Pozoblanco (Córdoba) compiten en belleza con las llamadas «del jinete», propias del área celtibérica. Sus tipos con protomos de caballo proceden de artes orientales traídas por contacto con los griegos, o bien a través del área céltica por los caminos sudalpinos, que comunicaban con la Península.



11 Broche de cinturón de la tumba 63 de La Albufereta. 65 × 75 × 8 mm.

12 Una de las cuatro placas de El Cabecico del Tesoro de Verdolay, Murcia. 57 × 46 mm.

13 Jinetes, soldados a pie y músicos en un «oinochoe» de Liria.

Cómo Luchaban

Conocemos mucho mejor que la dedicación al trabajo de los iberos, sus dotes bélicas y su sistema de guerrear. El belicismo de los indígenas tuvo por causa no sólo su predisposición natural, sino la pobreza del país y la desigualdad en la distribución de la riqueza, que convirtió a los desheredados de la fortuna en fugitivos y fuera de la ley.

Ya en el combate de Himera (480 a. de J. C.) aparecen mercenarios ibéricos, y también Atenas, el 415 a. de J. C., pensó en la recluta de mercenarios ibéricos entre otros. Los siracusanos los enrolaron en sus tropas de choque, y Dionisios mandó a Esparta en el 369 a. de J. C. un contingente de iberos. Desde el año 342 a. de J. C. en adelante formarían parte de las tropas cartaginesas, junto a númidas y celtas.

Sus efectivos en caballería e infantería fueron crecidos, y su condición especial de maniobra era su rapidez, según Plutarco. Livio confirma que «están acostumbrados a trepar por los montes y a saltar entre las rocas con sus armas ligeras». Ni el jinete númida podía compararse al ibero, ni el lancero mauritano al *caetratus,* que igualándole en rapidez, le superaba en fuerza. La guerrilla será la forma de combate de los indígenas frente a los cartagineses y romanos. Éstos despreciaron este tipo de combate; con el nombre de *concursare* designaron este sentido de lucha de escaramuza. Pero la guerrilla permitía, en un país de quebrada orografía, la concentración de pequeños contingentes, así como su rápida dispersión una vez terminado el golpe de mano.

El sistema era ideal para la hostigación de los ejércitos legionarios, y sobre todo porque, debido al carácter tribal de los iberos, jamás consiguieron formar confederaciones con fuerte poder ofensivo. Polibio lo reconoció así, y puso en boca de Escipión, indignado por la traición de los ilergetes, estas palabras: «No son más que bandidos, que si algún valor tienen para devastar los campos vecinos, incendiar poblados y robar el ganado, nada valen en cambio en el ejército ni en un combate regular. Lucharán más confiados en la huida que en sus propias armas.»

En ello había parte de verdad. Escipión debía recordar que los ilergetes, en lugar de lanzarse contra el enemigo, iniciaron el ataque contra el ganado, y que, una vez regresaron los romanos a la costa, aquéllos devastaron los campos de sus aliados. Se habían convertido en bandoleros, como los hombres de aquella ciudad, Astapa (Estepa), que efectuaban incursiones por los campos vecinos, capturando soldados, sirvientes de armas y mercaderes extraviados.

La guerrilla y las luchas entre vecinos eran latentes entre los iberos, y su consecuencia sería el saqueo sistemático de los poblados y el incendio de las cosechas.

En tales condiciones, la conquista de Hispania iba a ser una dura tarea.

En alguna ocasión existieron jefes capaces de formar fuertes confederaciones momentáneas frente al enemigo. Así, Indíbil y Mandonio formaron un ejército de aspecto regular, en el que los distintos pueblos ocuparon sus posiciones: ausetanos en el centro, ilegertes en el ala derecha, y otros pueblos «ignobiles» en la izquierda.

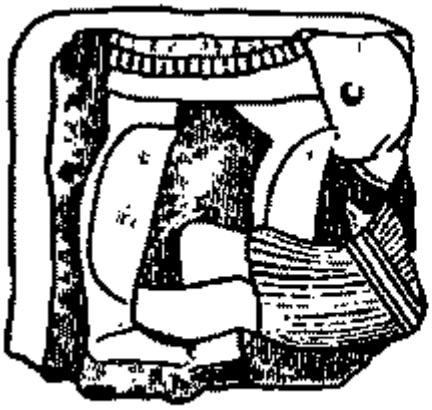
Los pueblos ricos y pacíficos prefirieron dejar la defensa de sus territorios a mercenarios. Así lo hicieron los turdetanos, que llegaron a tener empleados a unos 10.000 celtíberos en el año 195 antes de Jesucristo. Pero de nada les valieron cuando los lusitanos razziaron el país turdetano aquel mismo año.

En los combates, los guerreros se lanzaban profiriendo gritos de guerra, agitando sus melenas y saltando como en una danza. Si los infantes cedían el terreno, los jinetes descendían de sus monturas, ataban los caballos y se enzarzaban en el cuerpo a cuerpo. Sus caballos, amaestrados, no se movían.

Las mujeres no tomaban parte en el combate como no fuera en la defensa final de su territorio o de su poblado. Las escenas de violencia, suicidio colectivo, incendios y degüellos en ocasiones ponen los pelos de punta.

La astucia corrió parejas con la ligereza en el combate, y, en varias ocasiones, los iberos dieron muestras de ella. Así, los mercenarios hispanos, ibéricos en su mayoría, de Aníbal, cruzaron el Ródano colocando sus vestidos sobre odres de piel hinchados, mientras ellos, desnudos, los tapaban con sus escudos, utilizándolos como barcas individuales.

14 Guerrero con coraza, escudo y lanza (parte de un friso conocido con el nombre de Batalla entre jinetes y peones).



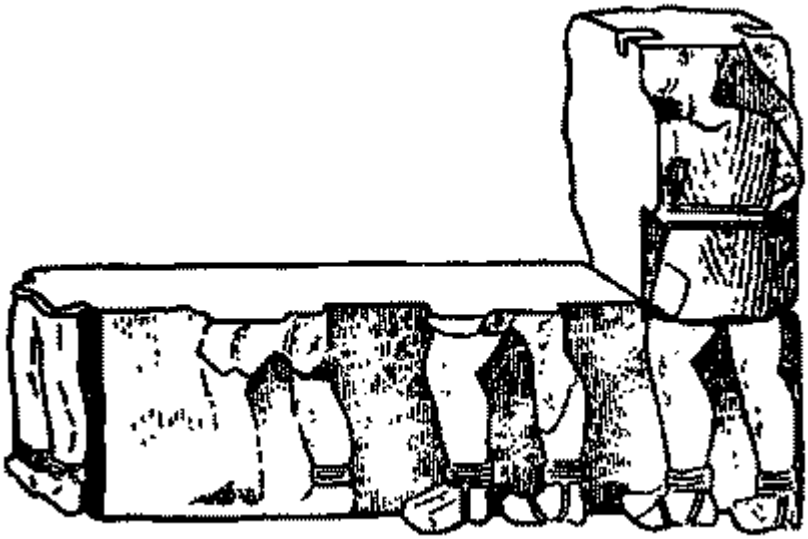
15 Lucha entre dos guerreros (de Osuna). Fragmento de caliza.

El guerrero y sus armas

Si en algún aspecto conocemos bien a los iberos, es sin duda en su condición de

guerreros. Tanto las fuentes escritas como la pintura vascular han sido pródigas en describirnos sus combates. Los guerreros de Osuna, Verdolay, Archena, Liria y Alloza, así como los exvotos de los santuarios, indican que la guerra era un arte noble entre los iberos. En el «Vaso de los guerreros» de Liria, peones y jinetes luchan entre sí; unos y otros cubren sus túnicas cortas con lorigas escamadas, cubren sus cabezas con cascos y luchan embrazando escudos, jabalinas y falcatas.

Los guerreros romanizados de Osuna embrazan escudos ovales y grandes, como en Liria, o bien redondos y pequeños, usando falcatas y puñales anchos. En el llamado «Sillar de los dos guerreros» o en el «Friso de los Guerreros» se desarrollan combates al parecer entre iberos y romanos o entre iberos romanizados. En la acrótera de Osuna, un jinete empuña la falcata; sobre la chaquetilla lleva, además, una especie de corta *chlamys*.



16 Reconstrucción del Friso de los Guerreros, de Osuna. Caliza fina. Longitud total, 1,30 m; altura del bloque mayor (en dos partes), 72 cm; grosor, 25 cm.

17 Guerrero con un casco empenachado y embrazando un escudo circular y falcata (fragmento de un vaso de El Cabecico del Tesoro, Murcia).

En el Cabecico del Tesoro de Verdolay se halló un vaso con un guerrero a pie, vistiendo loriga de tiras de metal o cuero, con cinturón y faldellín rematado en tiras formando fleco. Otro semejante exhibe su penacho en el casco y, en general, jinetes e infantes usan jabalinas, escudos circulares y falcatas. Un guerrerito de bronce viste una

túnica abierta por la falda, con loriga de escamas, y va armado con una corta espada sin desenvainar, colgada del tahalí, y con un escudo circular y pequeño. Otro lleva sobre la túnica un manto sujeto al hombro con una fíbula anular y deja entrever el pomo de una falcata. Una escena semejante se reproduce en un vaso de Alloza, donde acaso haya que ver una lucha entre dos tribus, separadas por un río, y un vaso de Liria muestra el desarrollo de una batalla fluvial.

El casco. Diodoro asegura que los celtíberos tenían cascos de metal con crestas de color de púrpura, y Apiano refiere que los lusitanos sacudían sus largas cabelleras para imponer pavor a sus enemigos. Unos y otros usaban cascos muy semejantes, de metal o de fibra trenzada, y análogos son los ibéricos que aparecen en los exvotos de los santuarios o pintados con reticulado en Liria. En la Bastida de Mogente se halló una figurilla representando a un jinete con casco y penacho, semejante a otro de Despeñaperros; este tipo de casco griego arcaico sustituyó al cónico en Grecia hacia el siglo VII antes de Jesucristo. Entre los varios conocidos, posteriores al siglo V a. de J. C. en poblados y necrópolis ibéricos, señalemos el abombado de Hoya de Santa Ana, o el tipo cónico Verdolay. Del tipo greco-etrusco aparecen en Villaricos, Alcaracejos, Quintata Redonda, sin carrileras; éstas aparecen, en cambio, en una moneda de Iliberis del siglo III antes de Jesucristo.

Entre los guerreros romanizados de Osuna, unos aparecen con cascos de larga peluca y con cimera de cerdas radiales, y otros con bonete y cabellera de crin y cimera de bronce o cuero.

18 Escena de batalla (fragmento de un gran «kalathos» de Alloza, Teruel).

El escudo. Refiriéndose a los lusitanos, Diodoro señala que «llevan en tiempo de guerra unas pequeñas rodelas que les protegen el cuerpo. En las batallas las manejan con tanta ligereza, volteándolas con tanto arte y rapidez, que evitan con ellas los golpes

del adversario».

Este escudo circular es el frecuente en Liria y Verdolay, donde se marcan los umbos con puntos. El circular, la *caetra,* era algo cóncavo, y se llevaba terciado a la espalda, colgando de una correa, sostenida por las agarraderas. Así lo indica Estrabón y lo patentizan las esculturas turdetanas de guerreros en bronce y las lusitanas en piedra.

La *caetra* alterna con otro escudo mayor, oblongo, decorado con motivos geométricos, con umbo, nervio en el eje mayor y lámina ancha en el eje menor. Es un tipo que aparece, por ejemplo, en el Sillar de los guerreros de Osuna o en el de La lucha de guerreros, alternado aquí con el circular del guerrero vencido. Parece seguro que, en el siglo I a. de J. C., los pueblos hipánicos usaron indistintamente ambos tipos, pues en una moneda del 54 a. de J. C., conmemorativa de sucesos del año 99 a. de J. C., aparecen juntos como trofeos. Pero lo más extraño es que no se haya encontrado ningún escudo oval en la Meseta, ya que sólo conocemos, además de los de Ensérune, un umbo de Cabrera de Mataró y otro de Echarri de Navarra.

19 Batalla fluvial, representada en un vaso de Liria.

20 Bloque de caliza, con un guerrero llevando «caetra». 65 × 40 × 13 cm.

Armas ofensivas. Son bien conocidos los dos tipos de armas arrojadizas de los iberos: la jabalina *(falárica, trágula)* y la lanza *(soliferreum),* ambas comunes a todos los pueblos hispanos.

La jabalina fue preferida por los levantinos. Aníbal fue herido por una de ellas, y Livio la describe así: «Su asta era de madera de abeto y de sección circular, excepto en el extremo en donde colocaba el hierro. Éste era cuadrado, como el *pilum,* y se rodeaba con estopa empapada en pez. El hierro tenía una longitud de tres pies, para que atravesara la armadura y el cuerpo. Pero, aun en el caso de quedar clavado en el escudo, llenaba de pavor al enemigo, ya que se lanzaba con la estopa encendida y la llama avivaba en su camino, lo cual obligaba al soldado a despojarse de sus armas y a

exponerse indefenso a los golpes.»

En la necrópolis celtibérica de Arcóbriga, o en la turdetana de Almedinilla, aparecen jabalinas con mango, dardo afilado y punta entre 17 y 35 centímetros. Las más antiguas son las de Le Cayla de Mailhac (siglo VI a. de J. C.), y sus tipos son semejantes a los más viejos de Aguilar Anguita; las de Almedinilla son ya posteriores, del siglo IV antes de Jesucristo.

El *soliferreum,* de una sola pieza de hierro, engrosaba el astil en el centro y terminaba con un extremo en punta y otro en hoja de sauce; su sección era hexagonal, o rectangular, con las aristas biseladas. En algunos es posible apreciar una zona deprimida en el centro, con la finalidad de tener una mejor suspensión, y en Liria se ha llegado a suponer la existencia de un propulsor. Las hojas de lanza alcanzan en algunos extremos hasta 56 cm en la hoja y 25 cm en el mango; en determinados casos se observan restos de nielado.

Una variedad de la lanza es la pica, semejante al rejón de los ganaderos andaluces de hoy, con una cruz en la base de la hoja, como se observa en una moneda de Carisius y en un ejemplar de Granada.

Las armas arrojadizas para el cuerpo a cuerpo no debieron ser útiles, aunque una representación pictórica muestra a un infante con falcata en una mano y con una lanza en la otra. El guerrero ibérico debió llevar dos armas arrojadizas como los *velites* citados por Livio y según pone de manifiesto una escena de Alloza, pero guerrearía como los indiketes, que para el cuerpo a cuerpo «arrojaron las *faláricas y los soliférrea y* empuñaron las espadas», o como el guerrero de Verdolay que con una lanza se defiende de un jinete.

Armas para el cuerpo a cuerpo. El arma ibérica, famosa en la antigüedad, fue la *falcata (gladius hispaniensis),* que «cortaba los brazos de raíz, desde el hombro; separaba las cabezas de los cuerpos con un golpe de tajo; dejaba las entrañas al descubierto, y producía toda clase de horribles heridas» (Livio).

Su origen se halla en la *machaira* griega, que fue copiada de pueblos orientales e introducida a través de los tipos etruscos que los mercenarios ibéricos debieron de imitar. La falcata ibérica sirvió para cortar de tajo y como estoque. Es toda de una sola pieza de hierro, y la guarnición es la ampliación del puño, que ofrece así un soporte a las cachas y se arquea para proteger la mano. En las más antiguas se cerró la abertura y se completaron las guardas con una lámina, cadenilla, o tira de cuero. El pomo remataba con una cabeza estilizada de pájaro, cisne o caballo.

La falcata se enfundaba en vaina de cuero con armazón de hierro y colgando de un tahalí; en el guerrero fragmentado, de piedra, de Elche, la vaina va sujeta por una correa y una anilla al cinto; pero, en cambio, en una figurilla de Archena, una espada de perfil de pájaro va colocada en la faja de un modo convencional.

De todas las hispánicas, halladas con profusión en el área ibérico-turdetana (Almedinilla, Villaricos, Tugia, Cerro de los Santos y en Archena, Verdolay y Cabrera de Mataró, etc.), sin duda alguna la más bella es una de Almedinilla. Las guardas y el puño, provisto de una funda de hierro forjado, se decoran con frisos de róleos entre granulos y entrelazados, en cuyo interior se incrustó marfil o asta. El remate del puño lleva una cabeza felina como extremo, o una cabeza de ave.

En Villaricos aparecen asociadas con materiales griegos del siglo V a. de J. C., pero alcanzan también hasta el siglo I antes de Jesucristo. En la necrópolis del Cigarralejo (prov. de Murcia) se halló una falcata votiva con la empuñadura de caballo de tipo antiguo. En otras necrópolis del sur y del Levante hay ejemplares que se van rarificando a medida que progresamos hacia el norte, donde parece que son contrarrestadas por espadas de La Tène II.

La espada de La Tène II, de ascendencia céltica, tiene su paralelo en las *espadas de antenas del* sur y sudeste (Villaricos, Illora, Almedinilla, etcétera.). Las más antiguas de la Península son las de Camallera (prov. de Gerona), a las que siguen las de la Meseta (Aguilar, Gormaz) fechadas en el siglo VI antes de Jesucristo.

Acompañan a las espadas los *puñales de antenas* en el sur, así como los doble-globulares. Son de hoja ancha y triangular, de unos 45 cm de longitud, con un puente de escotaduras rectas; los más antiguos se fechan en el siglo V antes de Jesucristo. Los tipos originarios de los puñales doble-globulares se remontan a los de Bélgica y Borgoña del Hallstatt C (hacia el siglo VII antes de Jesucristo).

Otra arma fue la *falx,* curvada y de hoja más corta que la hoz de trabajo, pues aparece en monedas ibéricas tardías y en unas fechas entre el siglo IV-III a. de J. C. en el poblado de Puig Castellar (prov. de Barcelona).

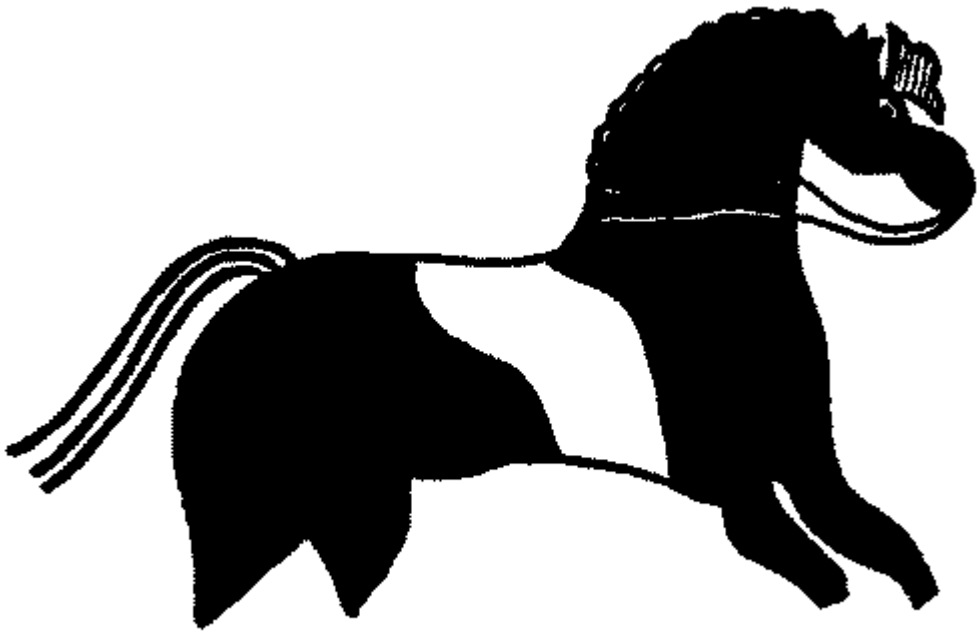
Menos seguro es el uso de bidentes y tridentes, aunque en el asedio a la ciudad bastetana de Oringis se utilizaron por los sitiados para retirar las escalas de los sitiadores, según Livio, y algunas han aparecido, sin embargo, en Osuna.

La honda hubo de ser un arma mortal, y la antigüedad guardó memoria de los honderos baleares, mercenarios de Aníbal. Los proyectiles de piedra, plomo, arcilla y hierro han sido hallados en Ullastret, Ampurias, Osuna, etc., y atestiguan que llegaron a utilizarse con mensajes escritos en ciertas ocasiones.

Junto con las armas hay que mencionar las insignias y los emblemas. Acaso cada pueblo tuviera su propio grito de guerra, como se atestigua entre lacetanos y suessetanos. La existencia de *signa y emblemae* entre los iberos es segura a partir de los primeros años de la conquista romana.

Livio señala que los romanos capturaron a los suessetanos y sedetanos 78 *signa militaria* en el año 200 antes de Jesucristo. Cada pueblo utilizaba un determinado emblema, y así, en una moneda ibérica aparece un jinete con un *signum* rematando en el asta con un jabalí. Las trompetas de Numancia, semejantes a las levantinas de Tivissa, son de barro cocido y fueron utilizadas en la forma que muestra el *cornicen* de Osuna.

Nada conocemos acerca de los carros de guerra, y los datos se refieren a carretas de trabajo tiradas por yuntas de bueyes (Tivissa, Despeñaperros, Montjuich); únicamente un relieve del Cigarralejo nos muestra un carrito ligero, pero su significado parece más probable que sea funerario, como el de las ruedas partidas de Toya o de Alcacer do Sal.



21 Caballo con «parasol» en su testuz (detalle de un vaso de Liria).

El jinete y su caballo

Los pueblos de Hispania primitiva fueron hábiles jinetes que cazaban caballos salvajes en los bosques. El caballo hispano era muy semejante al africano; también galopaba con la cerviz rígida y tendida y su carrera «deformis». La riqueza de la Península en caballos queda atestiguada por el gran número de jinetes que aparecen en los contingentes y los desorbitados tributos que pagaron a los romanos.

En los santuarios andaluces y levantinos han aparecido en gran profusión representaciones ecuestres, y sobre todo en el del Cigarralejo se rindió culto a una divinidad ecuestre similar a la Epona céltica.

Los jinetes montaban sin silla, utilizando una cubierta de cuero, lana o tejido vegetal (el *ephippion)*. En ocasiones se prolongaba la almohadilla sobre el cuello del caballo para protegerlo del roce de las riendas o el desplazamiento de la montura.

El jinete hubo de manejar las riendas con una mano y empuñar las armas con la otra; hay casos, sin embargo, en que el guardacuello se usa como sujetarriendas, con lo cual el jinete podría usar ambas manos en las armas.

Los estribos no se conocieron, pero sí se apreció el valor de las espuelas, como muestran las pinturas de Liria y las piezas halladas en Sorba, Mataró, Archena y el Collado de los Jardines.

22 Jinete armado con falcata y rodeado de inscripciones ibéricas (de un vaso de Liria).

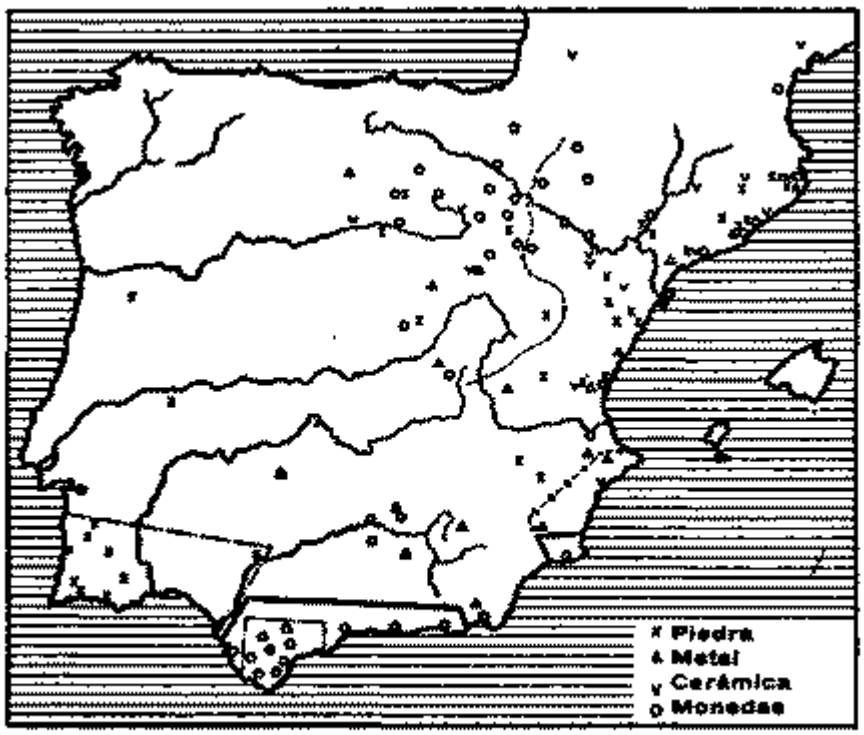
El sistema de cabeza para el mando lo formaba la cabezada, el bocado y las riendas. Los hallazgos han sido pródigos en bocados, que en realidad son más bien filetes que actúan sobre las comisuras mediante presión de delante hacia atrás. Las supuestas «camas» eran simples «alas» que impedían el movimiento lateral del filete, pero sin hacer presión en el paladar.

En el adorno de sus caballos, los iberos llegaron al exceso: las piezas de unión de las riendas con el filete se decoran con zigzags, SS, *dientes* de sierra, etc., que irían bordados y pintados sobre el tejido o grabados sobre el cuero y el metal. Los petrales se exornan con flecos de tiras rematadas con piezas de metal tintineantes. En el testuz colocaron una especie de pantallas, decoradas con fibras policromas igual que en las colleras de Liria o en la yegua del relieve bifacial del Cigarralejo.

Las alas de los bocados eran de anillas, de media luna, rectas, con los extremos en SS, etc., y su aparición conjunta en Tútugi, Liria, Cigarralejo, etc., no les da valor tipológico-cronológico.

Se ha especulado acerca de cómo montaron los iberos sus caballos. Es indudable que montaron a horcajadas, pero a base de ciertos jinetes pintados en la cerámica de Archena y Liria, se ha querido ver el sistema de montar con las dos piernas a un mismo lado. Este efecto, sin embargo, se debió probablemente a la incapacidad del artista para la perspectiva.

La vida y la guerra entre los iberos, tal como las vemos representadas en las cerámicas de Liria y otros lugares, dan la impresión de que los iberos fueron un pueblo vivo y exotérico con un gran placer por la vida.



23 Distribución de las inscripciones ibéricas, célticas, tartessias y fenicias (según Tovar)

Amaban la guerra como un arte, para el cual poseían grandes aptitudes, y aprovecharon todas las oportunidades que se les presentaban para poder demostrarlo.

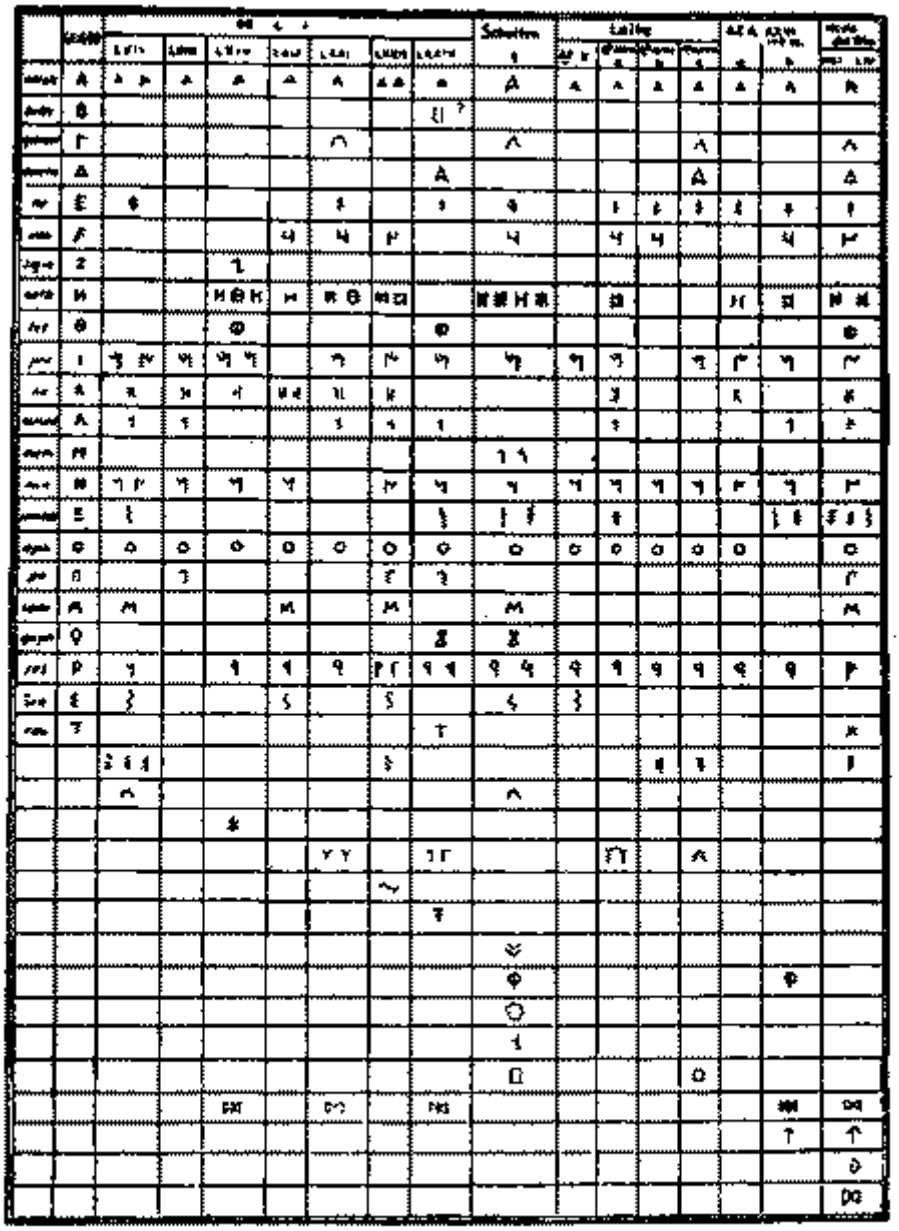
Cómo Hablaban Y Cómo Escribían

Uno de los mayores problemas en el estudio de lo pueblos ibéricos es el del desciframiento de los alfabetos prerromanos indígenas, que, a pesar de los avances realizados, se resisten a interpretación.

Antes de la conquista romana se hablaron varias lenguas en Iberia, de la cuales quedan vestigios en la fonética y toponimia local aun después de la unificación por el latín. La tesis de que el vasco actual procede del ibérico es muy antigua, y, en consecuencia, se ha intentado interpretar la lengua ibérica partiendo de sus supuestas concomitancias con el vasco moderno. Un gran avance en el estudio del vasco-iberismo ha consistido en la depuración del vasco de todos los préstamos celtas y latinos.

Tovar (que ha investigado intensamente el tema en los últimos años) ve la introducción de un alfabeto puro, origen de los ibéricos, en tres lugares y épocas distintos. Un momento lo manifiestan las inscripciones con sistema silábico del Sudoeste. Otro, las del Sudeste, representadas por el alfabeto jónico de los plomos de Alcoy, Cigarralejo y grafitos de Alicante, sustituido luego por el sudibérico e ibérico levantino. El tercer momento lo representa el alfabeto fenicio litoral, que, con rasgos muy arcaicos, figura en las monedas del siglo II antes de Jesucristo.

Hay que tener en cuenta, además, que el alfabeto ibérico fue utilizado tardíamente por los celtas peninsulares, ya que el silabario ibérico era adecuado para expresar ciertos fenómenos fonéticos célticos.



24 Tabla comparativa de signos en las inscripciones del Algarbe y Sudoeste (según Tovar).

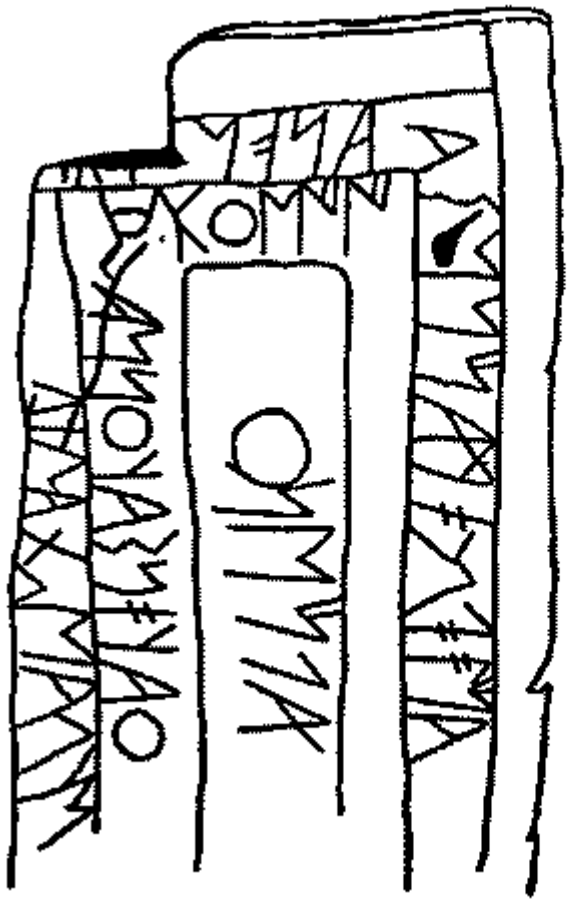
El alfabeto del Sudoeste

Un elemento que podría ser la clave para el conocimiento del mundo tartéssico es el conjunto de estelas epigráficas del Algarbe y de Andalucía occidental, para cuyo alfabeto se reserva el nombre de «tartéssico». Dichas estelas, unas veinte, son muy mal conocidas aunque ya fueron publicadas en el siglo pasado. Muestran inscripciones marginales, escritas con tendencia a la espiral y con disposiciones muy irregulares. Se desconoce el ambiente arqueológico en que aparecieron, aunque fueron reutilizadas en necrópolis del siglo VI antes de Jesucristo. I

Los intentos de interpretación arrancan de Schulten, quien supuso el paralelismo de esta escritura con la de la inscripción de Kamina, en Lemnos, de alfabeto arcaico

griego, pero con lengua no griega. Esta lengua era la «tirsenia» para Schulten, y ello le proporcionó las bases para atribuir un origen tirsenio a Tartessos.

El profesor Gómez Moreno ha visto en ellas un sistema silábico mixto con signos alfabéticos análogo al ibérico, que derivaría de éste. Sin embargo, parece extraño que, frente a la diversidad y falta de fijeza de las inscripciones ibéricas, las del Algarbe sean muy uniformes, lo cual parece delatar un espacio de tiempo escaso para su desarrollo local. El problema principal estriba en saber si esta lengua era indígena o de colonizadores. Dos hechos inclinan a creerla propia de colonos. En primer lugar, el hecho de que esta lengua sea casi toda alfabética (aparte de algunas escasas excepciones silábicas), contrastando así con el silabismo propio peninsular. Un sistema alfabético modificaría el silabismo arcaico e influiría en la creación o en la modificación de la escritura ibérica. En segundo lugar, la lengua tartéssica no parece tener coincidencias ni con la ibérica meridional ni con la levantina.



25 Inscripción tartessia.

El alfabeto ibérico

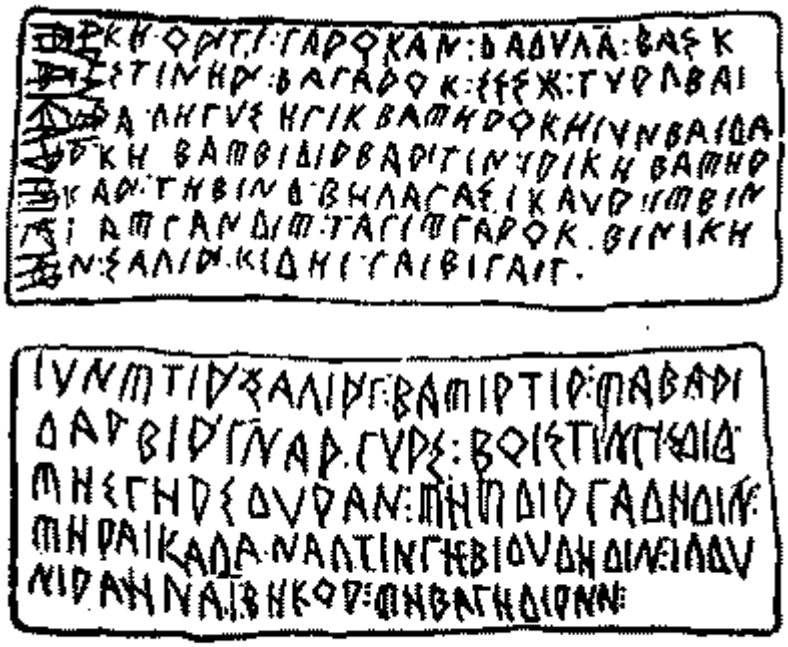
Más luz para el conocimiento del pueblo ibérico aportan las inscripciones indígenas desde Andalucía hasta Ensérune. Son ahora ya más de 500 las inscripciones en bronce, plomo y cerámica, y a ellas hay que añadir los epígrafes de las monedas. Según parecen revelar estas inscripciones, los iberos meridionales y los levantinos-catalanes hablaron probablemente dialectos de la misma lengua.

El texto ibérico más antiguo se halló en 1922, en La Serreta de Alcoy. Se trata de un plomo en lengua ibérica, con 336 letras, escrito en alfabeto jónico arcaico, igual

que otros del Cigarralejo, Albufereta y otros dos más de Alcoy.

En la Bastida de Mogente apareció un plomo escrito esta vez en alfabeto similar al de la Alta Andalucía (sudibérico); otro fue descubierto en Liria, además de las inscripciones en la cerámica, en alfabeto levantino. El estudio de todos los hallazgos epigráficos y monetales permitió al profesor Gómez Moreno estructurar el alfabeto ibérico, identificando cinco vocales, seis consonantes continuas, y descubriendo el valor de los signos silábicos; falta sólo por conocer el valor de algunas letras de poco uso.

Se observa una diferencia entre el sistema ibérico meridional y el levantino-catalán, especialmente en los signos, a pesar de sus muchas semejanzas; una notable distinción consiste en que el meridional se escribió de izquierda a derecha y el levantino-catalán de derecha a izquierda.

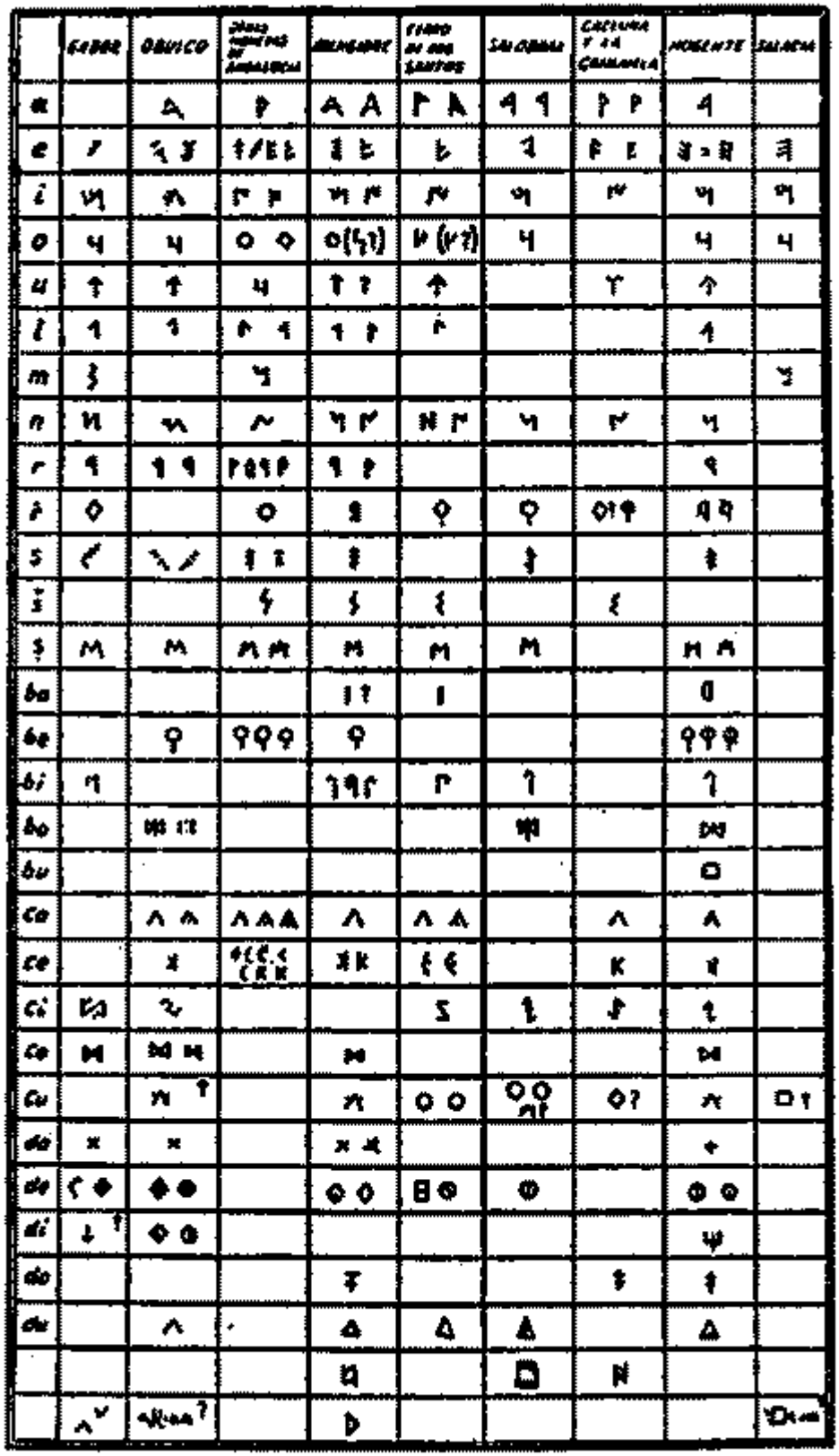


26 Plomo inscrito de La Serreta de Alcoy (ambas caras). Longitud, 171 mm; ancho, 62 mm; grosor, 1 mm.

Los restos que en el alfabeto ibérico denotan un fondo de escritura silábica arcaica le relacionan, como en el tartéssico, según Gómez Moreno, con el silabario crético-chipriota. El profesor Tovar juzga, en cambio, que las formas de ambos alfabetos indígenas no pueden separarse de las letras fenicias y griegas. Es posible aceptar la tesis de la creación del alfabeto ibérico sobre tales bases «adaptadas según una evolución hábil y con espíritu de sistema» (Tovar). La escritura meridional sería la más antigua, y la levantino-catalana derivaría de ella, puesto que las isoglosas prueban un fondo lingüístico unitario desde el Guadalquivir hasta Ensérune.

La fonética ibérica queda ahora establecida gracias a los plomos citados de alfabeto jónico del siglo VI a. de J. C. que, indiscutiblemente, prueban que el alfabeto ibérico no tiene ninguna relación con lenguas indoeuropeas (célticas).

El alfabeto meridional corresponde a varias cecas monetales (Obulco, Cástulo, etc.), plomos (de Gádor y Mogente), inscripciones en objetos preciosos (vasos de Abengibre y la Granjuela) y dos estatuas del Cerro de los Santos y otra del Salobral (prov. de Albacete). Faltan inscripciones de este tipo en el Bajo Guadalquivir; acaso esta laguna se deba a la fuerza de los alfabetos de colonos en esta región, los cuales desplazarían a los de los indígenas hacia las zonas altas del río.



27 Signos del alfabeto sudibérico (según Tovar).

El carácter de las piezas en que se encuentran las inscripciones sudibéricas

obliga a fechar este alfabeto no más atrás del siglo IV antes de Jesucristo. El alfabeto de Levante es también tardío, puesto que las inscripciones aparecen generalmente en la cerámica del siglo IV-II antes de Jesucristo.

En el grupo homogéneo del área levantino-catalán-languedociense se hallan inscripciones de gran valor sobre las que la crítica no ha insistido demasiado.

Un interesante conjunto está formado por inscripciones en monumentos y estelas influidas por la elegante epigrafía griega y romana de Ampurias (como la de Santa Perpetua), relacionadas con las inscripciones funerarias monumentales de Sagunto. Otro es el de las estelas catalanas, acaso sepulcrales {Badalona, Fraga), cuyas características decorativas parecen probar contactos con las celtibéricas de la Meseta. Un tercer grupo está formado por inscripciones en estelas de poblados iberizados del Bajo Aragón, en contacto ya con las estelas latinas.

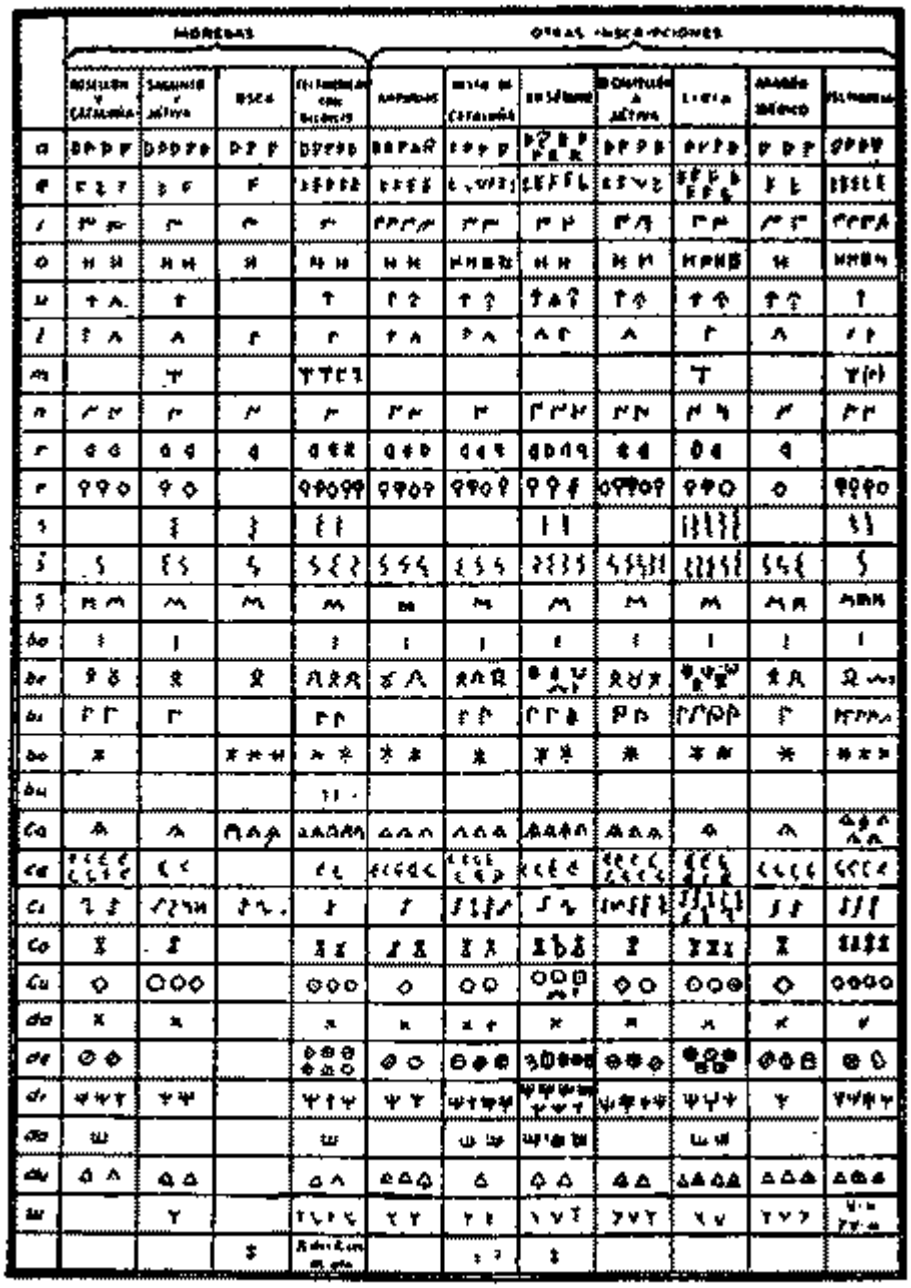
Aparte de las inscripciones lapidarias existen las que decoran —y acaso explican las escenas — los vasos de Liria y Alloza (prov. de Teruel), pintadas, así como las esgrafiadas que alcanzan hasta Ensérune. Estas últimas indicaron el nombre del propietario, el contenido y capacidad del vaso y otros detalles más. También se señalan en esta área algunos plomos con escritura ibérica como los de Ampurias y de Ullastret. La variedad de inscripciones prueba que el uso de la escritura se hallaba muy extendido y no era patrimonio de élites cultas.

La cronología del alfabeto levantino-languedociense reserva aún muchas sorpresas; el gran número de grafitos —generalmente cortos — de Ensérune, el interesante lote —aunque escaso — de Ullastret y los grafitos en vasijas indígenas (Burriach, Arenys de Mar, por ejemplo) demuestran que en el siglo IV a. de J. C. estaba fijado el tipo de alfabeto que aparecerá luego en las monedas. Este hecho es de suma importancia, porque los patrones monetales ibéricos —a excepción de las imitaciones de dracmas ampuritanas — tienen su inicio sólo a partir del siglo II antes de Jesucristo.

Empieza a verse ahora la evolución del alfabeto ibérico desde el siglo IV a. de J. C. comparando los nombres ibéricos de las inscripciones latinas con los grafitos en cerámicas importadas (campanienses). El descubrimiento de la reduplicación de consonantes (como la *n),* la aparición de la letra m, en grafitos del siglo III-II a. de J. C., y, sobre todo, el reconocimiento de que existe una onomástica propia de determinadas regiones —indicando con ello grupos tribales de cierta consideración —, son atisbos recientes que prueban cuánto puede rendir el estudio de la lengua ibérica aun antes de su desciframiento. Algunas variantes de letras y la falta de fijación en el sentido de la escritura se consideran debidas al influjo de otras inscripciones —griegas en el norte y fenicias en el surque marcan a la escritura ibérica con su peculiar sello de arcaísmo.

Para la época romana hay textos latinos y epígrafes sepulcrales que prueban el uso de palabras ibéricas y su inclusión en la onomástica. En este sentido es de gran valor el llamado «bronce de Áscoli», que hace referencia a la «turma saluitana», con más de cuarenta nombres ibéricos de una región determinada. En ellos la indicación de *nomen* personal se acompaña del nombre del padre con la indicación de *filius,* en forma distinta a la romana y sin declinación.

La existencia de un sistema alfabético que puede considerarse uniforme, salvadas algunas excepciones, es uno de los argumentos más sólidos que permiten hablar de la unidad cultural de los pueblos ibéricos peninsulares.



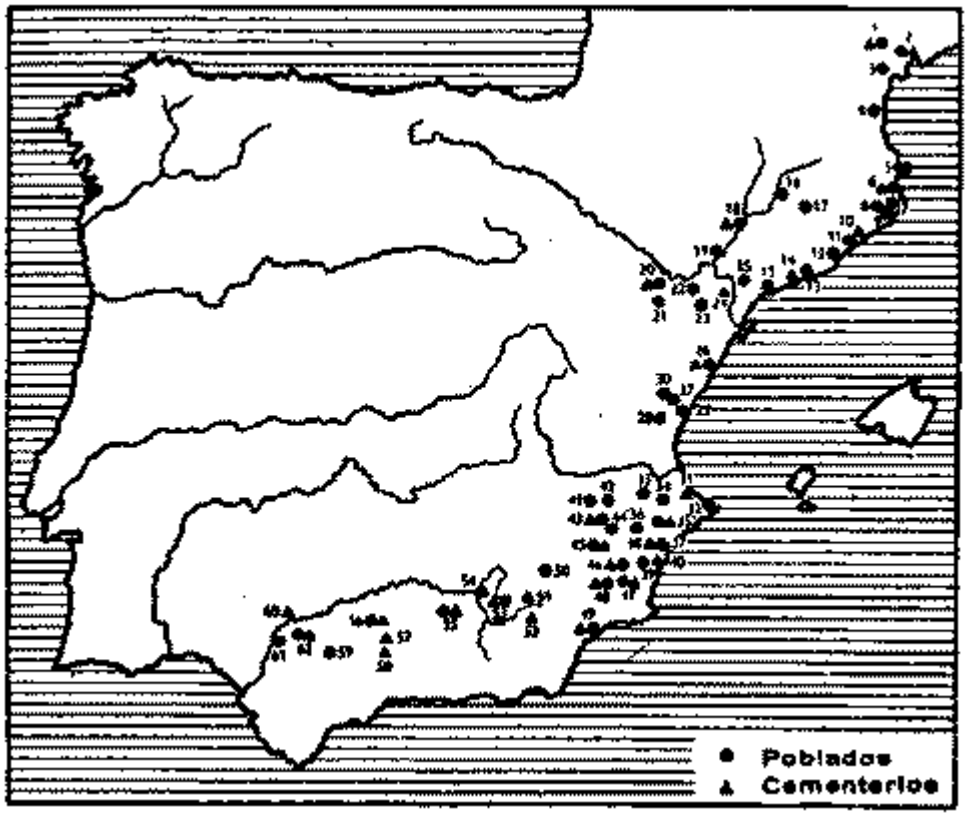
28 Signos del alfabeto ibérico levantino (según Tovar).

CAPÍTULO V

POBLADOS Y CASAS

El establecimiento típico de habitación entre los iberos fue el *oppidum* fortificado sobre la cumbre de colinas fácilmente defendibles por la naturaleza del lugar. En este sentido debe interpretarse la mención de Livio cuando refiere que, en el año 217, se sometieron a los romanos más de 120 *populi.* Aunque el país hubiera estado muy poblado, y aunque los efectivos presentados en batalla por los iberos son grandes —quizás exagerados por los romanos —, todo conduce a ver los poblados ibéricos como puntos defensivos, retirados de las zonas de cultivo y vigilándolas desde la cimas.

¿Existió alguna ciudad ibérica en el auténtico sentido de la palabra? En el caso de que consideremos que Ullastret pudiera ser la griega Cypsela, los *oppida* técnicamente más evolucionados serían, en la región ibérica, Ensérune y Burriach (Cabrera de Mataró). Su arquitectura quedó influenciada por los establecimientos griegos de Saint Blaise y Ullastret, respectivamente, y ni Ensérune ni Burriach pueden ser considerados como verdaderas ciudades.



29 Distribución de los poblados y cementerios ibéricos. 1. Le Cayla de Mailhac. 2. Ensérune. 3. Montlaurès. 4. Ruscino. 5. Rosas. 6. Ampurias. 7. Ullastret. 8. La Creueta. 9. Castell de Palamós. 10. Cabrera de Mataró. 11. Burriach (Cabrils). 12. Puig Castellar. 13. Adarró (Villanueva). 14. Vendrell. 15. Tarragona. 16. Olius. 17. Sorba. 18. La Pedrera de Balaguer. 19. Jebut. 20. Azaila. 21. Alloza. 22. Mazaleón. 23. Calaceite. 24. Coll del Moro de Gandesa. 25. Tivissa. 26. Alcalá de Chiven. 27. Rochina. 28. Liria. 29. Saguntum. 30. Segorbe. 31. Oliva. 32. Montgó. 33. Mogente (La Bastida). 34. Albaida. 35. Alcoy (El Puig, La Serreta). 36. Villena. 37. Tossal de Manises (Alicante). 38. La Albufereta (Alicante). 39. Elche. 40. El Molar. 41. Amarejo.

42. Meca. 43. Llano de la Consolación. 44. Cerro de los Santos. 45. Hoya de Santa Ana. 46. Archena. 47. Cabecico de Verdolay. 48. El Cigarralejo. 49. Villaricos. 50. El Macalón. 51. Tútugi (Galera). 52. Baza. 53. Castellones de Ceal. 54. Toya (Peal de Becerro). 55. La Guardia. 56. Baena. 57. Fuente Tojar. 58. Almedinilla. 59. Osuna. 60. Setefilla. 61. El Carambolo. 62. Carmona.

Sin embargo, en una fecha tardía, podemos tomar en cuenta la existencia de Gerunda y de Ausa, que realmente fueron grandes centros ibéricos. Las relaciones entre varias comunidades de una región provocaron la aparición de un tipo de establecimiento más importante que sirvió como centro de mercado para un área geográfica delimitada y posiblemente también como cabeza de una tribu.

Estamos aún lejos de poder relacionar una ciudad o un poblado con una tribu, o de asignar una ciudad tribal epónima. Por ejemplo, ¿dio Indica el nombre a los indiketes, o recibió el nombre de ellos? Según Livio, algunos indiketes desearon establecerse cerca de Emporion, lo cual parece implicar que fundaron Indica en una fecha en que la tribu ya poseía su nombre.

Lo que es cierto es que, en general, el *oppidum* fue un lugar de habitación con un recinto defensivo, y que las tierras llanas que lo rodeaban estaban cultivadas. El mapa de distribución de los poblados ibéricos muestra que los núcleos urbanos costeros fueron centros coloniales —y, en casos excepcionales, ibéricos — con un hinterland rodeándolos de una línea de fortines ibéricos fuertemente influidos por la ciudad. El hinterland de Gades, Carthago-Nova y Akra-Leuké se halló dentro de la esfera de los fenicios y cartagineses, mientras que el de Emporion (junto con Indica, La Creueta, Porqueres y Sant Julia de Ramis), el de Hemeros-kopeion (con La Serreta, Covalta, Saetabi, Minateda, Albaida y Mogente) y el de Sagunto (con Rochina y Segorbe) están impresionados por un matiz helénico.

Hay dos casos en que la influencia de la colonización fue tan patente que los establecimientos en cuestión parecen realmente griegos y no poblados ibéricos helenizados. Las excavaciones en Ullastret son todavía incompletas, pero es evidente que allí existe mucha más cerámica griega que en otros lugares, lo que parece indicar que se trata de un establecimiento griego. La organización política de Sagunto es más propia de una colonia griega que la de un poblado indígena helenizado.

Por desgracia, el conocimiento que tenemos de los núcleos de población ibéricos es muy limitado. Las causas principales de esta falta de información son la fuerte erosión de los cerros cónicos del Levante y de las regiones esteparias del sudeste, así como la elección de dichos poblados como nuevos centros de habitación posterior (como ocurre en el valle del Guadalquivir, o en la mayor parte de Cataluña). Los resultados poco espectaculares que se obtienen y la necesidad de campañas de excavaciones sistemáticas son también causa de que nuestro conocimiento de los poblados vaya en zaga al de las necrópolis.

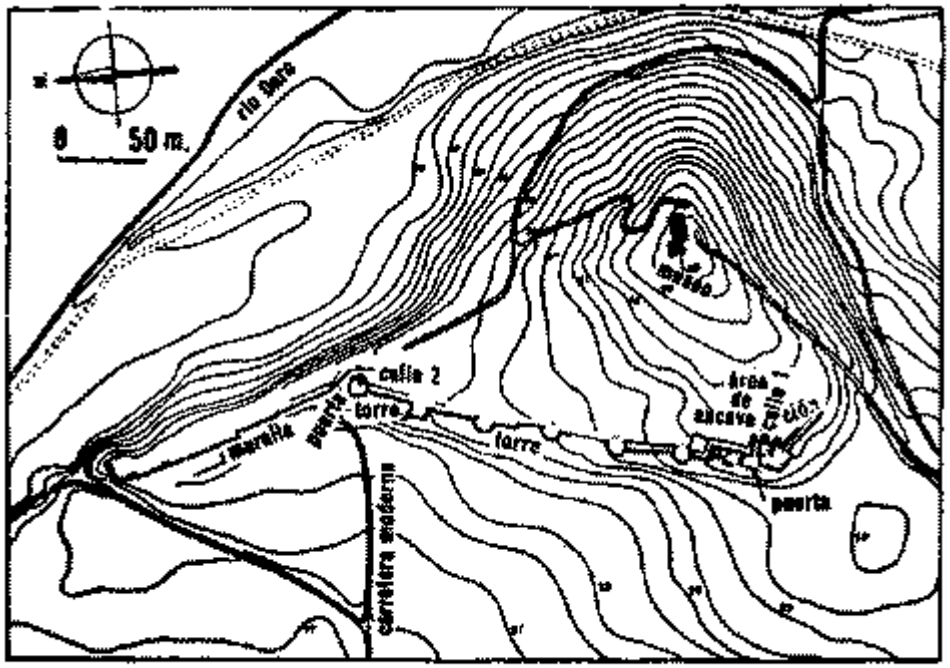
Sin embargo, las magníficas defensas de algunos de ellos y los resultados de excavaciones recientes en otros aportan un conocimiento de la planimetría de los poblados ibéricos.

Es conveniente aquí, también, dividir nuestro estudio de los lugares de habitación en regiones geográficas, para comprenderlos mejor y relacionarlos con los demás aspectos de la vida.

Cataluña. En la región catalana habitaron pueblos que pueden adscribirse al complejo ibérico a partir del siglo V-IV antes de Jesucristo. La localización y distribución de las diversas tribus es difícil, no sólo por causa de la vaguedad de las fuentes, sino también por los avances y retrocesos en sus límites debidos a las querellas

intestinas. En general, puede admitirse que su distribución fue la siguiente: al sur, en la región del Campo de Tarragona, vivieron los cossetanos, que en el siglo III a. de J. C. cortarían la salida al mar de los ilercaones-ilergetes. Al norte de ellos vivieron los lacetanos, y al este los laietanos, que ocuparon las llanuras hasta la costa. Entre estos pueblos y los Pirineos se extendió un retablo complejísimo de pueblos del interior muy atrasados: los suessetanos y los ausetanos, y en los valles del Pirineo, los bargusios, andosinos, árenoslos y cerretanos. Los indiketes del Ampurdán fueron los que se hallaban más junto al mar y su extensión hacia el sur se ha atribuido, al menos en fechas tardías, a las presiones ejercidas por los volscos-tectosages del norte de los Pirineos.

Con el fin de establecer los orígenes de las poblaciones ibéricas, hemos de retrotraernos a los pocos poblados de campos de urnas que conocemos en la región. El de Marlés representa el tipo de planta de poblado con un espacio central ovalado y con casas radialmente dispuestas, cuyas paredes zagueras formaban la muralla del poblado. Este tipo, por ejemplo, la Pedrera de Balaguer, que tiene una calle central propia de los poblados de zona de estepa, tiene paralelos muy íntimos en el valle del Ebro y Bajo Aragón.



30 Planta del poblado de Ullastret (prov. de Gerona).

En época ibérica hubo en Cataluña dos centros de habitación de gran importancia, si bien muy discutidos: Emporion y Tarragona, ambas de construcción «ciclópea». El problema de la datación de la muralla de Tarragona aún no ha quedado del todo aclarado, aunque las recientes excavaciones parecen asignarle una fecha en el período inicial de la conquista romana, en el siglo I antes de Jesucristo.

El caso de Ampurias es muy distinto; la estratigrafía indica ahora una fecha dentro de la primera mitad del siglo IV antes de J. C. para la muralla de la Neápolis. Si bien hay pruebas de la existencia de una muralla más antigua, de incierta datación, la fecha del siglo IV a. de J. C. debe coincidir con la de la ciudad o poblado indikete de Indica. Estrabón asegura que, en su origen, Emporion fue una ciudad doble, indikete y griega, dividida por una muralla. Livio afirma que ambas se hallaban rodeadas por una

muralla común; la parte griega se hallaba junto al mar, y tenía unos 400 pasos, mientras que la parte interior indígena tenía una longitud de 3.000 pasos. La muralla de la ciudad indikete debió haberse construido con la misma técnica «ciclópea» que la griega. Así parecen confirmarlo los restos del recinto de Indica, con sus fuertes torres rectangulares, halladas debajo de la muralla romana cesariana. El hecho de que la tradición ciclópea existiera en otros establecimientos anteriores a la conquista romana demuestra la fuerte tradición de este método constructivo entre los pueblos de la Península.

Conocemos un gran número de poblados catalanes desde el Pirineo hasta el Ebro. Se sitúan en cerros cónicos, vigilando la llanura costera y las líneas fluviales de comunicación con el interior. La planta habitual entre estos poblados en la cima de las colinas (a veces se sitúan también en las faldas) es el de una parrilla, siguiendo las líneas del relieve, o el de un cono rodeado por una muralla. Este último presenta una planta muy regular de ajedrezado, y ambos tipos se expanden por toda la región catalana.

Los poblados de la Alta Cataluña pertenecen al primer tipo y coinciden generalmente con el área de los indiketes del Ampurdán y regiones vecinas. Si bien solamente están excavados en parte, es posible establecer su planta, sobre todo en los mayores.

Sant Julia de Ramis tiene una extensión de 7 hectáreas y es uno de los mayores poblados ibéricos conocidos. Sus casas rectangulares, algunas de ellas de 5 metros de longitud, se dispusieron a cada lado de una calle longitudinal. Castell de la Fosca, de Palamós, colgado sobre el mar, es una acrópolis sobre una península rocosa con un sustrato hallstático; poseía un puerto natural y un istmo de fácil defensa. Esta población primitiva se hallaba rodeada de una muralla ciclópea. Después se fue expandiendo por la pendiente en terrazas, alcanzando su plena vida dentro de la cultura ibérica en el siglo IV-III a. de J. C., como demuestra su cerámica «ibérica» a torno y pintada. Un íntimo paralelo lo tenemos en el cercano poblado de La Creueta, donde las condiciones de vida fueron muy similares en todos sus aspectos a los de Castell de la Fosca. Sus fases distintas de evolución se comprueban, además, por las diferencias en la estructura de las varias partes de sus murallas.

Ullastret es el mejor conocido y más importante de los núcleos de población de la llanura del Ampurdán, llegando a igualar a Emporion. Se alza aislado a unos 30 metros sobre una llanura pantanosa, hoy desecada, al sudoeste de Emporion, cerca del mar que antiguamente lamió su base. Su forma es triangular y su extensión cubre unas 4 hectáreas. Por el lado este se halla protegida por escarpados, mientras que por el sur y sudoeste las pendientes son suaves. Para proteger el recinto, se construyó una poderosa muralla de más de tres metros de grosor, en esta parte accesible; su frente oeste, de casi 450 metros de longitud, se halla ya descubierto, y en algunos lugares alcanza los cuatro metros de altura. Sobre un zócalo de grandes bloques trapezoidales y cuadrangulares (éstos en la parte alta) se alzaron los lienzos horizontales por hiladas de sillares cuyo tamaño disminuye con la altura. Es frecuente la aparición de tramos a soga y tizón, y sobre todo los sillares acodados, salvándose los encajes con cuñas y falcos. A todo lo largo de la muralla pueden apreciarse diferentes técnicas constructivas. Algunos lienzos muestran sólo bloques ciclópeos, pulimentados a escoplo para rebajar su superficie; esta técnica se aplica prácticamente en todas partes de la muralla. Esta se protegió con varias torres circulares y dos rectangulares situadas a intervalos de unos treinta metros.

Hay cuatro puertas de entrada, una de las cuales, la principal, tiene un sistema complejo y se protege a su derecha con una torre circular incorporada en un bastión trapezoidal; a su lado izquierdo, la cinta muraria tuerce en ángulo recto para formar el corredor de entrada. La puerta queda así retrasada de la línea general defensiva, y

construcciones de época posterior que se edificaron delante de ella debieron cegarla. Desde las puertas existieron caminos de acceso hasta la acrópolis. El principal terminaba en un área central de planta trapezoidal, a cuyos lados se dispusieron complejos de habitaciones, algunos de ellos con pórticos.

De otra puerta asciende otra vía, formando codos, en cada uno de los cuales se inserta otra vía secundaria. Las casas excavadas se distribuyeron detrás de un *intervallum* de la muralla y en la acrópolis; son rectangulares o cuadradas, y muestran varios silos excavados en los lechos de roca tierna.

Ullastret, descubierto en 1947, y comenzada a excavar en 1951, se ha venido considerando como un *oppidum* indikete, pero parece que hubo de ser tan importante como Ampurias, y por las razones indicadas arriba, podría identificarse con Cypsela. Nos hallamos aún en una fase preliminar del estudio de tan importante yacimiento. No se han publicado aún las secciones a través de la muralla, ni los diversos niveles se han puesto en relación con los restos arquitectónicos. Pero parece posible, aunque sea prematuro, afirmar que el establecimiento tuvo una muralla antigua anterior al siglo IV a. de J. C. probablemente. Esta muralla se levantó después, añadiéndole las torres rectangulares y circulares que acaso pertenecen a una fase intermedia. La técnica y la planta de esta muralla tiene paralelos en los establecimientos griegos del Mediterráneo occidental hacia finales del siglo IV a. de J. C., como, por ejemplo, en Capo Soprano de Gela y en Saint Blaise.

Hemos hablado aquí de los detalles arquitectónicos de Ullastret porque sus métodos técnicos parece que fueron copiados en algunos de los poblados ibéricos de la región catalana. Estos poblados ponen de relieve un tipo de construcción más avanzado que el de sus vecinos, y sólo puede explicarse teniendo en cuenta la poderosa influencia ejercida por un centro tan importante como Ullastret.

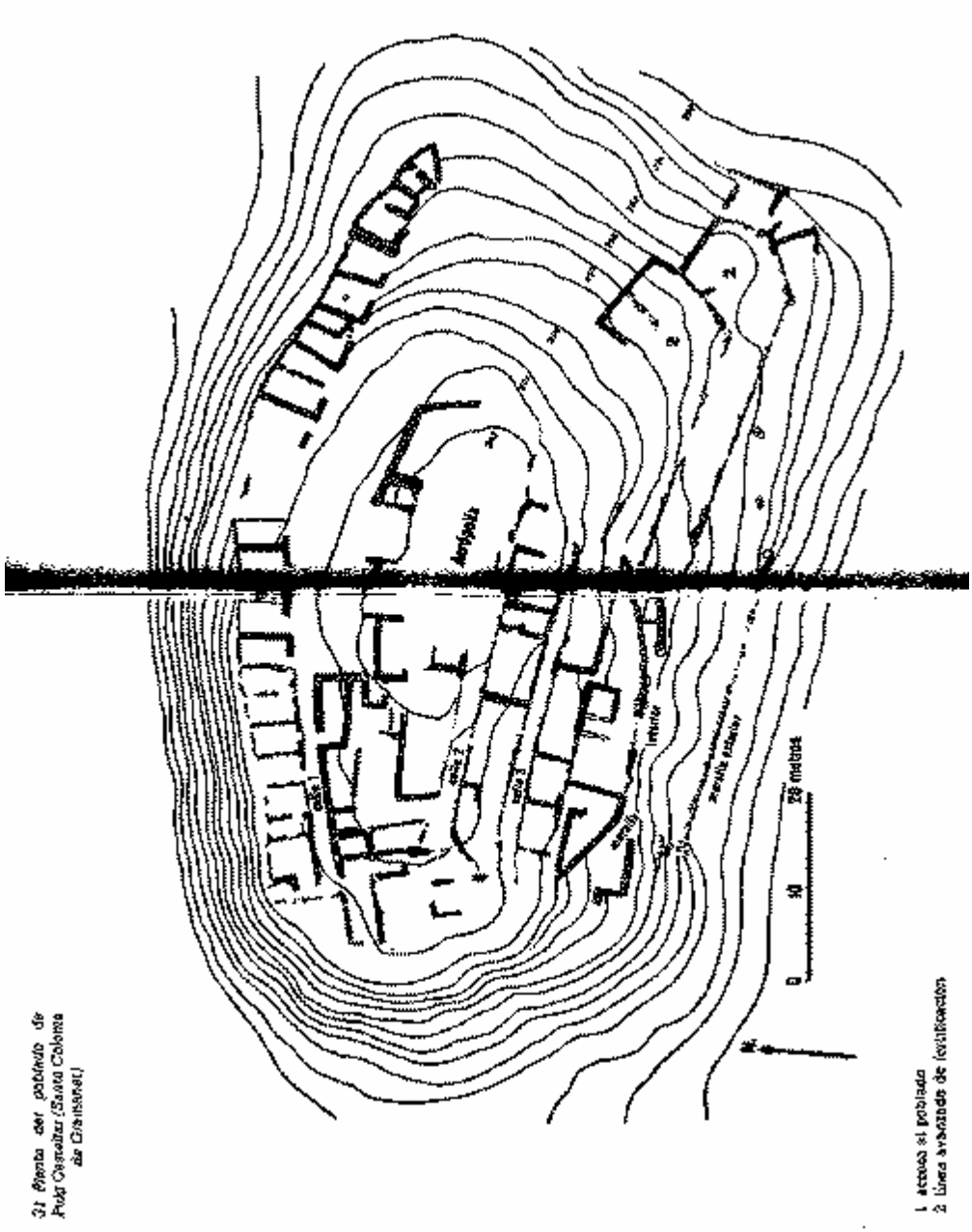
Los poblados de la costa del Maresme siguen generalmente la planta de parrilla (Burriach, Caldetes), pero el tipo cónico con muralla aparece en Puig Castellar. Después de Ullastret, Burriach es el centro técnicamente más avanzado. Los entrantes dentados en algunos segmentos de la muralla indican la influencia de Ullastret, donde también existen, sobre los constructores indígenas, quienes a su vez trabajaron a escoplo muchos bloques en su superficie exterior en ambos lugares.

La misma influencia puede rastrearse hasta Tivissa (provincia de Tarragona), sobre el río Ebro, en la Baja Cataluña. La entrada quedaba protegida por dos grandes torres formadas por un cuerpo triangular y otro rectangular, con dos cámaras interiores, avanzadas sobre el ancho boquete de la puerta —sistema que recuerda el de Ullastret. Pero, tanto por la planta como por su posición geográfica, este poblado se integra en el grupo del Bajo Aragón y valle del Ebro, con los que tiene un mayor contacto.

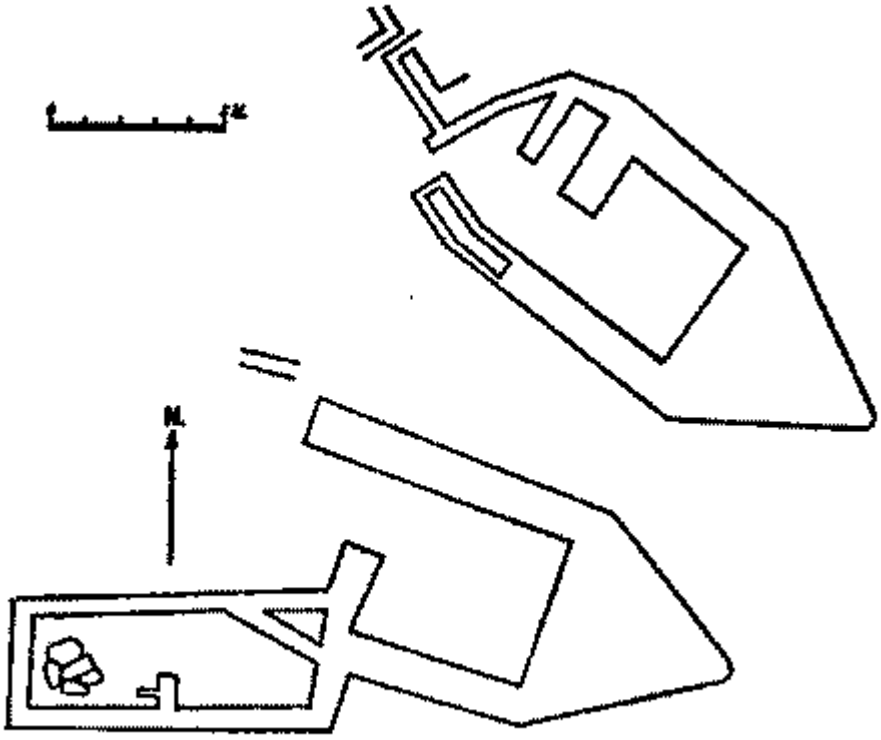
El material constructivo de los poblados catalanes fue la piedra; se utilizó para los zócalos y también para las partes superiores de las murallas. En los lugares que han sido excavados con cuidado se ha visto la presencia del adobe (utilizado para el coronamiento de las paredes, y probablemente también para otros fines). Éste es el caso de Puig Castellar (Santa Coloma de Gramanet) y de la Torre dels Encantats (Caldetes), donde también se han hallado pequeños ladrillos de adobe de 20 por 10 cm (semejantes a los de Martorellas).

La utilización del adobe para las partes altas de los muros de los poblados catalanes explica la existencia en Ullastret de una gran ranura longitudinal en la parte superior de la muralla interior de la puerta principal. Debió de haber servido para sostener un armazón de madera apoyado en la pared de piedra, que permitiría que se añadiera el coronamiento y las almenas de adobe, como ocurrió también en Capo Soprano (Gela). Éste era un sistema muy corriente en la Grecia Oriental, en el área

fócense, por ejemplo, en la antigua Esmirna.



31 Planta del poblado de Puig Castellar (Santa Coloma de Cervelló)



32 Planta de las torres de la entrada al poblado de Tivissa (prov. de Tarragona).

El valle del Ebro. Las excavaciones realizadas a comienzos de este siglo pusieron de manifiesto un grupo de poblados muy homogéneos en el valle del Ebro y Bajo Aragón. Estos poblados se inician por lo general con la cultura de los campos de urnas y perduran hasta la fase con cerámica ibérica, llegando hasta el siglo II antes de Jesucristo.

Estos poblados siguen una planta antigua de altas plataformas rodeadas en un espacio ovalado del cual irradian las casas con dos o tres amplias habitaciones rectangulares, que suelen tener una antesala. El material constructivo consiste en grandes adobes (30 x 40 cm), mientras que el uso de la piedra se limita generalmente a las hiladas inferiores. La planta céltica de estos poblados (ya sea una plaza abierta, ya sea una ancha calle central) es indudable. Ello viene confirmado también por los materiales arqueológicos que se hallan en la base y por algunos detalles constructivos, como son el uso de postes de madera que refuerzan las paredes (como en el Cabezo de Monleón de Caspe), techos planos en pendiente hacia el frente, hogares, bancos laterales y bodega.

En líneas generales, los más antiguos son los de la zona del Ebro central, por ejemplo, Cortes y El Redal. Poseen elementos arcaizantes del Hallstatt A, cuyo desarrollo local en la zona del Bajo Aragón fue el resultado de la fusión de los campos de urnas con la cultura de los túmulos. Se pueden establecer aquí tres fases de la cultura de Hallstatt, que llegará a ser reemplazada por una fase ibérica en la mayor parte de los poblados. Esto ocurre en el área de los poblados ilergetes-edetanos: Les Ombríes de Calaceite, Els Castellans, Mas de Madelenes de Cretas, San Antonio de Calaceite, etc.

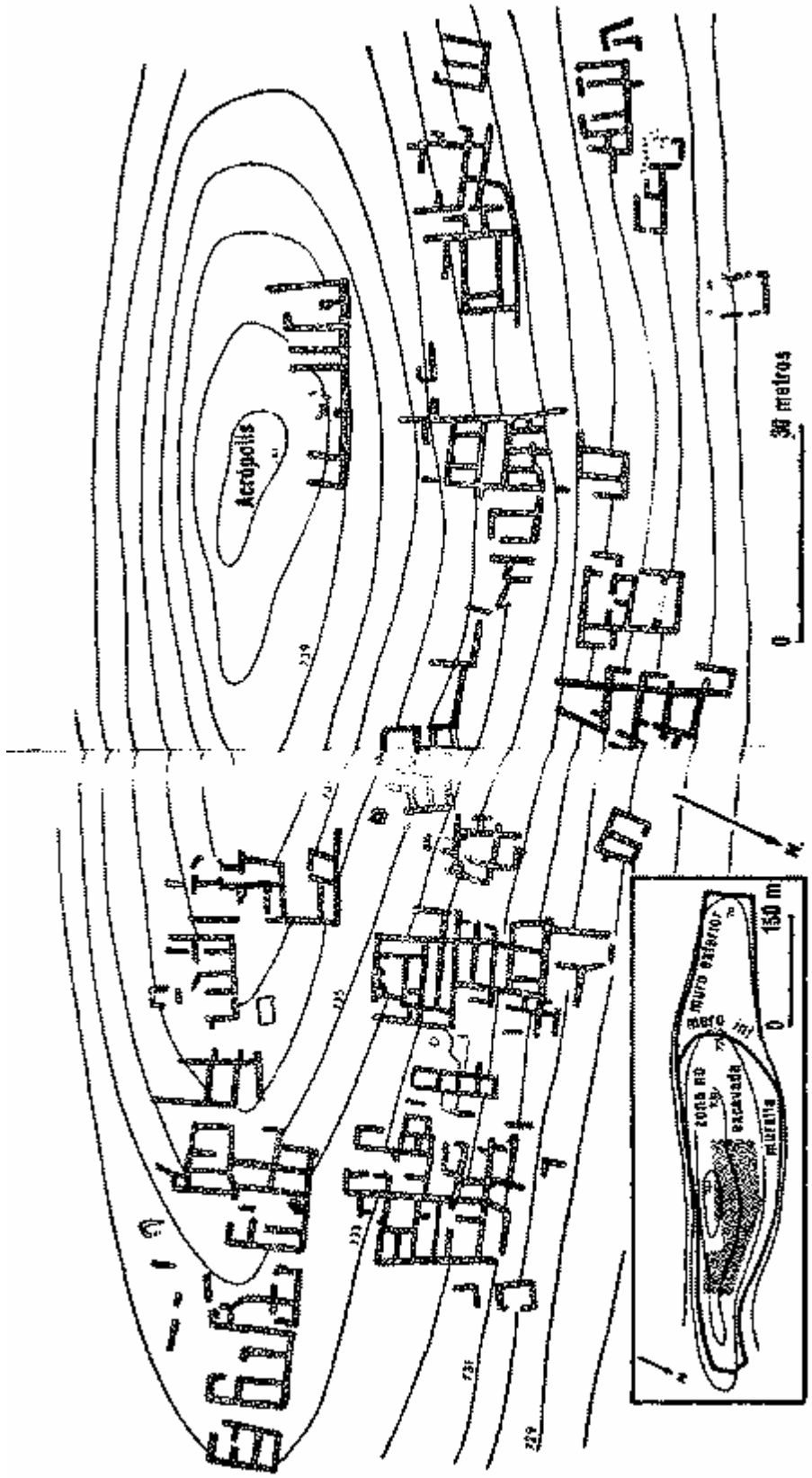
Los poblados más antiguos son Escodines y San Cristóbal de Mazaleón. La cerámica ibérica hace su primera aparición en los siglos V-IV a. de J. C., cuando las casas mejoran y las ciudades se amplían. Estos hechos indican un incremento de la población que está de acuerdo con los grandes contingentes bélicos de los pueblos de esta área y que los antiguos autores mencionan. Así, en San Antonio de Calaceite, el

primitivo centro céltico situado en la acrópolis, fechado en el siglo VI antes de J. C., se amplió a fines del siglo V antes de Jesucristo. Se mantuvo la planta general con una calle central, pero detrás de las casas que le daban frente se halla otra calle de acceso con nuevas casas en el extremo. Un tipo curioso de casa con dos ábsides opuestos aparece en este poblado y, de acuerdo con el plano de las calles, las casas centrales son mayores que las que se hallan en los extremos. El añadido de una muralla en la parte de atrás pudo deberse a conflictos locales en la época de la penetración ibérica en esta área. Formas semejantes aparecen en Les Ombríes, donde las casas más pequeñas siguen los tipos de las de Els Castellans. En la Gessera de Caseres (prov. de Tarragona), las casas rectangulares o trapezoidales que se hallan a cada lado de una calle central están rodeadas por una muralla con los ángulos redondeados, adaptada a las irregularidades del terreno. El mismo tipo se encuentra en el Piuró del Barranc Fondo.

El mayor de todos los poblados de la región del Ebro es el Cabezo de Alcalá de Azaila (prov. de Teruel), cuyo nivel de base es un Hallstatt C-D. Después se convirtió en un poblado ibérico y, con varios cambios, llegó hasta época romana. Su planta, muy irregular, con calles muy tortuosas y enlastradas, está de acuerdo en general con el plan de calle central típico de esta región. Las casas suntuosas tienen junto a la puerta un cuerpo de edificio con bancos corridos de adobe revestido de cal, igual que en los corredores. Hay hogares a la izquierda de la entrada, y unos hoyos con tinajas señalaban el lugar de la bodega. Las viviendas humildes presentan la despensa, el granero y los almacenes al fondo de la habitación central. La Pedrera de Balaguer (prov. de Lérida) muestra la forma en que los poblados del valle del Ebro se ponen en relación a través del Segre con los poblados semejantes de la región marginal de la comarca del Solsonés: Castellvell, Anseresa y Sant Miquel de Sorba, en territorio de los lacetanos.

En el poblado ibérico de Castellvell, construido sobre un fondo de fuerte base hallstática, sobre el suelo rocoso rebajado para formar el piso de las viviendas, se alzaron las casas en las que se excavaron silos para almacén de provisiones El de Anseresa estaba amurallado, y sus casas se construyeron de piedra sin emplear para nada el adobe. Los pavimentos de las habitaciones están formados por fragmentos de vasijas de cerámica, después de haberse nivelado el suelo con pisos de arcilla —lo mismo que ocurre en la región del Maresme, como es el caso de Caldetes —. Cierto número de silos circulares, ovales y rectangulares, algunos de los cuales se hallaban en comunicación subterránea, se descubrieron en Sorba. Esta profusión de silos tiene sólo paralelo en Ullastret y la Fosca, donde aparecen en gran cantidad. Todos estos poblados lacetanos quedaron destruidos entre el 198 y 194 a. de J C por las acometidas de Catón. Sin embargo. Sorba se reconstruyó en un intento por establecer relaciones amistosas entre los vencedores y los vencidos.

El poblado de Tivissa, de unos 40.000 metros cuadrados de extensión, tiene una buena muralla de piedra con un zócalo ciclópeo y, en parte, coronamiento de adobes: los pavimentos de las casas ofrecen pisos enlastrados con grandes losas planas. Su posición estratégica en el lugar en que el rio surge hacia la llanura costera fue de excepcional importancia.



33 Planta del poblado de La Bastida de Mogente (provincia de Valencia).

Región valenciana y Sudeste. Los poblados ibéricos más puros, sin estratos antiguos, deben encontrarse en la región valenciana. Generalmente se sitúan en colinas cónicas, junto a un no, y su planta es del tipo de parrilla radial con diferentes terrazas

En comparación con los pocos cementerios encontrados, el número de poblados de esta región es muy elevado. Ejemplos de este tipo de poblado se hallan en el hinterland de la llanura de Valencia y de Alicante, por ejemplo, en el Puig de Alcoy. Otro poblado semejante es La Serreta, cuya extensión es de 27.000 metros cuadrados; otro es el Charpolar, que defendía el hinterland de Dianium y estaba defendido por bruscas pendientes. Los más típicos y mejor conocidos de todos son los de La Bastida de Mogente, Liria y Rochina.

La Bastida de Mogente, de unas 2 ha. de superficie, formaba parte del cinturón defensivo del arco costero entre Hemeroskopeion y Akra Leuké. Fue abandonado por los contéstanos antes de las guerras púnicas. Pasan de doscientas las habitaciones excavadas, formando núcleos en desorden y complejos. Bajo la potente capa de incendio, los materiales señalan una fecha entre los siglos V y IV a. de J. C. para el *floruit* de este establecimiento indígena helenizado. En Liria —que acaso sea Edeta —, en el hinterland de la llanura de Valencia, se han excavado más de 130 casas. Se disponen sobre terrazas artificiales, y sus materiales atestiguan el inicio de la vida sobre el cerro en el siglo v a. de J. C. y un fin brusco en el año 76 antes de Jesucristo. Distinto es el caso de Rochina, ya que, por sus reducidas dimensiones de 700 metros cuadrados, debe considerarse más bien como un fortín sobre el río Palancia que un centro permanente de habitación. Sus diecisiete casas rectangulares y alineadas a ambos lados de una central no pudieron albergar a más de 200 personas. Las casas siguen el sistema de zócalos de piedra, paredes de adobe, techos de ramaje y pisos de tierra endurecida.

Rochina, Segorbe y otros fortines más defendían el hinterland de Sagunto, la gran ciudad del llano. Si la arqueología ha sido parca en darnos noticias sobre la ibérica Sagunto, en cambio Livio nos dejó una buena descripción de ella al relatarnos el asalto de Aníbal. La ciudad fue atacada por tres puntos en un ángulo de la muralla que avanzaba por un terreno más llano que el resto. Unas torres potentes dominaban esta zona, y también la muralla estaba aquí más fortificada que en los demás lienzos. Estaba construida con piedras y barro, lo cual explica la facilidad con que se derrumbó y con que volvió a ser reedificada por los sitiados. En el sector más elevado, último reducto de los saguntinos, que fue fortificado a última hora, se hallaba el foro. La mención de un foro, inusitado en un poblado ibérico, el carácter de sus instituciones y el paralelo que su *intervallum* ofrece con el de Ullastret, tienden a permitirnos suponer que Sagunto, más que un poblado ibérico, fue una auténtica ciudad griega.

Los poblados del Sudeste, en las provincias de Murcia y Albacete, como, por ejemplo, Meca y Amarejo, son muy parecidos a los que hemos venido describiendo. Sin duda alguna, el más interesante es el Cabezo del Tío Pío, de Archena (prov. de Murcia); situado a unos 200 metros sobre el lecho del Segura, el asentamiento se efectuó mediante terraplenes y terrazas. Sus grandes casas tienen las paredes levantadas sobre una fuerte capa de argamasa y aún llegan a rebasar los dos metros de altura. En la zona sur se hallaron siete habitaciones, una a continuación de la otra, y en la meseta una gran estancia rectangular.

El Alto Guadalquivir. En esta área, que había sido un gran centro comercial y cultural, así como uno de los más ricos en cuanto a hallazgos griegos e ibéricos, paradójicamente, sólo conocemos un yacimiento, mientras que, en contraste con la escasez de poblados, tenemos una gran densidad de arquitectura funeraria.

En época ibérica hubo un lugar de habitación cerca del santuario de El Collado de los Jardines (prov. de Jaén). Conquistado por los romanos, se estableció en él una

población mixta, o acaso doble. Los restos muestran una zona habitada de gran extensión con casas rectangulares, levantadas de adobe sobre zócalo de piedra y con techos de pizarra. La muralla es en talud y con relleno de piedras en su interior. Dos torreones flanquean la puerta principal, y fuera de ella queda, aún visible, un tramo de pretil ciclópeo. En su parte opuesta, un entrante excavado sobre el cerro sirvió acaso para dar lugar a la espera y paso de carretas en sentido contrario. Las casas tienen dos departamentos y pisos de tierra apisonada y baldosas de tierra cocida. Algunas casas forman grupos de a tres o cuatro, siendo probable que una familia utilizase más de una casa de estos grupos, ya que las grandes y rectangulares suelen estar aisladas y con dos o más entradas.

Calles estrechas y tortuosas separaban sin un plan preconcebido los ambientes de las casas.

El valle del Guadalquivir. En la región de la llanura, emplazamiento probable de Tartessos, las actividades colonizadoras hubieron de establecer un cierto número de verdaderas ciudades. Ello estaría de acuerdo con la riqueza de hallazgos en esta área; pero solamente conocemos dos poblados, y uno de ellos, Osuna, pertenece ya a época romana. El otro enclave es Carmona, que, junto con El Carambolo, se halla en el fase inicial de su excavación.

Engel y Paris, en 1903, excavaron la fortaleza de Osuna y pusieron al descubierto un centenar de metros de su muralla. Ésta es de una obra de rápida construcción, y sus bloques, mal encuadrados, se juntaron mediante barro. Muestra cinco torres semicirculares, que representan un elemento de comparación muy interesante con las del norte, lo mismo que ocurre con el tipo de lienzo de muralla que sigue las irregularidades del terreno. La muralla está formada por dos alineaciones paralelas y un relleno de piedras, con su frente exterior en talud. Su fecha ha sido muy debatida, aunque los hallazgos sugieren que se realizó en el siglo II a. de J. C.

Carmona presenta un aspecto distinto y nos enfrenta al problema de una cultura anterior a la formación de la cultura ibérica —es decir, con Tartessos —. Ésta se había resistido a los esfuerzos de Schulten; sus excavaciones en el Cerro del Trigo (Coto de Doñana, prov. de Cádiz) sólo pusieron al descubierto un poblado de pescadores romanizados. En El Carambolo y en Carmona los excavadores se han interesado más por el estudio de las estratigrafías que por la planta de los yacimientos respectivos.

De esta forma, el tipo de poblado ibérico de Andalucía es prácticamente desconocido. Las excavaciones recientes —por ejemplo, en Galera (prov. de Granada), con respecto al mundo tartéssico o de la Alta Andalucía y a sus relaciones con las culturas que le preceden o le siguen — están en fase de elaboración en estos momentos. Los casos recientes expuestos de Galera, Carmona y El Carambolo ponen de relieve las grandes posibilidades del área andaluza para el estudio de las culturas tartessio-turdetanas. Los yacimientos que suponemos que existen aquí —cuya importancia manifiestan no sólo las fuentes escritas, sino también la gran riqueza de la región — esperan que la azada del arqueólogo los exponga a la luz.

CAPÍTULO VI

VIDA SOCIAL, COMERCIO Y ECONOMÍA

INSTITUCIONES POLÍTICAS Y SOCIALES

El valle del Guadalquivir poseía una fuerte tradición monárquica, de la que se hicieron eco los escritores clásicos al enfrentarse a Tartessos. Hoy se abre paso la idea de qué poder centralista, simbolizado acaso en los sepulcros megalíticos, pudo desembocar en la monarquía tartessia. La amplitud y la uniformidad del valle favorecían esta organización, y la vecindad de las ciudades del sur, como Cádiz, con un sistema monárquico, la fortalecía. Otro factor que puede mostrar la existencia de un poder central es la unidad de la lengua, atestiguada por los tipos de alfabeto.

Pero antes de la llegada de los romanos al valle, la uniformidad política se había roto; sobre la antigua monarquía y sobre el gran emporio económico se alzaron los reinos fraccionados que se disputaron la supremacía.

Uno de los casos más patentes de la pérdida de prestigio de los monarcas turdetanos es el del *regulus* Culchas, que en el año 206 poseía veintiocho *oppida, y* que el 197 a. de Jesucristo sólo tenía diecisiete. Por estas fechas conocemos a otros régulos: Attenes, *regulus turdetanorum;* Luxinius, «señor de Carmona y Bardo»; y Corribilo, *nobilis rex de Licabrum.*

El caso típico es el de régulos que dominan una sola ciudad y su campo; pero, en ocasiones, un mismo monarca puede poseer dos ciudades, cuyo sistema de relación estaría vinculado al propio *regulus.* La denominación de *regulus* que los romanos dieron a estos jefes de ciudades es arbitraria; hay casos en que es presumible que los régulos obtuvieron el poder por usurpación de las atribuciones legales. Las monedas autónomas del sur acusan la existencia de magistrados que recibieron sus atribuciones del poder real o las tuvieron en representación.

La disgregación de la monarquía se hace patente también en las conflagraciones en que intervinieron varios pueblos turdetanos sin mando único. En 196 a. de J. C. hubo una sublevación contra los romanos, alentada por Culchas y Luxinius, en uno de cuyos episodios se menciona a Budar y Besadin como *imperatores hispanis.*

Ya fuera el poder delegado, ya fuera de derecho divino, lo cierto es que los régulos meridionales actuaron como representantes de las ciudades y en su nombre hicieron guerras y pactaron alianzas. Los romanos reconocieron la existencia de derecho de los régulos, pues éstos se les sometieron mediante pactos estipulados según las fórmulas legales. Escipión se alabó de haber convertido en verdaderos reges a los *leguli* aceptados *in fídem.* Los propios régulos se le sometieron mediante un *foedus* por el que prestaban su ayuda militar, mientras que Escipión les ofreció dona en dinero, lo que indica una sumisión pagada y no una cesión de sus atributos.

El desarrollo político y económico de Andalucía explica la estratificación social en época turdetana. La riqueza agraria del valle se ha establecido siempre sobre un sistema de explotación latifundista, lo que presupone una clase de terratenientes en minoría y un gran porcentaje de peones asalariados o esclavos.

En esta pirámide social hay que destacar las clases mercantiles enriquecidas con el comercio y en relación con las factorías meridionales, así como los navieros. Esta clase, arraigada en el país desde largo tiempo, se mezcló fácilmente con los indígenas, como patentizan los casos de matrimonios entre fenicio-púnicos, como Asdrúbal y Aníbal, con princesas del país.

La minería continuó siendo uno de los fuertes ingresos en época turdetana. Los

propietarios particulares de las minas engrosaron las capas altas de la sociedad, pero la explotación del subsuelo comporta la existencia de una gran masa de peones a las órdenes de capataces. En época turdetana el número de esclavos no alcanzaría las proporciones de época romana, y es presumible que la mayoría de los peones fuera a sueldo; algunas inscripciones halladas en las regiones mineras señalan la presencia de peones de procedencias muy diversas.

La dureza de la vida de los peones del campo y de la mina hizo nacer una clase de desheredados, que, fugitivos del trabajo, formaron bandas que llegaron a ser un azote para el país. Se ha creído que la sociedad meridional, debido a las diferencias económicas, estuvo estratificada en castas. Éstas consistieron en esclavos, terratenientes, propietarios de las minas, pequeños propietarios de tierra, así como la importante clase social de los ganaderos de toros.

Valencia y Sudeste. Un ambiente político-social distinto muestran los pueblos ibéricos valencianos y murcianos, en los que la falta de tradición monárquica se explica por el fraccionamiento del país y el relativo alejamiento de las factorías púnicas. La influencia griega hubo de marcar con el sistema de la ciudad-estado a estos pueblos. Su estructura fue la de un «ciudadanismo» de base mediterránea, según el cual se vinculan todas las perfecciones a la ciudad nativa en detrimento de las vecinas.

El resultado de este sistema fue la aparición de un retablo de pequeñas fuerzas y de un política de alianzas locales que, en el caso de confederaciones, lucharon separadas. Se conocen, sin embargo, algunos régulos a partir del siglo II a. de Jesucristo, como Edecon, relacionado con la ciudad de Edeta y su linaje (edetanos). Probablemente los príncipes poseyeron poderes ejecutivos emanados de una Asamblea o de un Senado.

En el caso de Sagunto, la fuerza del Senado o de la Asamblea se debería a su origen griego, y su influjo entre los vecinos quedó patente cuando algunos de ellos expulsaron a sus reyezuelos y prefirieron un Senado. El senado de Sagunto estaba formado por un consejo aristocrático, pero durante el asedio de Aníbal hubo un *praetor saguntinum* con facultades temporales emanadas de aquella institución.

El valle del Ebro. En el valle del Ebro, el único pueblo que aparece con un poder fuerte es el de los ilergetes. El marco económico influyó en su unidad, aunque la base jerárquica estaba apoyada en un sustrato céltico. El intento ilergete de formar confederaciones con sus vecinos es de inspiración céltica y responde a un momento de expansión de los celtas peninsulares a la llegada de los romanos. En los demás casos, estos régulos, como Amusicus de los ausetanos, serían simples caudillos militares cuyo poder procedería por usurpación.

Cataluña. Los pueblos de la región catalana fueron llamados en el año 195 a. de J. C. por Catón en la persona de los *senatores omnium civium,* lo que indica la falta de otros representantes en las tareas del gobierno. Se trata de simples cabezas de familia que representan a sus pueblos en un régimen político democrático, en un estadio social y económico indiferenciado por falta de riqueza importante a repartir. Por esta razón, la sociedad de los iberos del norte se nos aparece tan desdibujada, en contraste con la del Mediodía.

Uno de los aspectos más curiosos de las instituciones hispánicas es la *devotio,* reconocida por César y considerada como una costumbre ibérica por Plutarco. La *devotio* consistía en la prestación de servicio total de un hombre hacia otro, al que se consideraba como superior y al que se aceptaba con fe jurada. César, al describir esta práctica, señala las obligaciones de los *soldurii* o *devoti.* Estos hombres constituían la guardia personal del jefe, compartían sus penas y alegrías, le defendían en todo momento y nunca debían sobre vivirle. Viriato tenía una cohorte de de*voti* que le

acompañó en el día de su boda y en el de su muerte.

Por la *devotio* se explica el número crecido de inmolaciones colectivas entre los hispanos. Los romanos apreciaron las ventajas de esta institución y algunos generales la adoptaron para sí.

Bases Económicas

Agricultura

Tierra cerealista por excelencia, la Meseta fue un granero que los romanos ensalzaron. Pero los cereales no fueron exclusivos de la Meseta; en el 203 a. de J. C., cuando los romanos sólo poseían una franja litoral, los envíos de Hispania ocasionaron una baja en los precios de Roma. La riqueza de cereales de invierno del valle del Ebro dio un papel predominante a los ilergetes. En la Turdetania, las tierras junto al río «aparecían bien cultivadas, con arboledas y plantaciones de toda clase», mientras que en Lusitania los precios del cereal, en relación con los de Atenas, eran bajísimos.

34 «La recolección de las granadas» (fragmento decorado de un «kalathos» de Liria).

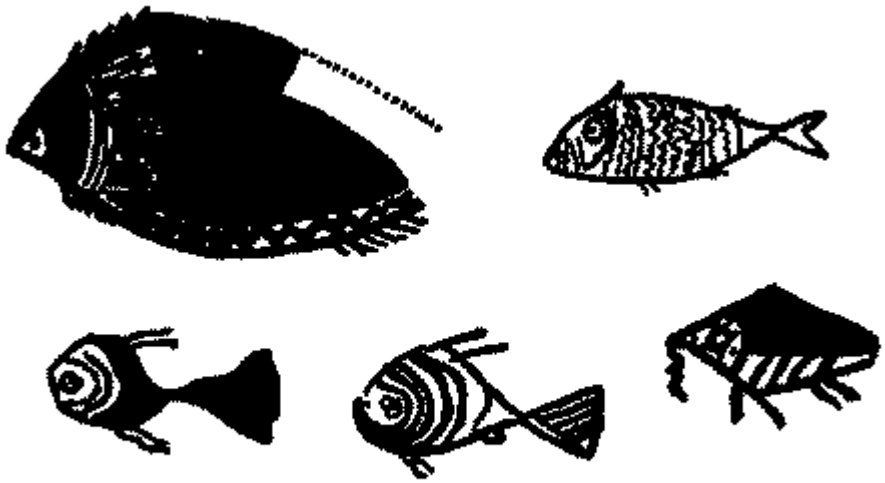
Sin duda alguna, la gran riqueza de los iberos fue la viña y el olivo, especies aclimatadas por los griegos. El límite septentrional de la vid alcanzaba hasta Ampurias y a todo el Languedoc y Provenza. Los vinos catalanes, excepto los de Tarragona, eran de mala calidad, según Marcial. El límite interior de la vid ocupaba toda la Turdetania y penetraba hasta la Carpetania.

El mejor aceite, así como la zona de más plantío, era la región del Guadalquivir, aunque, ya en el siglo II a. de J. C., los olivos alcanzaban hasta el Sistema Central por el interior y hasta los indiketes por la costa.

Los frutales y cultivos de huerta formaron un cinturón verde en torno a las ciudades, según el sistema de explotación de vegas y huertas actuales. El granado, una especie oriental, aparece en la pintura vascular de Liria; la higuera se aclimató en Sagunto y la

región meridional cultivaba toda clase de frutos, llegando en su adelanto a la práctica del injerto. Peras de Levante, trufas de Carthago-Nova, alcachofas de Córdoba fueron muy celebradas, así como también las rosas tempranas de Carthago-Nova y los rosales silvestres de los laietanos.

El aspecto de la flora y de los cultivos ha cambiado mucho desde la época prerromana en el área ibérica. La degradación de los bosques ha convertido extensas zonas en matorral y estepa; por ello, si Sagunto «cultivaba la región más fértil y daba los mejores frutos de Iberia», entre ellos es seguro que no figuraban los naranjos ni los limoneros, aclimatados más tarde por los árabes.



35 Representaciones de peces en la cerámica de Liria.

Ganadería y pesca

El animal más admirado de la Península fue el caballo, cuyo tipo era muy parecido al pártico. Se cazaba en estado salvaje en los bosques del interior, y su gran cantidad queda atestiguada por los efectivos de la caballería indígena y por la exportación que de ellos se hizo en época romana. Las burras de Celtiberia y los mulos de la alta montaña fueron también muy celebrados.

Si las ovejas son propias de la Meseta, en el sur y en el valle del Ebro la trashumancia permitió su subsistencia desde las zonas llanas a las altas montañas con pastos de verano.

La caza de cerdos salvajes y jabalíes fue un deporte ibérico, del mismo modo que su cría para la obtención de afamados jamones proporcionó grandes beneficios. Sabemos, asimismo, el gran aprecio en que fueron tenidas las pieles de bueyes hispánicos, puesto que figuran en listas de tributos y regalos en grandes cantidades.

Los mares peninsulares poseían una fauna variadísima: escombros o caballas, atunes y doradas del Estrecho de Gibraltar, buccinas de Carteia, múrices, pulpos y calamares, el pez «colias» de Sexi, ostras de Elche y otras muchas variedades dieron origen a una poderosa industria de salazones. En el Sinus Gaditanus asomaban a veces los grandes cetáceos (oreas, marsopas) y las ballenas. Algunos de los ríos peninsulares merecieron, como el Ebro, el nombre de *piscolentus.*

Riqueza minera

Entre Tartessos, heredera de los más antiguos centros de explotación de metales, y el camino del estaño de las Cassitérides se tendió una red de intereses basados en la riqueza minera de Iberia. Sierra Morena fue la región minera por excelencia, y el *Saltus Castulonensis* (Castulo, Cazlona) fue el nudo de la política peninsular de Roma.

Las minas de plata de Ilipa (Alcalá del Río, prov. de Sevilla) y de cinabrio, de Sisapo (Almadén, prov. de Ciudad Real), fueron renombradas. Kotinai, cerca de Sisapo, fue señalada como «rica en cobre y oro»; Auringis (Asti, Baza) fue conocida como centro de extracción de plata; en Acci (Guadix), desde la época de Aníbal, se explotó la plata. En las minas del mismo metal, cerca de Carthago-Nova, trabajaban 40.000 indígenas, y un solo pozo, el de Baebelo, suministraba a Aníbal más de trescientas libras diarias.

De los conocimientos mineros de los turdetanos habla Estrabón, citando a Posidonios, y refiere su laboriosidad en trazar profundas galerías y su conocimiento del tornillo de Arquímedes para achicar el agua.

En la región de Castulo, gracias a las mareas, los barcos penetraban hasta Córdoba por el Guadalquivir, y desde allí, en barcas de un solo tronco, remontaban hasta el Mons Argentarius. Algunos ríos, como el Genil, arrastraban arenas auríferas que se beneficiaban mediante el lavado y decantación, y en Sierra Nevada había minas de oro, en las que se aplicaba el sistema de cocción y purificación.

Aparte de la explotación del hierro del Moncayo, en la región del Ebro, conocemos por Livio la existencia de minas de hierro y plata entre los bergistanos, así como se atestigua la explotación de yacimientos locales en algunos poblados, como indican las escorias del de Torre dels Encantats (Caldetes, prov. de Barcelona).

Para completar la idea de la riqueza de Iberia en metales, hay que tener presente los hallazgos de «tesorillos» ibéricos y celtas, las cantidades recaudadas por los romanos y las que sacaron del país algunos magistrados. Las estadísticas de los primeros años de la conquista acusan un balance de plata y oro procedente de regiones en que no se conoce ninguna explotación, lo cual hace sospechar que existió un intenso comercio y que hubo más explotaciones de cuantas nos son conocidas.

La cifra mayor de extracción de metales se alcanzó en el año 194, cuando M. Porcio Catón llevó a Roma 25.000 libras de plata en lingotes, 123.000 con el cuño de la *biga,* 540 libras de dracmas ibéricas y 1.400 libras de oro.

Los romanos intensificarán la explotación minera de Iberia y se verán obligados a legislar sobre el régimen de trabajo y propiedad.

La Industria

Aparte de la minería, conocemos detalles de la industria textil entre los iberos. La profusión de *pondus* (pesas de telar) y fusayolas indica la extensión de esta industria, y el pequeño relieve de La Albufereta en que aparece una mujer hilando muestra un aspecto de la misma.

Si el lino les llegó a los iberos a través de fenicios y griegos, el esparto era en cambio tradicional en el país. Esta fibra tuvo su foco de producción en la región esteparia en torno a Carthago-Nova, y en menor proporción en el *Campus Juncarius,* en el hinterland de Emporion.

El esparto de Carthago-Nova, de larga fibra, servía para hacer camastros, antorchas y calzados; Plinio asegura que los pastores se hacían sus vestidos con esta fibra. La recolección del esparto, que en un principio fue en verano, más adelante se

efectuó también en invierno, ante la demanda del material para las jarcias de las naves.

El lino sirvió para tejidos finos y vistosos. Sagunto, Saetabi, Emporion y más tarde Tarraco se especializaron en esta industria, y la última ciudad tuvo fama exportando redes de caza.

Otra industria de la costa fue la preparación de salazones, que los iberos debieron aprender de las factorías fenicias; el *garum* era un tipo especial de salsa preparada con el *scomber* o caballa del Mediodía.

Aparte de las industrias caseras, como la molienda de la harina y su cocción en hornos apropiados para elaborar el pan, se señala la fabricación de bebidas fermentadas. Frente a la cerveza de los celtas, los iberos impusieron el vino mezclado con miel.

La Artesanía

Donde los artesanos ibéricos descollaron fue en el trabajo del metal, y en especial en el de las armas. El temple de las espadas y puñales era tal, según Diodoro, que no había casco, escudo ni hueso que resistiera a sus golpes. Para Filón, la causa de su buena calidad era el hierro purísimo que se empleaba y la forja en frío y con pequeños golpes, endureciéndolas así en sentido longitudinal.

La prueba de su bondad se obtenía cogiendo con una mano el puño de la espada y la punta con la otra; el arma se pasaba entonces sobre la cabeza, y, apoyada en ella, se doblaban los extremos hasta tocar los hombros. Soltándola bruscamente, la espada de buena calidad debía enderezarse.

Las investigaciones de H. Dandars y Coghlan no están de acuerdo con estas noticias. Aquél vio que en el lomo del pomo había un porcentaje de un octavo de pulgada y que la proporción disminuía hacia el centro. Coghlan, por su parte, comparó una falcata de Almedinilla con otra etrusca y observó que era mucho más perfecta ésta, puesto que estaba forjada con hierro dulce y acero, mientras que la ibérica era de hierro dulce sin carburar. La hoja se calentó en una operación final de temple, lo que le dio una pátina de magnetita. Su decoración de crestas e incisiones plantea un problema, pues parece lógico que el herrero hubiera conseguido, con los sistemas tradicionales de forja, producir las crestas realzadas en forma de V forjando el hierro con cuidado y terminando el trabajo con la lima; sin embargo, la decoración de la hoja se hizo con un instrumento cortante y no con martillo o estampado, cosa que parecía más sencilla. Acaso la espada sea sólo de parada y se templó únicamente para lograr la bella pátina azulada. Así, pues, en realidad, las armas ibéricas parecen ser una pobre imitación de las etruscas.

Acerca de la variedad de matices que alcanzaron las artes del metal en Iberia hablaremos en un capítulo posterior; baste decir que se conocieron los procedimientos del repujado, nielado, granulado, dorado de la plata y otros más.

La industria cerámica tuvo un gran auge, y se conocen algunos hornos en los que se coció indistintamente cerámica a mano y a torno, ya sea juntas, ya sea en hornadas diferentes. El conocimiento del torno, que hace su aparición con los contactos coloniales, representa una auténtica especialización; del mismo modo, la decoración de la cerámica con engobe y pinturas hubo de estar en manos de talleres como indican las marcas de alfareros y el sello personal de las pinturas.

Una especialización semejante existió en la escultura en piedra, donde es posible señalar estilos de maestros, escuelas y talleres locales.

Los indígenas imitaron desde el siglo IV a. de J. C. la técnica de fenicios y griegos de la pasta de vidrio fundida y moldeada, así como los tipos de los vasos. Son vidrios policromos, con pastas casi opacas y terrosas, en que la decoración se realizó a

base de aplicar hilos de vidrio fundido mediante una espátula. Las cuentas de collares de pasta vitrea también hubieron de copiar a las importaciones; otra peculiaridad ibérica fueron las cabezas de alfiler, como el ejemplar de Cabrera de Mataró.

El Comercio

Aunque conocemos poco las rutas terrestres del comercio en época ibérica, los hallazgos de productos de un área a muchos kilómetros de distancia demuestran la existencia de un comercio local. La penetración de los comerciantes extranjeros se atestigua por los hallazgos de sus fábricas en sus factorías y por las imitaciones indígenas. Por otro lado, el comercio entre los pueblos indígenas aparece claro en los mercados y en los santuarios, que explican en parte la aparición de objetos célticos en Andalucía y, viceversa, de orfebrería tartessia en la Meseta. Los tesorillos de Sierra Morena, en la zona limítrofe entre iberos y celtas, muestran influencias convergentes de unos y otros, así como de los colonos a los que la atracción de las zonas mineras llevó a los centros vitales de Villaricos, Tugia, Almedinilla y otros.

Los orfebres, plateros y chamarileros, con su carga de productos elaborados, debieron recorrer pueblos cada vez más alejados, según la demanda de sus productos y sus ambiciones personales. La fama que tuvieron algunos centros de producción hubo de motivar pedidos desde zonas muy lejanas; así se explicaría el hallazgo de vasijas de Elche-Archena en Ampurias. Estilos similares aparecen en el norte de África y en Italia, a donde también se exportó el *garum,* acaso en el interior de dichas vasijas.

Donde mejor puede seguirse la fuerza económica de los centros ibéricos es en el estudio de la dispersión de las monedas locales, cuyas zonas de influencia indican las zonas dependientes económicamente de la ceca de emisión.

Monedas

Desde el siglo V a. de J. C., Iberia aparece fraccionada en zonas que adoptan distintos tipos de moneda; ello viene a representar las esferas de influencia de las distintas factorías. La dispersión de los tipos de monedas ilustra la vida económica y política del país, puesto que la emisión de moneda representa una independencia política y comercial acompañada de un poder que la respalda en su zona de influencia.

La moneda griega

Los tipos monetales más antiguos en Iberia son los massaliotas (del tipo Auriol), pero, a partir del año 450 a. de J. C., aparecen pequeñas monedas de plata con epígrafe en Emporion, síntoma de su independencia económico-política. Luego, divisores de la dracma massaliota acuñados en Emporion alcanzan hasta el cabo de la Nao.

A principios del siglo IV, Rhode (Rosas) acuña también moneda; las dracmas de Emporion con una ninfa y un caballo señalan el espíritu filopúnico de la ciudad.

Hacia fines del siglo IV a. de J. C., Rhode acuñó dracmas con la rosa, y Ampurias acuñó dracmas y divisores con el Pegaso y después con el Chrysaor, alcanzando hasta la época del denario pero con tipos de mala ley.

La moneda griega de Emporion se extiende desde Massalia hasta Carthago-Nova, y su valor en el mundo ibérico es primordial por cuanto fue la base de las series monetales de los pueblos indígenas. Todos los tipos de las ciudades ibéricas que acuñaron monedas de plata de tipo griego, pero con inscripciones ibéricas, prueban esta primacía de Emporion.

Las monedas ibéricas

Todos los tipos ibéricos son muy semejantes entre sí, ya que sus ases llevan el jinete con palma o armas (lanzas, falcata, *falx,* etc.). Su dispersión es mayor que el área cultural ibérica, puesto que penetraron en la Meseta céltica, donde se usó el alfabeto monetal ibérico y se copiaron los tipos.

La cronología de las monedas ibéricas se inicia con las dracmas de plata que imitan a las ampuritanas, hacia el año 180 antes de Jesucristo. Una de estas imitaciones es la emisión de bronces de Undica, con ases con la cabeza de Pallas y un Pegaso, con el letrero *Undi-ce-s-cen.* Los divisores llevan animales en el reverso, y ciertas series muestran marcas de valor y nombres de magistrados.

En la dípolis Arse-Saguntum, antes del año 216 a. de J. C. se acuñaron tipos de plata, uno de los cuales probablemente sea el que ofrece una cabeza de Diana y en el reverso *Arse-s-cen* entre los radios de una rueda.

A raíz del año 180 a. de J. C. aparecen piezas de gran tamaño y buen arte en Cese (Tarraco), Saguntum, Ildirda (Lérida), Ausescen (Vich) y otros lugares.

En el último cuarto del siglo II a. de J. C. empieza el apogeo de las emisiones de plata y de los denarios romanos e ibéricos. Durante las guerras sertorianas, alrededor del 83 a. de J. C., se acuñan monedas especiales y bilingües, hasta que en el año 45 a. de J. C. terminan las emisiones con letreros ibéricos y se inician las hispanolatinas, algunas de las cuales pervivirán con tipos anteriores.

Algunos centros comerciales del Languedoc emitieron moneda con inscripciones y tipos ibéricos, como Nero (Narbona), Seloncen (Ensérune) y Brigantin. La variedad de centros comerciales indígenas entre los siglos III-I a. de J. C. es la prueba de una economía fraccionada y autárquica. Algunas monedas de cecas ibéricas aparecen a mucha distancia de sus centros, probando con ello su gran alcance comercial, como Cese, Indica y Arse.

Las monedas de Andalucía

Merced a los alfabetos de sus leyendas pueden distinguirse los siguientes grupos entre las monedas andaluzas:

Desde Almería a Huelva se hallan monedas que utilizan para sus epígrafes alfabetos semejantes entre sí, propios del área andaluza. Son las de Orke (Urci en Almería), Ikalosken y Castulo (prov. de Jaén); otras, más avanzadas, tienen los nombres de los magistrados, abreviados (Ildiberga, Obulco), y en general alcanzan hasta Augusto con el rótulo bilingüe.

Las monedas de las factorías fenicias del sur, desde Villaricos a Gades y Ebussus (Ibiza), son de cronología más difícil, puesto que con los mismos epígrafes fenicios alcanzan hasta la época romana. Las más antiguas y de mayor dispersión fueron las de Gades, con Hércules y atunes y delfines, y las de Ebussus, con el Cabirus, que alcanzan hasta la época de Calígula.

Las monedas cartaginesas de plata y bronce de época de los Bárquidas aparecen en el sur entre los años 239 y 250 antes de Jesucristo. Sus series son de un arte excelente y casi todas fueron emitidas en Carthago-Nova.

Entre la Serranía de Ronda y el mar se acuñaron en Acinipo (Ronda), Bailo (Bolonia), Lascut, Iptuci y otros centros, monedas con alfabeto libio-fenice, latinas o bilingües, entre el siglo II y el siglo I antes de Jesucristo.

En definitiva, la distribución de la moneda entre los siglos V-I a de J. C. señala que todo el Levante hasta Cataluña estuvo sometido al área de la dracma ampuritana, y todo el sur a la zona de las factorías púnicas.

No obstante, durante el siglo III-II a. de J. C. vemos el gran momento económico autónomo de los centros comerciales ibéricos, que coincide con cuanto venimos viendo en los demás campos de estudio.

CAPÍTULO VII

RELIGIÓN Y RITUAL

CREENCIAS RELIGIOSAS

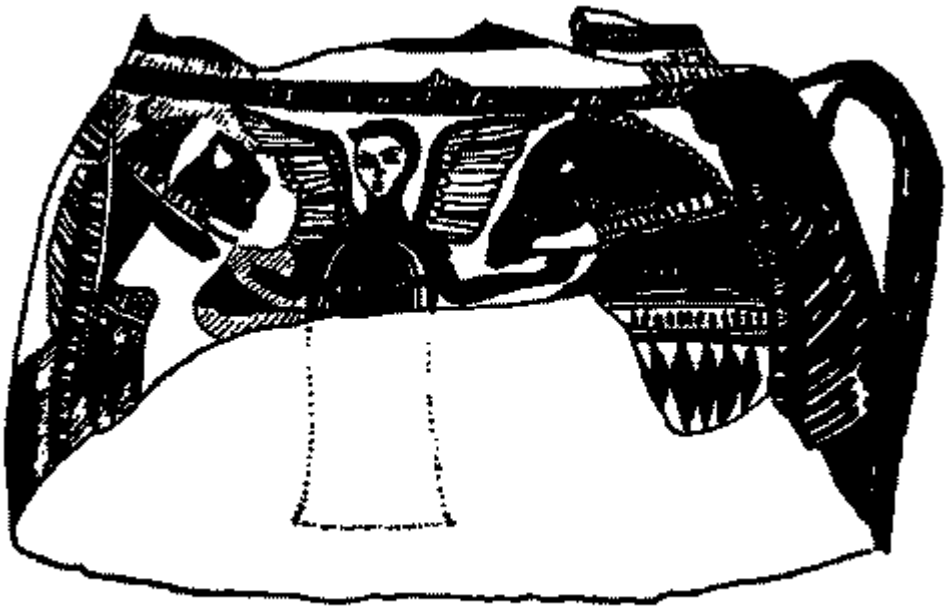
Los recientes estudios sobre las religiones de los pueblos primitivos de la Península permiten asegurar que el fondo y la forma de la religión de los iberos son mediterráneos. En Avieno se recogen testimonios de cultos astrales, solares y lunares en promontorios e islas; los emblemas de lunas, crecientes y estrellas en lápidas y monedas ibéricas señalan los mismos cultos y la misma ideología.

Se conocen más de doscientos epígrafes romanos de divinidades indígenas, pero todos son de la Meseta y del noroeste; la falta de un alfabeto céltico explica el hecho de que estos nombres aparezcan en lápidas de época romana ya avanzada. En cambio, la rápida romanización de los iberos debió hacerles perder sus cultos propios, y al no haber sido descifrado el alfabeto ibérico nos quedan en el anonimato los posibles nombres de divinidades que se hallen en las lápidas.

Es posible que nombres de divinidades conservados en lápidas romanas procedan de un sustrato precelta, al cual pertenecían los de las divinidades de santuarios mencionados en el *Periplo.*

Otros accidentes costeros tuvieron santuarios dedicados a una divinidad marina del tipo de Astarté-Venus, mostrando con ello la existencia de un sincretismo que testifican por otra parte los templos de Gadir y Villaricos y las representaciones de Tanit, así como los templos de Kronos-Moloch y de Melkart en Gadir, servidos éstos por sacerdotes a la manera oriental. La figurilla de Deméter hallada en una tumba de Galera, cuyos modelos se hallan en Haghia Eirene (Chipre) y Solunto (Sicilia), patentiza el orientalismo religioso de que estaba imbuida la sociedad turdetana.

De antiguo origen mediterráneo es el culto al toro, que arraiga desde la época de Gerión y tiene su exponente en las figuras de los santuarios baleáricos (como el de Costitx) y otros andaluces.



36 La «diosa alada» (fragmento de cerámica de Elche).

El culto a la paloma, en la que ésta personifica a la Diosa Madre de la fecundidad y las sacerdotisas oferentes que presentan el pájaro a la divinidad, es paralelo a aquél.

La misma idea mediterránea ofrece la floración de leones, bichas, esfinges, etc., y los santuarios levantinos en relación con la Artemis esfesia, Zeus y Cronos-Saturno.

A la tradición helénica se adscriben las diosas aladas representadas en la decoración de la cerámica de Elche, los relieves de la Pothnia Theron y de la Pothnia Hyppon, así como las escenas de la *phiale* de Tivissa. La domadora de Elche aparece entre caballos rampantes, en composiciones inspiradas en la del Templo B de Primas, de fines del siglo VII antes de J. C. y en otra de Arcades (Creta). La misma divinidad aparece en los pendientes de Santiago de la Espada. Su pareja masculina aparece en varios relieves, en su mayoría del área ibérica (Villaricos, Sagunto, Mogón, Balones, etc.), aunque también en la céltica.

El santuario del Cigarralejo estuvo asimismo dedicado a la Pothnia Hyppon, cuyo torso se halló junto a una mano sosteniendo palomas, igual que alguna diosa de Elche o la de Santiago de la Espada; su origen se halla en el santuario de Artemis Orthia de Esparta.

El sincretismo de la ideología religiosa mediterráneo-céltica aparece en el «bronce Carriazo», que representa una divinidad cuyo cuerpo arranca de la unión de dos *protomos* de ave y que sostiene un triángulo en cada mano. Esta figura se interpreta como la diosa de la fecundidad, derivada de la identificación de Hathor con Isis; los triángulos son la esquematización de la flor del loto y los *protomos* de ave representan la barca solar céltica. La mezcla de ambos elementos se debió de realizar en una zona de contacto —acaso fuera Tartessos —, lo que explicaría asimismo los símbolos orientales de las placas de Carmona, los calderos con *protomos* de grifos y los grifos sobre lotos del cinturón de Aliseda, sobre los que nos interesaremos más adelante, lo mismo que el Cerro del Berrueco (prov. de Salamanca) y Sanchorreja (prov. de Ávila). En este último ejemplo, igual que en un *pinax* de Ibiza, de hacia 650-600 a. de J. C., la diosa ha sido sustituida por el árbol sagrado. Es éste el mismo árbol que aparece en la cerámica pintada de Azaila y en una placa hallada en Despeñaperros.

37 Escenas simbólicas de culto (de una pátera de Tivissa).

La *phiale* de Tivissa es una pieza clave para el conocimiento de la religión ibérica. Es de plata sobredorada y lleva soldada en el centro una cabeza de león; alrededor se desarrollan varias escenas trabajadas a buril. La principal la forma una divinidad infernal (Hades), a la que un personaje ofrece el símbolo de la inmortalidad; un centauro —hijo de la Tierra —; una figura acurrucada, como las de la Tumba de las Harpías de Xanthos; un gato montes y varios jabalíes. Un segundo grupo lo forman tres daimones (muy semejantes a los lase etruscos), uno de los cuales sacrifica una oveja, otro recoge su sangre y un tercero soporta el trípode quemador de perfumes. Sus paralelos ibéricos aparecen en un anillo de Tivissa, en las cerámicas de Elche y en los pendientes de Santiago de la Espada. El tercer grupo lo forman un jinete con lanza y escudo galopando hacia un león que devora a un jabalí; el sentido funerario de la caza parece claro, así como el carácter infernal de la cabeza del león del centro de la *phiale.*

En otras páteras ibéricas de Tivissa, Perotitos, Toya, etc. se ofrece el *gorgoneion* central que se correspondería con prototipos directos de Ras Shamra y Creta. A pesar de sus orígenes e influencias orientales y etruscas, la pátera se considera como una creación autóctona que puede fecharse entre el siglo IV a. de J. C. y a principios del siglo II a. de J. C., fecha en que el poblado fue destruido.

Los santuarios

Conocemos algunos lugares sagrados del sur y Levante, donde el culto a la Naturaleza debió predominar sobre las formas concretas de la religión antropomorfa. Estos lugares fueron, además, centros de vida, de comercio y de arte al servicio de los fieles; su función fue muy amplia: política, social, artística y capaz de organizar estructuras suprapolíticas. La atracción de los santuarios y las peregrinaciones explica la presencia de exvotos de un arte distinto al oficial del propio santuario. Más que un templo se trata de un *thesauros,* destinado a almacenar las ofrendas de los devotos, y acaso las damas oferentes sean no sólo sacerdotisas, sino más bien princesas ataviadas para la ceremonia.

Las ofrendas eran frutos de la tierra: panes, palomas, aceite, hidromiel y, sobre todo, los exvotos en que el creyente buscó perpetuar su figura ante la divinidad, solicitando de ella una función bienhechora. Siendo una religión naturalista, su finalidad era procurar la salud, desde el aspecto cósmico al agrario, desde el individual al colectivo.

La situación de los santuarios debió supeditarse a condiciones naturales que facilitaran la aparición de los númenes. Algunos se hallan en puntos altos, otros junto a cuevas, en parajes abruptos y cerca de manantiales. Las ceremonias hubieron de ser, en definitiva, actos de afirmación de unidad suprapolítica, y la extirpación de estos hogares de resistencia y nacionalismo hubo de ser un empeño de los conquistadores. Casi todos ellos fueron total o parcialmente destruidos con las campañas de Aníbal; los romanos, al parecer, usaron de una política más suave de contemporización.

De los santuarios andaluces los más famosos son el Collado de los Jardines (Santa Elena, prov. de Jaén) y Castillar de Santisteban (prov. de Jaén), debido a su gran cantidad de exvotos de bronce.

En el primero se hallaron dos templos superpuestos en terrazas artificiales; el primer templo quedó arrasado en las campañas anibálicas y sobre él se alzó el segundo, que duró hasta época romana.

El de Castillar es un enorme covacho, delante del cual aparecieron los exvotos en el área sacra con una escalinata tallada en la roca. El tipo de sus ofrendas los emparenta con el santuario de Nuestra Señora de la Luz (Murcia). La zona sacra es una explanada entre barrancos y está en relación con habitaciones del siglo III antes de Jesucristo. Otro grupo lo forman el Cerro de los Santos y el Llano de la Consolación (Montealegre, prov. de Albacete); su característica es la gran escultura en piedra representando oferentes. En el primero se hallaron los restos de un *thesauros* rectangular, con amplio pórtico de fachada similar a un templo *in antis;* dos capiteles jónicos fechan en el siglo V a. de J. C. el núcleo original del santuario. En el Llano de la Consolación aparecieron elementos dispersos: fragmentos de cornisas ibero-griegas, capiteles jonios y fragmentos de gran escultura.

Recientemente se ha excavado el santuario del Cigarralejo (Mula, prov. de Murcia). En la necrópolis se ha descubierto un conjunto de viviendas, en una de las cuales —en un nivel inferior correspondiente a la estructura antigua del santuario — se hallaron los exvotos. Su época más antigua es de fines del siglo v a. de J. C., alcanzando hasta las guerras anibálicas; se reconstruyó de nuevo y desapareció en el siglo II antes de J. C., levantándose encima el poblado romanizado.

La peculiaridad de este santuario es la dedicación casi exclusiva de las ofrendas a representaciones equinas, acusando con ello un culto a una divinidad protectora de los caballos.

Más al norte, se conoce otro santuario, el de La Serreta de Alcoy (prov. de Alicante), cuya área sagrada se reconoce en una edificación arrasada del poblado. Sus

exvotos de terracota muestran una impronta púnica, igual que otros del área valenciano-catalana (Sidamunt, prov. de Lérida). El santuario estuvo en uso durante la romanización, pero la vida del centro primitivo se rigió por influjos púnicos semejantes a los de Ibiza, con cuyo arte está muy vinculado.

En general, las fechaciones de los santuarios se han basado en los estilos de su escultura y su cerámica. La mayoría de ellos llegaron hasta época romana, mientras que las fechas iniciales de algunos nos llevan al siglo v antes de Jesucristo.

La Vida De Ultratumba

El ritual funerario

A comienzos de este siglo se tomaban en bloque las tumbas del área ibérica y las célticas de la Meseta, ralacionándolas por la tipología de sus ajuares y por la similitud de sus ritos. Hoy, nuestra visión se ha ampliado gracias a excavaciones científicas y al descubrimiento de materiales ibéricos dentro del área cultural céltica y viceversa.

La base de la incineración ritual funeraria se halla por un lado en los campos de urnas, y por otro en las influencias del Mediterráneo oriental. La disposición general es el enterramiento en urnas, con las cenizas del cadáver en su interior, y depositado en un hoyo en el suelo *(loculus),* con el ajuar y las ofrendas a su alrededor. Las tumbas se agrupan en desorden, frente a las de la Meseta, donde se aprecia un trazado en calles. Pero esta disposición sufre muchas variaciones, y, por ejemplo, en Andalucía suele recibir la adición de un túmulo. Posiblemente, los sepulcros tumulares andaluces representan el panteón de la realeza tartessio-turdetana.

En ellos la cremación del cadáver se efectuó en piras al exterior en ustrina; luego se colocaron los restos de las cenizas en la urna, y ésta, con las ofrendas, en los bancos, nichos y fosas del interior de las cámaras. El hecho de haberse hallado ruedas partidas en algunas tumbas andaluzas y la falta del cadáver, excluye que se hubieran inhumado y transportado en carros fúnebres los despojos mortales; se trata seguramente de carros desmontados y ofrendados al muerto. Terminada la deposición de la urna y del ajuar, se bloqueó la entrada de forma que pudiera abrirse para una nueva ceremonia fúnebre.

Los textos antiguos nos mencionan algunas prácticas de honras fúnebres entre los pueblos del sur, especialmente entre los lusitanos. A la muerte del caudillo Viriato, el cuerpo del jefe, adornado con sus mejores vestiduras y armas, se quemó en una alta pira; apenas ardió el fuego, los guerreros iniciaron una frenética danza alrededor de la pira, mientras que los jinetes en escuadrones evolucionaban en marchas fúnebres. Así los bardos cantaron las glorias del héroe; luego, al consumirse la pira, las honras siguieron con luchas por parejas sobre la sepultura, en número de doscientas.

La ceremonia del común de los mortales hubo de ser sin duda más sencilla. Las armas y ofrendas sufrieron por lo general la acción del fuego; luego se colocaron dentro de las urnas o a su alrededor. Las falcatas aparecen comúnmente dobladas, los *soliferrea* retorcidos, igual que las jabalinas y las armas largas; los cascos, para evitar la reutilización o la violación, fueron abollados.

Algunas inscripciones ibéricas reiterativas pudieron ser fórmulas mágicas para precaver contra todo mal al difunto y condenar a los violadores. Entre las estelas conocidas destaca un *betilo* de La Pedrera de Balaguer y las burdas estelas que señalan el emplazamiento de las tumbas en Ensérune; auténticas lápidas funerarias o conmemorativas aparecen en el área de los iberos de la región de Valencia y Cataluña (por ejemplo, las de Cabanes y Sinarcas).

Las necrópolis y las sepulturas

Sur de Francia y Cataluña. Hacia mediados del primer milenio conviven en el sur de Francia dos tradiciones funerarias: la inhumación y la incineración; la primera representa el principio de la cultura de La Tène; la segunda, el final. Las dos necrópolis clave para el conocimiento del área del Midi son Le Cayla de Mailhac (Aude) y Ensérune (Hérault).

En Cayla, desde el año 750 a. de J. C. hasta el siglo v a. de Jesucristo se suceden las necrópolis que corresponden a distintas fases del poblado. La de Moulin (750-650 a. de J. C.) es un típico campo de urnas hallstático; la de Grand Basin I (650-550) pertenece aún al ciclo indígena sin contacto con los griegos; sus enterramientos son de incineración dentro de urna y cada fosa corresponde a un osario. Grand Basin II (550-475) tiene ya importaciones áticas y su rito es distinto: el enterramiento se efectúa en fosas locolus de las dimensiones de la urna y ésta se cubre con cenizas y carbones. Las ofrendas son escasas y su aparición permite distinguir entre las «tumbas de guerrero», con urna y ajuar, y las tumbas pobres, a veces sin urna y con los huesos quemados y colocados en el hoyo.

La necrópolis de Ensérune II permite seguir la cronología de la Cayla en adelante y distinguir las diferencias del ritual. La primera etapa (h. 425-325) muestra dos formas de ritual de enterramiento de la urna en loculi con vasos áticos de figuras rojas del 360-325 a. de J. C., o bien en una urna y casi sin cerámica. La fase II, del 325 al 220 a. de J. C., muestra un ritual de *urnenfelder* retardados con ofrendas de La Tène II y con el osario en forma de una crátera suditálica o en urna gris negruzca, decorada con motivos geométricos de supuesto origen céltico.

Estas dos estaciones languedocienses son de alto interés para comprender el ritual en el área catalana, ya que aquí se repiten las mismas formas. Las necrópolis indígenas de Emporion (necrópolis Parallí y la de la Muralla Noreste) muestran cambios semejantes a los de la Cayla. La necrópolis Parallí es un campo de urnas del tipo de Grand Bassin I y Agullana. La etapa siguiente la ofrece la necrópolis de la Muralla Noroeste, análoga a Grand Bassin II con importaciones áticas; las urnas se hallan en *loculi* de tierras quemadas. Es muy sintomático el hecho de que en estas tumbas se señalaron algunos casos de inhumación, puesto que las tumbas griegas de la necrópolis del Portitxol —las más antiguas de la factoría griega — corresponden a la fase de la Palaiapolis (h. 580 a. de J. C.), según parece. Se han considerado como indígenas ciertas tumbas de incineración de la necrópolis Martí de Emporion, rodeadas de otras de inhumación con ajuares griegos. La falta de unidad ritual en estas necrópolis hace pensar en una diferenciación social más que étnica, si bien el fenómeno aún no está nada claro.

El paralelo catalán con Ensérune II lo hallamos en Cabrera de Mataró (prov. de Barcelona). En esta necrópolis las sepulturas formaban núcleos dispersos y cada grupo estaba compuesto de dos urnas funerarias, algunas de ellas cráteras suditálicas con sus ofrendas: platos con residuos alimenticios, huesos de ave, conchas de mariscos, espinas de pescado, cascaras de huevo, etc. Las armas se hallaban al lado de las urnas y mostraban huellas de fuego. La fecha de esta necrópolis laietana se inscribe entre los años 350 y 300 antes de Jesucristo.

Más hacia el sur, en Vendrell (prov. de Tarragona), la necrópolis de Ca'n Canyis, recién descubierta, aporta escarabeos de principios del siglo V a. de J. C., o acaso de fines del VI a. de J. C. La sepultura de Coll del Moro, de aspecto tumular, muestra el influjo céltico y greco-púnico sobre el elemento tradicional y el aclimatado de los campos de urnas. El enterramiento de inhumación de Coll del Moro, fechado por un *kylix* ático del siglo IV a. de J. C. y cerámicas «protoibéricas», ha de ponerse en relación

con los del Bajo Aragón que contienen urnas en su interior. Un ambiente semejante hallamos en las necrópolis de La Pedrera de Balaguer (prov. de Lérida). Lo poco que de ellas se conoce muestra las fases correspondientes del poblado a partir del siglo VIII a. de J. C., pero el rito de la incineración perduró aún con la introducción de cerámica a torno desde el siglo v al siglo II antes de Jesucristo. Las necrópolis que corresponden a la fase ibérica han brindado rico ajuar en vasijas y armas, cascos y bocados de caballo. Quizá correspondan a ellas los enterramientos de caballos dentro de las tumbas; unas son de caballo, sin que queden restos de los jinetes, pero dos tumbas muestran dos caballos en cada una y sus cabezadas de bronce ofrecen paralelos con las tumbas de carro galas y etruscas.

El valle del Ebro. Aparte de La Pedrera no es posible señalar aquí una necrópolis que corresponda a la fase ibérica pura. Las necrópolis del Bajo Aragón y provincia de Lérida (Seros) que se conocen arrancan de la Hü*gelgräberkultur,* la fase más antigua corresponde al Roquizal del Rullo (Hallstatt C-D), y la más moderna a San Cristóbal de Mazaleón. En general, se trata de túmulos de incineración, con cistas rectangulares de losas de piedra, conteniendo en su interior la urna. Se cierran con una pared tosca, circular. Sobre la cista había un relleno de piedras y el conjunto estaba cubierto por un pequeño túmulo de piedras y tierra. En ocasiones, la cista se cubre con un enlosado (como en la necrópolis de Azaila); otras veces la cista es de grandes proporciones (como en San Cristóbal de Mazaleón), o bien queda rodeada de un túmulo sujeto por un círculo de grandes lajas (Cabezo de Monleón de Caspe).

El tipo más antiguo parece ser el de cistas de losas que evolucionará al de cistas con pared de manipostería (tipo de Mas de Flandí). El origen común es muy viejo, aunque el rito de los campos de urnas parece alcanzar hasta la época de la iberización en la necrópolis de Azaila.

Valencia. Del área adscrita a los edetanos en la provincia de Valencia, se señala una necrópolis: Oliva. Sus sepulturas de incineración muestran dos tipos de urnas; unas, célticas, a mano, y otras, ibéricas, a torno. En ella perduran formas derivadas de los *urnenfelder y* de la cerámica excisa, así como el uso de broches de cinturón y fíbulas hallstáticas. Parece que debe de tratarse de penetraciones célticas del Bajo Aragón y de una fase posterior de iberización retardada. En cambio, en los campos de urnas de El Boverot (Almazora) y Els Espleters (prov. de Castellón) no parece que se llegara a la fase de iberización.

Los cementerios de la Albufereta y el Molar se hallan situados en la provincia de Alicante, área de los contéstanos. En la primera, cuyos orígenes son del siglo v a. de J. C., la cremación del cadáver se realizó en forma muy particular. El cadáver se quemó hallándose en posición vertical, dentro de un pozo, cuyo fuego era alimentado por aire conducido por unos tubos de cerámica que llegaban al fondo; sobre las urnas entibadas con piedras y tapadas con losetas se echó tierra y encima se colocó una capa de ocre y conchas. Entre los ajuares destacan los típicos *braserillos* y determinadas armas relacionadas con los tipos de la Meseta.

El Sudeste. El conjunto de necrópolis de Murcia y Albacete se caracteriza por su homogeneidad y lo reciente de su excavación, lo que presta un gran valor cronológico al arte ibérico de estas zonas. Las necrópolis de Llano de la Consolación, Hoya de Santa Ana, Cigarralejo y Cabecico del Tesoro de Verdolay llenan la zona de hallazgos escultóricos del país de los deitanos y parte del de los contéstanos.

En Llano de la Consolación se ha explorado la necrópolis de la Viña de Marisparza, donde aparecieron sepulturas de incineración con el ajuar de guerreros ibéricos y cerámicas áticas del siglo V-IV antes de Jesucristo. En ella y en algunas de las demás (por ejemplo, en El Cigarralejo) se comprueba un hecho interesante: la

presencia de túmulos con encachado tumular sobre las urnas. Las sepulturas se hallan debajo, alrededor y encima del túmulo, lo cual indica que hubo diversas fases de utilización de la necrópolis. Dentro de una tumba apareció una urna sepulcral con un *kylix* del siglo IV antes de J. C.; otra semejante se halló sobre el encachado, y alrededor del mismo se dispusieron otras urnas con vasos ibéricos de decoración lineal.

Más de 300 sepulturas se han descubierto en la Hoya de Santa Ana, que abarcan desde el siglo V a. de J. C. hasta época imperial. Además de las sepulturas semejantes a las anteriores, aquí hay también urnas aisladas, en *loculi* o en agujeros donde se recogieron las cenizas con el ajuar. En un caso, el enterramiento y el ajuar se depositaron sobre la misma pira *(bustum)* de cenizas de ramas de almendro y se cobijó bajo un edículo de grandes sillares.

Entre las piezas de ajuares destaca el «vaso de los dragones», así como plaquitas de hueso con esvásticas, grecas y flores de loto, además de un vaso agallonado decorado con varios *omphaloi.*

En El Cigarralejo las urnas se colocaron en hoyos, y a veces se cubrieron con el encachado tumular, de plantas ovales o rectangulares. Las urnas son de tipo ibérico o de ascendencia céltica, como es el caso de las de un collarino en relieve. Entre los ajuares femeninos destacan las piezas de hueso con círculos, punzones, collares de pasta vitrea, espejos, etc. La guía cronológica la ofrecen las cerámicas áticas, la superposición de sepulturas y el hallazgo de fragmentos escultóricos arcaicos en los encachados tumulares.

En 1943-44 se habían excavado en el Cabecico del Tesoro más de 400 sepulturas, cuyas fechas más antiguas corresponden al siglo v antes de Jesucristo. En el año 237 a. de J. C. la necrópolis fue devastada y volvió a utilizarse de nuevo, aprovechándose aquí también fragmentos escultóricos antiguos para entibar las urnas más recientes. Las cerámicas áticas, púnicas y campanienses completan el elenco de las indígenas, entre las cuales destacan el «vaso de las cabras», el de los «peces» y algunas figurillas de terracota. Destaca asimismo el gran número de falcatas, espadas de antenas y de La Tène II, igual que las cuatro piezas de placa de cinturón con un águila sobre una paloma.

Alta Andalucía. Lo más extraordinario de las necrópolis de esta zona es su monumentalidad, que las enlaza más con las etruscas que con los sepulcros megalíticos precedentes. Así ocurre con la utilización de la falsa bóveda, lograda con escocias curvas, y la aparición de aparejo pseudopoligonal o rectangular. Hay un hiatus técnico que sólo puede salvarse pensando en un influjo extranjero cuyo rastro desconocemos.

De todas ellas, las más espectaculares han sido las de Villaricos (prov. de Almería), Basti (Baza, prov. de Granada), Tútugi (Galera, prov. de Granada), Toya (Peal de Becerro, prov. de Jaén) y Tozar, Baena y Almedinilla (prov. de Córdoba). A ellas es preciso añadir las de La Guardia (prov. de Jaén) y Los Castellones de Ceal (Hinojares, prov. de Jaén), descubiertas a partir de 1955.

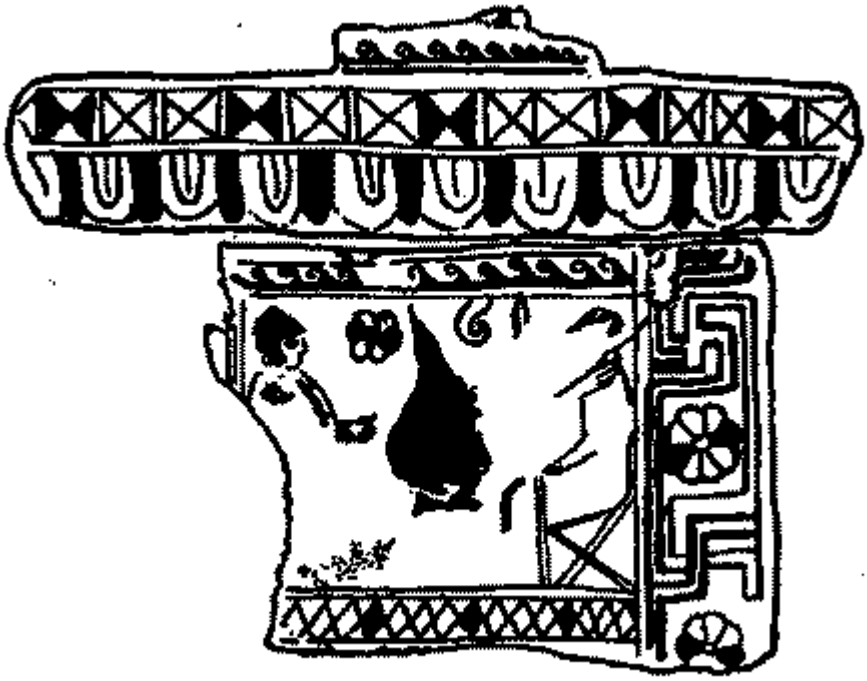
En Villaricos, situada en la zona de confluencia de colonos e indígenas, se puede establecer una secuencia gracias al paralelo que aporta Ceal. Hay un tipo de incineración en fosa rectangular, semejante al de Ceal, donde quedan por debajo de las incineraciones en urna sobre cenizas. En su fondo tienen un recinto rectangular, donde se incineraba el cadáver; luego se recogían los restos y se colocaban en la parte superior, sobre las losas que lo cubrían. Su ajuar lo forman cascaras de huevo de avestruz pintadas y lucernas de arcilla de tipo púnico del siglo VI-V a. de J. C., anillos, escarabeos, etc. Las ánforas, pequeñas, de asas anulares, reticuladas y con banda central, semejan las de Cruz del Negro y tienen origen paleopúnico.

Contemporáneas de éstas son doce tumbas de inhumación en fosa, con el esqueleto en sarcófago de madera y ajuares semejantes; completan, con aquéllas, la fase

antigua de la necrópolis las tumbas de manipostería.

La etapa más reciente de Villaricos la constituyen 425 sepulturas de inhumación y las tumbas de incineración con cerámica pintada en el estilo de la Alta Andalucía, con materiales desde el siglo IV al I a. de J. C., mal sistematizados. Los ajuares de los inhumados en fosas —a veces antropoides, con nichos en las paredes — incluyen cascaras de huevo de avestruz, grandes ánforas y otros materiales, que alcanzan hasta el siglo II antes de Jesucristo.

En la necrópolis de Tútugi (Galera), las 150 tumbas se disponían en tres zonas, una de las cuales ofrecía las más monumentales y ricas en ajuar. Se dio por supuesto que las otras dos serían las de la clase media y del pueblo en general, pero al aparecer otras menores en el recinto noble, se consideró que éstas deberían pertenecer a los servidores de los príncipes. Los sistemas de enterramiento eran muy variados. Había urnas con cremaciones individuales —que en ocasiones iban colocadas en cajitas rectangulares —, urnas sin cistas, incineraciones sin urnas, en hoyos revestidos de cal, etc., etc. Junto a estos tipos simples había las tumbas bajo túmulo y con cámara de plantas muy variables. Unas, individuales o colectivas, con planta de «aljibe», reforzaban los muros con tierra, piedras, manipostería, losas, maderos, etc.; otras, de planta rectangular y corredor lateral, a veces estaban excavadas en la roca.



38 Cista de caliza de la tumba 76 de Galera, con restos de decoración pintada.

Las cámaras poseían bancos, muretes y tabiques donde se depositaban las urnas y los ajuares; en otros casos se colocaba el ajuar en zanjas alrededor de la cámara o en fosas interiores cubiertas con losas. Aún se señala otro tipo de planta circular con corredor, bajo túmulo y con incineración colectiva. Una de ellas estaba revestida de cal y su zócalo se hallaba pintado en color rojo; en ella el enterramiento más antiguo mostraba los huesos carbonizados recogidos en un tejido de esparto, de donde pasaron a la urna junto con el ajuar.

Otra sepultura suntuosa presenta una columna central sosteniendo las grandes losas del techo; su ajuar lo formaban pequeñas cistas de caliza con escamas pintadas y varias vasijas, entre ellas cráteras griegas. La tumba n.° 82 ofreció tras el bloqueo de la entrada varias armas sobre el suelo; en el centro de la cámara, en una fosa había varias

cráteras áticas de campana y armas. En conjunto, las fechas más antiguas de esta necrópolis son del siglo V a. de J. C. y las más modernas son del siglo I antes de Jesucristo.

En Toya (Peal de Becerro) se localiza la sepultura mayor de cuantas se conocen hasta la fecha. Su planta es trapezoidal y estaba dividida en tres naves y cinco departamentos, como otras ya destruidas de Almedinilla y Basti. Su puerta estaba formada por monolitos que sostenían un dintel; la habitación central comunicaba con las laterales, y en su interior había un banco corrido con un nicho al fondo. Una cornisa alta remataba los muros laterales por el interior; el techo estaba formado por grandes losas y las jambas de las puertas se veían recortadas en curva en sus dos sillares altos, formando un falso arco apuntado.

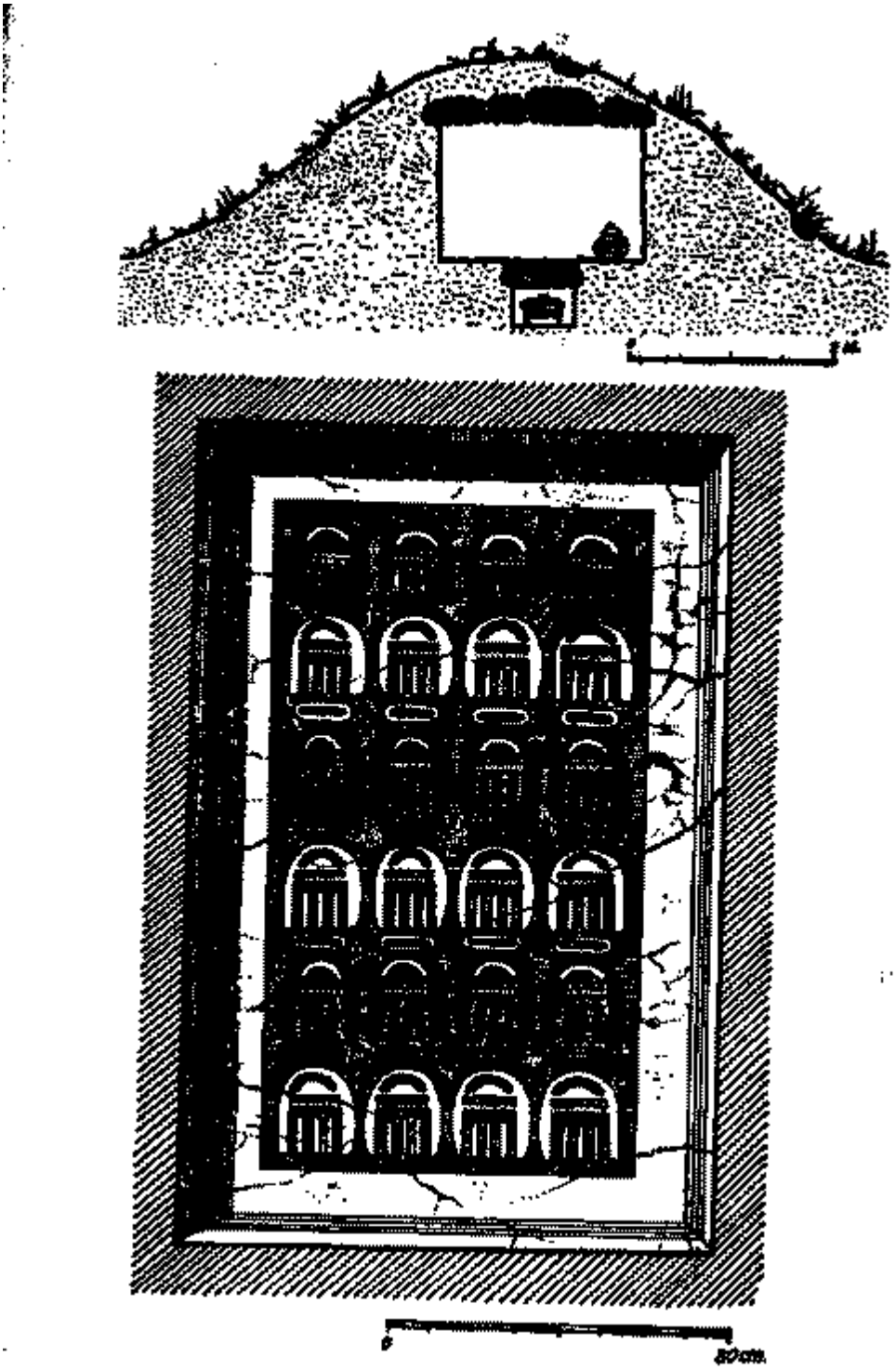
La nave izquierda tenía un vestíbulo con puerta rectangular en la que encajaba una puerta de madera; en el fondo había un banco y sobre él un nicho elevado. La habitación derecha ofrecía una antecámara con bancos en dos muros y un nicho en el fondo de la cámara mostraba una hornacina; en la pared derecha había una repisa con un tablero de pie dra sostenido con un pie adosado al muro. La tumba estaba pavimentada con losas de caliza y el aparejo de los muros era de sillares de caliza local, escuadrados, colocados a seco, alguno de ellos con la técnica del almohadillado o esquinado, encajado con cuñas.

El ajuar es impresionante: esculturas de piedra, cajitas de caliza pintadas, armas, medallones de metal dorado, sítulas de bronce, fíbulas, joyas de oro y un lote de piezas de trabajo (como hoces de cubo y sierras). Sin embargo, el hallazgo más espectacular lo forman los restos de un carro y los arreos de caballo, propios de una tumba principesca. Tenemos en esta tumba el sistema de arquitectura funeraria más completo que se conoce en Iberia, y su obra técnica patentiza una maestría que sólo puede compararse con la arquitectura etrusca.

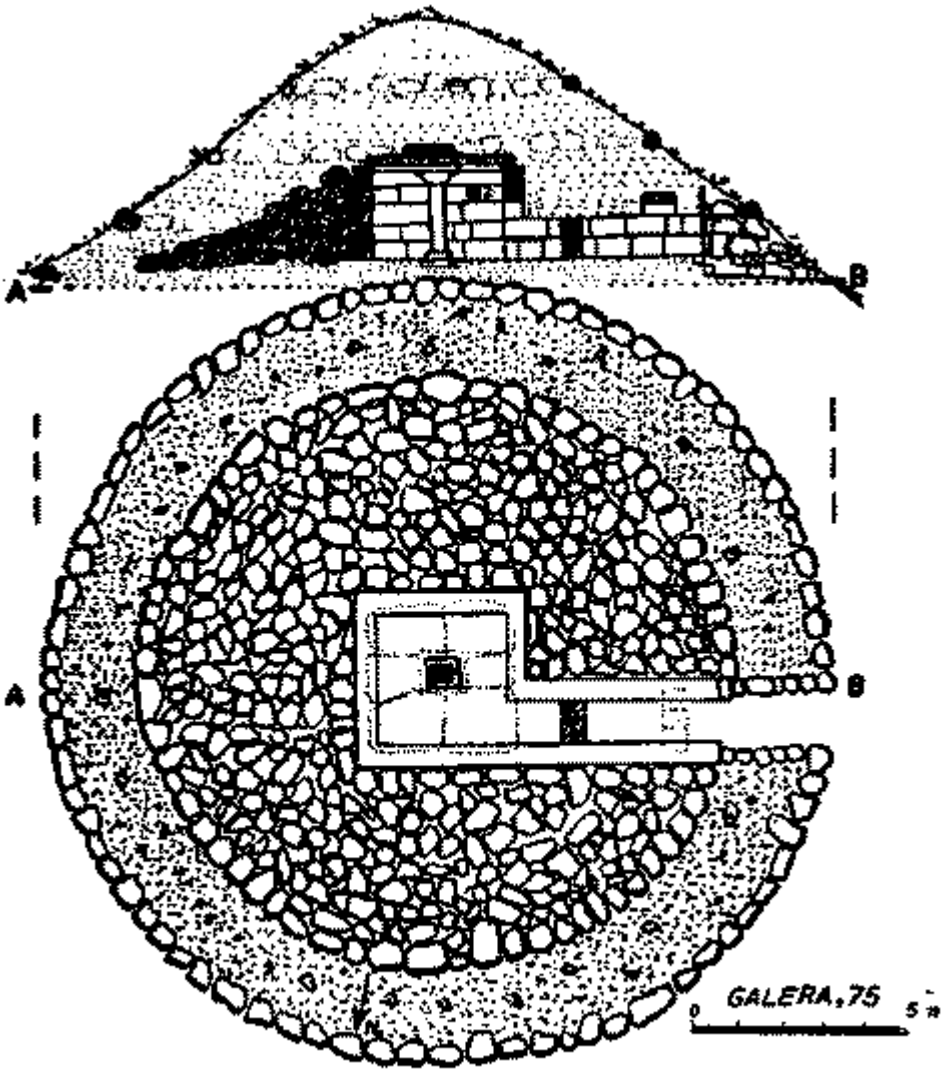
A su lado se hallaron otras tumbas sencillas, formadas por urnas sobre un *bustum de* cenizas y con ofrendas y armas.

De la necrópolis de Ceal conocemos los resultados iniciales de la excavación. Una sepultura estaba formada por una cista cubierta de una losa y cuatro hileras superpuestas de adobes; otra, de cámara rectangular, con lajas de arenisca recubiertas de adobes y piedras, presentaba en su fachada una decoración con pinturas al fresco formando en el zócalo semicírculos y palmetas. El hallazgo de sepulturas célticas en un estrato inferior señala la base de la población en el siglo VI antes de Jesucristo.

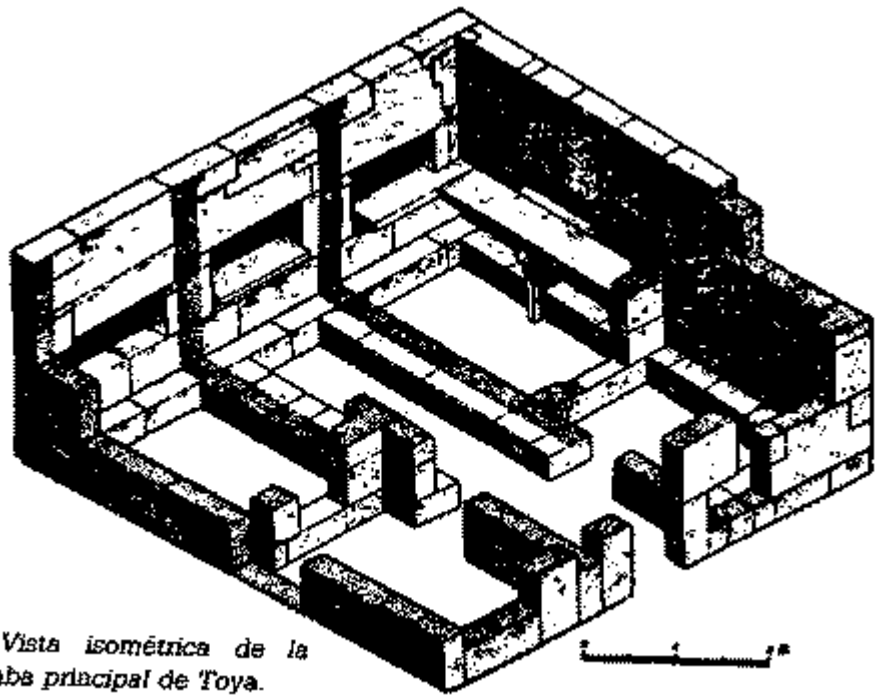
Cuatro tipos de sepulturas se hallaron en La Guardia, en la misma provincia de Jaén: a) pequeñas tumbas de mampostería, rectangulares, con un banco interior en el que se colocaron las urnas y las ofrendas. Entre ellas había cuencos, ánforas, cuchillos de hierro, broches de cinturón con un garfio, fusayolas, un *aryballos* vidriado, cuentas de pasta vitrea, etcétera; b) cremaciones en urna, colocadas en una cavidad; c) dos inhumaciones en un nivel por encima del de las cremaciones; d) cremaciones dentro de una cista.



39 Sección de una tumba de Galera con decoración pintada en su pared interior.



40 Planta y sección de la tumba 75 de Galera.

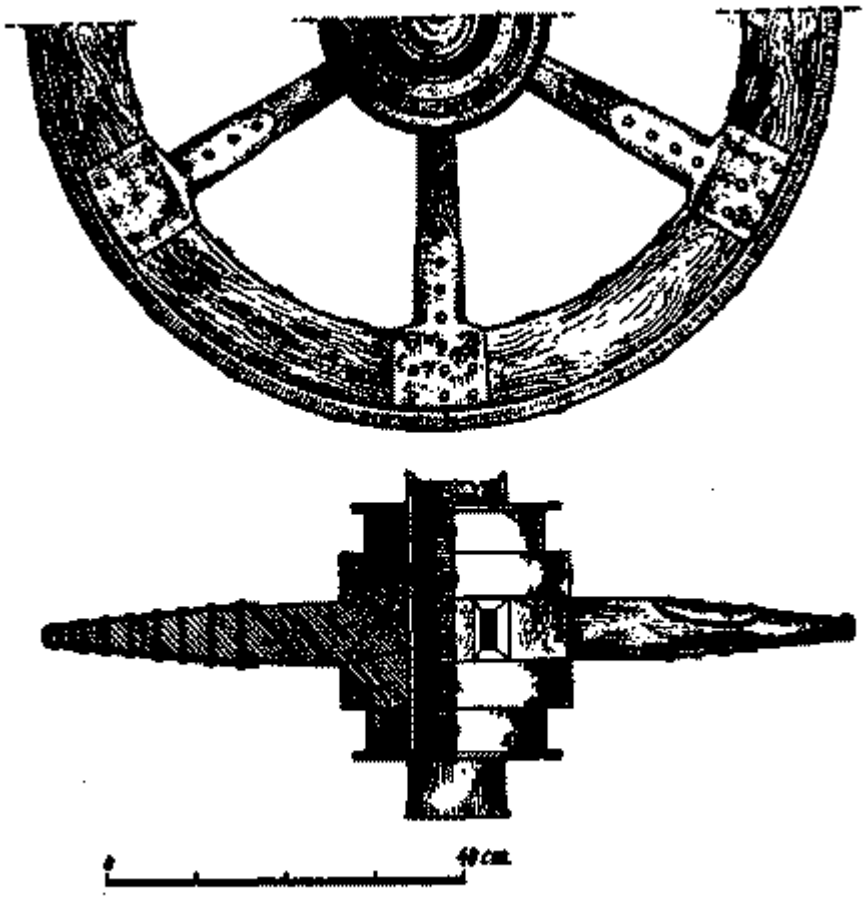


41 Vista isométrica de la tumba principal de Toya.

La fecha del cementerio la ofrecen los hallazgos de *kylikes* decorados con figuras rojas, del siglo IV a. de J. C.

Baja Andalucía. Sólo se conocen aquí las necrópolis excavadas por George Bonsor entre Carmona-Mairena y Setefilla (Lora del Río, prov. de Sevilla). En ellas se mezclan los ritos de incineración e inhumación bajo grandes túmulos, y sus ajuares muestran la simbiosis de celtismo y orientalismo en unas fechas que hay que centrar entre los siglos VI y V antes de Jesucristo. Acaso se trata de túmulos de celtas orientalizados, pero lo cierto es que no reconocemos nada posterior al siglo V en esta necrópolis. En algunos túmulos aparecen materiales púnicos y vasijas ibéricas según el tipo de decoración de bandas de la Alta Andalucía, que acaso pudieran indicar una reutilización de las sepulturas.

En el Acebuchal hay túmulos de incineración con las cenizas recubiertas con fragmentos de ánfora de tipo púnico, y otras en que prevalece el rito de inhumación en fosas de manipostería. El primer tipo se observa también en Alcantarilla, donde se asocian a él cerámicas ibero-turdetanas, y en Cruz del Negro, la más compleja y mestizada de todas ellas.



42 Reconstrucción de una rueda de carro de la tumba de Toya. Diámetro, 90 cm.

CAPÍTULO VIII

ARTE IBÉRICO

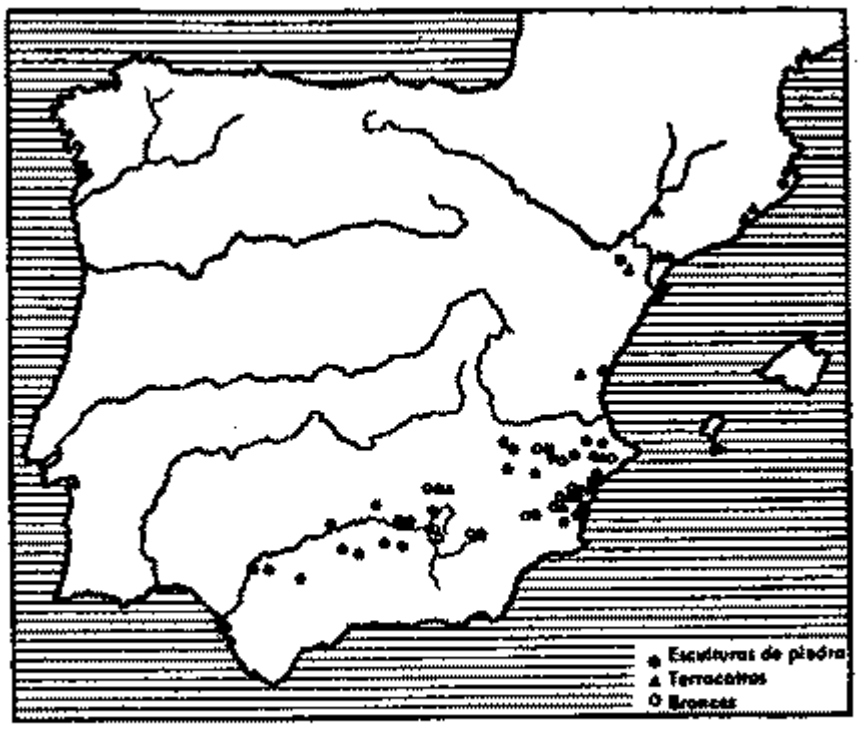
En los capítulos precedentes hemos procurado poner de relieve que no existe una unidad, excepto en el alfabeto, en el área entre Andalucía y el Ródano. Esta diferenciación de focos regionales individualizados se acentúa al estudiar el arte de los pueblos ibéricos.

En efecto, la escultura aparece sólo en Andalucía y sudeste, y el área de la escultura humana no alcanza más al norte de Alicante, lo cual explicará la semejanza de talleres y de escuelas. En la pintura vascular, aparte del fondo común de cerámicas con decoración geométrica, aparecen otros centros locales de decoración zoomorfa y humana; la primera ocupa sólo el sudeste, y la segunda se extiende por el sudeste, región valenciana y valle del Ebro.

Finalmente, las artes del metal tienen un ambiente restringido en Andalucía central y occidental, y la joyería de estas regiones es más tartessia que ibérica.

Teniendo esto presente, pasemos a otra cuestión fundamental del arte ibérico: su cronología. La falta de excavaciones con garantía había obligado a ceñir la cronología al estudio de la evolución estilística. La evidencia de los estímulos fenicios y griegos en los estilos ibéricos ha hecho ver en ellos el origen del arte indígena; para la época final del arte ibérico se ha considerado que entraba de lleno en la romanización.

El profesor García y Bellido ha influido a ambientar el *floruit* del arte ibérico en fechas lindantes con la romanización; ha sido una tendencia rebajística que está siendo revisada. Distinguió tres períodos: 1) el griego provincial, del siglo V al III a. de J. C.; 2) la plenitud de desarrollo indígena, desde fines del siglo III al I a. de J. C.; 3) el romano-provincial, entre el siglo I a. de J. C. y el siglo IV después de Jesucristo.



43 Hallazgos de escultura en piedra de época ibérica (según E. Cuadrado) y distribución de los exvotos de terracota y bronce.

La impresión de arcaísmo que produce la escultura ibérica es muy acentuada. Todas las figuras aparecen en su aspecto frontal, están faltas de animación y son rígidamente convencionales. En la pintura de los vasos, los motivos geométricos y hasta las propias formas conducían a la misma idea. Pero en 1940 no se podían enlazar los orígenes del arte ibérico con el arcaísmo orientalizante, por falta de evidencia externa. El profesor García y Bellido supuso que en aquél aparecía un pseudo-arcaísmo, sobre la base de simples convergencias de soluciones propias de las experiencias figurativas provinciales del Mediterráneo occidental. Así fue como aplicó la idea del «pseudo-arcaísmo» en sentido cronológico. Pero ello no explicaba los orígenes histórico-culturales de los arcaísmos del arte ibérico. No es posible hoy agrupar el mundo artístico ibérico de una manera absoluta, ni geográfica ni cronológicamente, en las bases de un supuesto pseudo-arcaísmo. Hay formas y motivos en la decoración arquitectónica que tienen su origen en los griegos orientales; en la estatuaria humana y animalista es posible observar una continuidad evolutiva estilística desde el arcaísmo griego; algunos exvotos siguen también los tipos arcaicos que se rastrean por toda el área del Mediterráneo no clásico.

Si se acepta la raíz clásica del arte ibérico, no se quiere decir con ello que se niegue su originalidad —no independencia —, puesto que el impacto creador no anuló la realidad histórica de la cultura indígena, antes bien adscribió el área ibérica a la creación mediterránea clásica, dándole así una categoría formal que no poseía.

Los orígenes del arte ibérico pueden hoy fecharse en el siglo V a. de J. C. —y acaso antes — gracias a la evidencia aportada por varias necrópolis en que se reutilizaron fragmentos de escultura en fases sucesivas; en cuanto a la cerámica, gracias a catas estratigráficas en varios yacimientos de habitación y en necrópolis, es posible ver el origen de la ibérica en las importaciones griegas orientales ya desde fines del siglo VI antes de Jesucristo. Finalmente, la joyería tartessia muestra en sus temas la misma influencia greco-oriental a partir de estas mismas fechas.

De esta forma se consigue salvar el hiatus que se extendía entre el arte arcaico-oriental y el origen del ibérico. Quedan aún algunos problemas sin solución clara, como son, por ejemplo, el de las vías de transmisión y el de la aparición tardía de las escenas humanas. El primero requiere un serio estudio de los paralelos mediterráneos de las técnicas y de los temas decorativos indígenas; el segundo debe explicarse como un simple fenómeno de convergencia.

Escultura Arquitectónica

En el área meridional y del sudeste se hallan algunos elementos escultóricos que formaron parte de la decoración de monumentos, entre los que es posible distinguir las piezas prototipos orientales de aquellas que han nacido en el ambiente propio de la mentalidad ibérica. La gran mayoría deben considerarse como piezas jonio-orientales, no sólo por el uso a que fueran dedicadas —capiteles, zapatas, fustes, dinteles y jambas —, sino también por sus motivos ornamentales. Las volutas jonias y eolias, las palmetas, frisos de ovas o glóbulos hallados en la región andaluza y en el sudeste son el eco de los motivos de los marfiles sirio-micénicos. Frente a estos gustos, el arte indígena prefirió las teorías de entrelazados, más de acuerdo con su sensibilidad.

Uno de los ejemplos más típicos del influjo jonio nos lo ofrece un capitel de Elche, decorado con frisos de palmetas con las volutas inferiores inscritas en arcos. Los paralelos con los de un capitel del Erecteion, fechan al de Elche entre los años 425 y 400 antes de Jesucristo. En la misma línea de estilo se incluyen el capitel pseudo-jonio recién hallado en Cádiz y la pieza de dos sillares de Osuna. En ésta, la columna central

del relieve remata en una palmeta entre dos volutas, y ostenta un collarino; sus paralelos se hallan en un capitel fenicio de Chipre y en un marfil de Nimrud, del siglo VI a. de J. C., en el que se representa el «árbol de la vida».

La columna de fuste achaflanado, soportando una zapata, de la tumba 75 de Tútugi, muestra asimismo un fuerte influjo jonio-oriental y debe fecharse a fines del siglo v antes de Jesucristo.

Estilísticamente se sitúan en la corriente indígena influida por las tradiciones jonio-orientales, las jambas de Castulo y de El Cigarralejo, con róleos entrelazados, de fecha anterior al siglo IV antes de Jesucristo. A ello hay que añadir los esporádicos hallazgos semejantes de Ampurias y de Ullastret.

Propiamente ibéricos, del siglo IV-III a. de J. C., son la columna y los capiteles del «Cortijo del Ahorcado» de Baeza (prov. de Jaén), decorados con círculos contrapuestos, inscritos en rectángulos.

44 Uno de los ciervos de Caudete (prov. de Albacete). Caliza; longitud, 75 cm; altura, 74 cm; grosor, 25 cm.

ESCULTURA ZOOMORFA

El área de la escultura zoomorfa se extiende desde la Alta Andalucía hasta Sagunto (prov. de Valencia). Hoy, los hallazgos de La Guardia (prov. de Jaén) permiten fechar un conjunto homogéneo de escultura animalística en el siglo V-IV antes de Jesucristo.

Se pueden distinguir tres etapas en la evolución de la escultura zoomorfa ibérica. Un primer grupo acusa una franca influencia oriental y se fecha entre 550 y 450 a. de J. C. Se trata de monstruos mixtos, animales o animales-hombre, cuyas piezas capitales

son la Bicha de Balazote (prov. de Albacete) y la esfinge de Haches (Bogarra, prov. de Albacete). La primera tiene un cuerpo de toro sentado y cabeza masculina, barbuda, a la manera de Achello, cuyo origen directo se halla en los santuarios griegos y sicilianos del siglo VI a. de J. C., donde aparecen representaciones semejantes.

En la serie griega provincial se inscriben las esfinges deificas de Agost (prov. de Alicante), de Villacarrillo (prov. de Jaén) y el grifo de Redován (prov. de Alicante).

Pero el grupo más numeroso de animales es francamente indígena y forma la tercera serie; incluye leones, lobos, osos, toros y carneros de factura imperfecta. Su origen directo se escapa todavía, aunque sus prototipos lejanos son sirio-hititas. Su posición encogida, sentada o arrodillada, la boca abierta con la lengua fuera, los pliegues retraídos del labio superior y otros detalles más muestran un aspecto regional del arte arcaico orientalizante.

Su aparición en necrópolis indica que estuvieron ligados a la idea de la muerte, y su utilización en ellas como guardianes del reposo eterno responde a un simbolismo análogo al de las esfinges. En la necrópolis de La Guardia (prov. de Jaén), el hallazgo *in situ* de varios fragmentos de leones señala que fueron reutilizados como estelas guardianes en el siglo V-IV antes de Jesucristo. Sin embargo, el reciente descubrimiento de una joya de oro con cabecita de león en el río Jándula (prov. de Jaén) indica que en la joyería este estilo debió de iniciarse anteriormente.

Destacan en esta profusa serie de animales los leones y leonas de Baena, Córdoba, Nueva Carteya, los toros de Osuna, Llano de la Consolación, Rojales y Albufereta, y la bicha de Balones, así como los recién descubiertos ciervos de Caudete. El límite Norte de este conjunto lo marcan las leonas de Bocairente y Sagunto (prov. de Valencia). Los toros del santuario balear de Costitx (de bronce) hallan hoy en el reciente hallazgo de Porcuna (prov. de Almería) el enlace estilístico con la escultura animalística en piedra de Andalucía.

ESCULTURA HUMANA

Un conjunto de gran calidad de esculturas humanas ocupa el área del sudeste, si bien en Osuna (prov. de Sevilla) existe otro grupo de gran unidad estilística y cronológica.

La estilización de cabellos y ojos, así como de los paños, señala su origen en el arcaísmo griego, pero las formas compactas y estereométricas acusan lejanos prototipos sirios, hititas y jonios. El hecho de que el núcleo principal se halle en la zona más densa de la colonización griega muestra inequívocamente su origen.

Algunas de las piezas se han considerado como arte provincial griego; así ocurre con la bella cabeza de *koré* (¿de Alicante?) en el Museo Arqueológico de Barcelona y las grandes sedentes del Cabecico del Tesoro, Llano de la Consolación y Cerro de los Santos. La *koré,* con corona de plumas formando un *polos* con *stephané* sin *kestos,* puede relacionarse con el tipo que se inició en la Hera de Olympia (600-580). Una de las grandes figuras sedentes es la del Cabecico del Tesoro, rígida, envuelta en amplio ropaje que cae en pliegues paralelos, sentada en un sillón de alto respaldo; los paralelos más evidentes se hallan en las sedentes del templo de Dydima de Mileto (575-550 a. de J. C.). La del Llano de la Consolación, muy fragmentada, como la anterior, muestra rigidez en su actitud, pero gran libertad en el tratado de los paños.

La fase indígena del siglo V-IV a. de J. C. es evidente en la serie de más de trescientas esculturas del Cerro de los Santos. En general, se trata de cabezas sueltas, cuya evolución alcanza hasta época romana, con un pseudo-arcaísmo que ha de explicarse aquí como algo propio de un desarrollo retardado de los escultores indígenas.

Desde la cabeza femenina n.° 7.522 del Museo Arqueológico Nacional, bárbara y atávica, hasta la número 7.542 del mismo Museo, de mano de maestro y acaso un retrato, hay toda una variada gama. De este conjunto señalemos la n.° 7.510 del M. A. N., precisa, de un finísimo óvalo facial, pero que en su forma y corte de los ojos responde a los cánones del Cerro; la «cabeza Cánovas» tiene un aire curiosamente arcaico.

En las cabezas masculinas el escultor ha conquistado el volumen con simplicidad dentro de un acusado arcaísmo, que en ocasiones, como en la cabeza del Museo de Barcelona, intuyen un soplo de idealismo, hecho que ocurre también en la del Tolmo de Minateda (prov. de Albacete).

Sin duda, la obra maestra de la escultura indígena es la Dama de Elche, por su elegante finura de los rasgos faciales, por la expresión abstraída de la mirada y por la riqueza de sus vestidos y adornos. En ella se conjuga el modelado de las facciones de herencia clásica con la riqueza indígena de sus joyas. Esta simbiosis nunca se ha visto tan patente en el arte ibérico como en la Dama, pieza capital del arte hispánico primitivo.

Discutida en su cronología ha sido la Gran Dama oferente, en pie, del Cerro; su frontalidad, su profusa decoración, sus plegados, la posición se parada y frontal de sus pies, lo enjuto de sus mejillas la colocan al lado de la Dama de Elche.

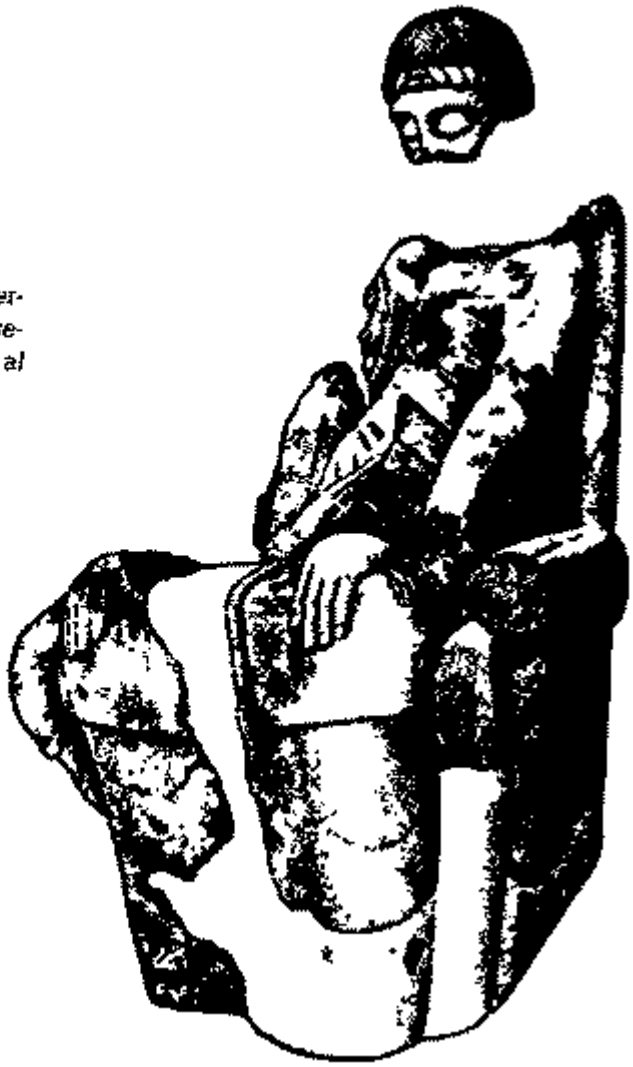
En la escultura indígena romanizada (siglo III-I a. de J. C.), desde las guerras púnicas hasta el cambio de Era, se van haciendo patentes las influencias romanas a las que se unen las de La Tène II.

A este grupo se adscriben algunas esculturas de la fase final del Cerro, en especial los togados, relieves de matrimonios y todo el espectacular grupo de Osuna. Destaca la pareja de oferentes de pie, trabajada sobre cánones indígenas en paños y facciones, y la del Cortijo de Tixe (prov. de Sevilla).

Los relieves de Osuna, descubiertos a partir de 1903, son las piezas más conocidas de la estatuaria ibérica. Dos de los sillares están labrados por dos de sus lados y debieron formar parte de la decoración de las esquinas de un mismo edificio. Uno muestra en ambas caras una oferente de pie, con regios ropajes; en el otro se disponen la bella *auletris* y una figura masculina con capa. Aunque la labra de ambos es muy fina, le faltó al escultor el sentido de la proporción. En otro sillar, dos guerreros afrontados, uno en cada cara, logran dar la sensación de combate mediante la conjunción adecuada de movimientos de brazos y piernas.

Acaso la figura más lograda de Osuna sea el muchacho jinete que ocupa el tímpano de una acrotera de caliza; el galope del caballo ha sido descrito como «velazqueño».

Este grupo, muy homogéneo, debió pertenecer a la decoración de un edificio conmemorativo de los sucesos acaecidos en Osuna hacia el año 50 a. de J. C. con ocasión de las luchas entre César y Pompeyo. Otro conjunto de Osuna es aún más avanzado de fecha. Se trata de un friso de guerreros que empuñan espadas y se protegen con *caetrae.* En otro sillar se desarrolla una lucha entre romanos e indígenas. Un tañedor de tuba y un acróbata, ya de clara vena romana ambos, terminan las series de la escultura indígena romanizada.



45 La Dama sentada, de Verdolay. Caliza. (La cabeza seguramente no pertenece al cuerpo.)

ESCULTURA MENOR: LOS EXVOTOS

Aunque la mayor parte de las ofrendas de los santuarios son de bronce, algunas son de piedra, como en El Cigarralejo, o de terracota, como en La Serreta de Alcoy.

El arte de los exvotos responde en general al gusto de gentes humildes, pero en algún caso, como en El Cigarralejo, los artistas se salieron de la producción en serie.

El Maestro de El Cigarralejo, en contacto con la mejor tradición de escultura en arenisca y caliza blanca de los centros del sudeste, se inspiró en originales griegos y fue el origen de una escuela cuyos grupos se han sistematizado recientemente. Es realista, con un correcto estudio de las formas en músculos y tendones y preocupado por lograr la impresión de movimiento en sus esculturas y relieves. El relieve monofacial con una burilla y su asnillo y los dos bifaciales de yegua con potro y de los dos caballos se hallan entre las obras maestras del sudeste. Los caballitos y las yuntas de los santuarios de la Luz y del Cerro están en relación con aquel taller, del mismo modo que lo están también algunos relieves del «domador» de Villaricos.

Aunque la mayoría de los exvotos del sudeste no es posterior a la segunda guerra púnica, hay un bello epígono en el relieve de la Albufereta, con una mujer hilando frente a un guerrero; es una escena cuyo simbolismo no ha sido interpretado.

46 Tañedor de tuba en un bloque de caliza, de Osuna. Altura, 1,10 metros; anchura, 57 cm; grosor, 24 y 16 cm.

Terracotas

La Serreta es el santuario por excelencia de la plástica en arcilla; aunque en menor número, se hallan también exvotos en Castillar y en La Luz. Más de trescientas ofrendas de arcilla de La Serreta permiten tener una visión de los estilos de estas figuras femeninas, generalmente modeladas a pellizcos, entre las que sobresalen algunas piezas relacionadas con un arte pseudorrealista oriental, con las Damas de Ibiza y con las esculturas del Cerro de los Santos. La fecha del grupo se considera de la época de la romanización, pero es posible que —dado lo perecedero de la materia — los tipos se hubieran repetido, tomados de modelos del siglo III antes de Jesucristo.

Una bella composición inédita representa a la diosa madre dando el pecho a dos mellizos, entre flautistas; tanto la técnica como el modelado son de una gran ingenuidad. Otras figurillas se conocen en Calaceite y Sidamunt.

Exvotos de bronce

Los exvotos de bronce aparecidos a centenares en los santuarios andaluces son de una cronología difícil, debido a que en general fueron hallados rodados y en escombreras. Su producción se supone que se inicia en el siglo IV a. de J. C. y que alcanza hasta la romanización, pero su relación con los edificios y los santuarios se desconoce.

Su arte es muy variado, predominando los objetos adocenados, pequeñas figurillas humanas, animales, de partes del cuerpo, fíbulas anulares, etc. Algunas piezas denotan la mano de buenos artífices, que usaron el buril y la lima; algunas de ellas patentizan influjos clásicos excepcionales dentro de la producción en masa.

Predominan los guerreros a pie o a caballo, armados, vistiendo túnicas ceñidas y mantos. Su actitud frecuente es de ofrenda o de veneración a la divinidad. Hay también guerreros desnudos, con cinturón, algunos de los cuales ostentan marcado sentido fálico.

Las figurillas femeninas muestran mitras, mantos largos o cortos, por los que asoman las manos recogiéndolo a la altura del pecho, en actitud de ofrenda; extienden las palmas con palomas, frutos y panes. Algunas, como las de La Luz, están desnudas y destacan por su percepción volumétrica. Las hebillas de cinturón, las peinetas y los adornos son los elementos de relación cronológica de las figurillas con la escultura mayor.

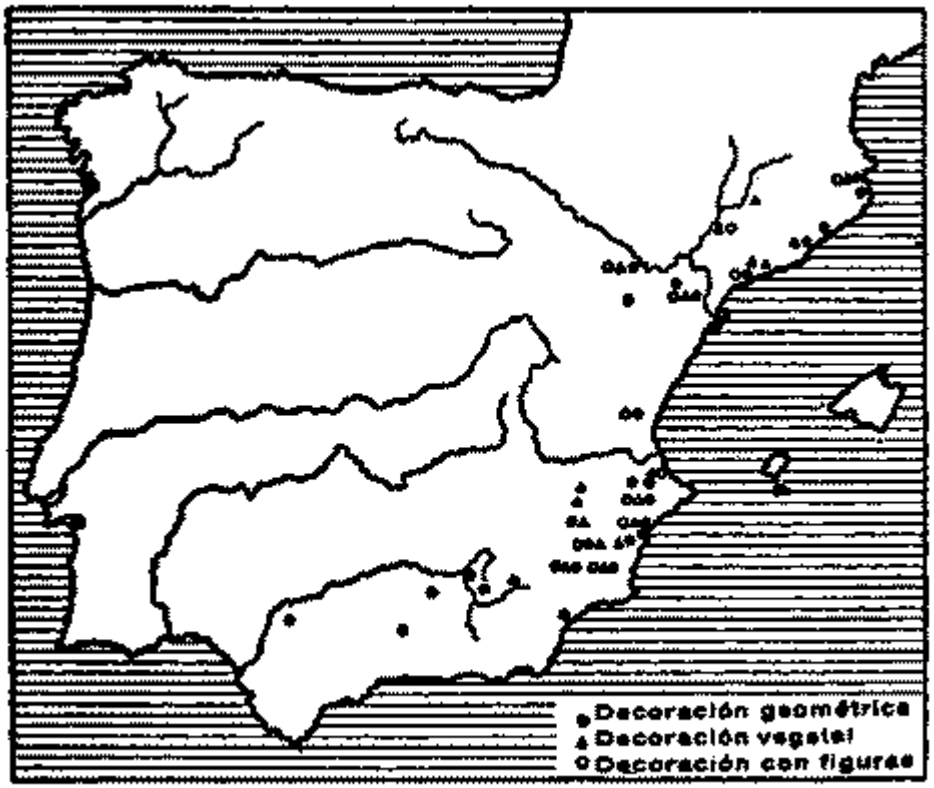
CAPÍTULO IX

CERÁMICA

La cerámica ha sido el caballo de batalla de las discusiones acerca del origen y cronología de los pueblos ibéricos.

Las vasijas ibéricas aparecen relacionadas con cerámicas importadas, desde los vasos griegos a partir del siglo VI a, de J. C. hasta la cerámica romana del siglo I después de Jesucristo. En los yacimientos del Mediodía aparecen formas y técnicas semejantes a las de las necrópolis antiguas del norte de África, como los denominados vasos de «barniz rojo». Algunos ejemplares del área ibérica están relacionados con las cerámicas de la Meseta, como, por ejemplo, el «Vaso de los Dragones» de Hoya de Santa Ana o los vasos de collar con incisiones de El Cigarralejo.

Problemas muy sugestivos son los referentes a las imitaciones locales de las cerámicas importadas. Empezamos a ver clara la imitación de arcillas formas y decoraciones de la cerámica jonio-focense en los establecimientos indígenas cercanos a Massalia, Emporion y Ullastret En el Mediodía estamos ahora en la fase de estudio de los materiales del Carambolo y desembocadura del río Vélez (Torre del Mar, prov. de Malaga); pero en principio parece mucho más indígena el conjunto sevillano —cuya riqueza puede permitir establecer etapas evolutivas — que el malagueño donde la corta duración de la factoría colonial no atestigua cambios ni imitaciones en el material en estudio. De todos modos, en Andalucía debieron de imitarse formas púnicas del mismo modo que conocemos imitaciones de cerámicas áticas. Es el caso de las imitaciones de cráteras y de intentos de imitación del barniz negro ático, sin resultados positivos, en Ceal, donde debieron limitarse a la adopción de un barniz rojo peculiar en Andalucía entera.



47 Distribución de la cerámica ibérica.

Asimismo es seguro que hubo imitaciones sin fin de los barnices negros de las cerámicas áticas y de Campania y sur de Italia, pero estamos lejos de conocer los hornos y los alfares indígenas. Otro tipo de cerámica que acompaña a la «ibérica» es la denominada «gris fócense» o «gris ampuritana», cuyo origen, dispersión y cronología no están aún bien sistematizados. Al lado de estas especies de importación hay que señalar las vasijas ordinarias de uso doméstico, hechas a mano, de ascendencia hallstática unas, argáricas otras, que con aquellas acompañan a las típicas cerámicas «ibéricas».

Las vasijas ibéricas son de arcillas claras, amarillentas o rosadas, de textura porosa, y, en ocasiones, de paredes muy finas, y están elaboradas a torno. Sus formas, aparte de las que imitan las griegas o púnicas, son en cierto modo peculiares y su evolución muy interesante. Existe el *kalathos* o «sombrero de copa», el *oinochoe* de base plana y cuerpo cilindrico, el cuenco con pie bajo, el *skyphos* adaptado a un canon indígena y otras muchas más. Pero no todas ellas son comunes en el área ibérica, muchas de ellas son privativas de determinada región o época.

Conocemos algunos hornos de cocción de cerámica «ibérica»; el de Borriol (prov. de Castellón) era de planta elíptica y los humos salían por chimeneas; el de Rubí (prov. de Barcelona) era de planta cuadrada y la cámara de fuego comunicaba con la superior, de cocción, mediante una parrilla sostenida por un pilar central.

La particularidad de la cerámica ibérica consiste en su decoración pintada a base de óxidos de hierro o manganeso que, sobre el fondo, liso o cubierto con una capa de engobe claro o de pintura blanca, tomaba un color rojo vinoso. Este procedimiento decorativo tiene una gran tradición en el Mediterráneo, pero lo que es característico es la riqueza y variedad de los temas decorativos; bandas y líneas, metopas, semicírculos y cuartos de círculo concéntricos, rombos, estilización de aves y peces, decoración vegetal y, finalmente, decoración humana. Cada región geográfica adoptará unos tipos

peculiares decorativos que aplicará a las formas específicas que haya adoptado; ello permite señalar las distintas áreas de estilos de cerámicas ibéricas.

Gracias a las secuencias cronológicas de varias estaciones excavadas en los últimos años podemos afirmar que el origen de la cerámica ibérica con decoración geométrica se halla en la jonio-focense en el área del noroeste peninsular, y en la orientalización en el área del Mediodía, y que las fechas de las imitaciones indígenas son ligeramente posteriores a las de las importaciones, es decir, hacia fines del siglo VI y principios del V antes de Jesucristo.

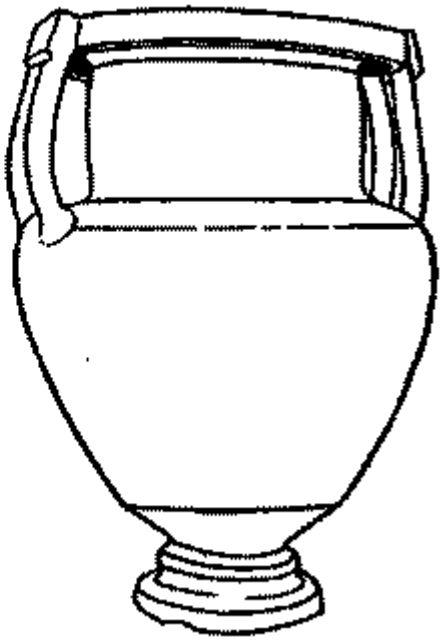
Cerámica Andaluza Con Decoración Geométrica

En Andalucía, la aparición de la cerámica con decoración geométrica ha de explicarse por la influencia de las factorías orientales (entre ellas Villaricos y Gadir, aparte del Carambolo) y de las colonias griegas del sudeste (Alonis, Akra-Leuké, Hemeroskopeion, Malaka), cuyo fondo temático era en definitiva el mismo oriental. Estamos aún mal informados con respecto a la fecha de aparición de la cerámica geométrica en el sur, pero no es improbable que fuera contemporánea de las imitaciones del noroeste, o acaso anterior, a pesar de la independencia de ambos focos en sus estilos decorativos y en sus formas.

Las secuencias actuales de El Carambolo y Carmena (prov. de Sevilla) prueban que hay una tradición decorativa de cerámicas a mano con decoración reticulada en el siglo VI antes de J. C., contemporánea de la decoración de Boquique (Tiefstichtechnik). La cerámica ibérica aparece encima, en un horizonte de cerámicas a torno con reticulado pardo y «barniz rojo», fechable a principios del siglo v antes de Jesucristo. Se considera que la fecha final de la cerámica ibérica andaluza ha de colocarse hacia comienzos de la Era.

En Ceal (prov. de Jaén) se aprecia, como en la Baja Andalucía, la existencia de un sustrato de cerámica de técnica de «punto en raya» sobre el que se superponen las especies propias de las necrópolis fenicio-tartessias, amarillentas, monocromas, semejantes a las de Villaricos y a las que puede atribuirse una fecha hacia el año 500 antes de Jesucristo. A partir del siglo v a. de J. C. aparecen urnas de buena cocción con barniz rojo monocromo que conviven con urnas panzudas de base troncocónica de tradición céltica.

En Toya asistimos a una imitación constante de cráteras y *pyxides* griegos, que se decoran con franjas, semicírculos y ondas, aunque se hallan también los típicos vasos ovoides, cilindricos y panzudos, y que manifiestan el ambiente general de las demás estaciones de la Alta Andalucía. El área de estas cerámicas no penetra hacia la Meseta, y en cambio se prolonga por el sudeste (Meca, Minateda, Amarejo), llegando a la región valenciana (Bastida de Mogente). Hay que destacar de todo el grupo de la Alta Andalucía las grandes ánforas ovoides de Tútugi, con formas derivadas de las púnicas, pero con composiciones decorativas turdetanas: losanjes, postas, meandros, semicírculos y entorchados.



48 Cráter indígena de Toya, imitando las cráteras griegas de las columnas. Altura aproximada, 50 centímetros.

Cerámica Del Sudeste

El sudeste desarrolla unos tipos decorativos que han de considerarse como el enlace entre los meridionales y los valencianos. Los yacimientos clásicos de esta zona son Archena y Elche, a los que ahora pueden añadirse El Cigarralejo y Verdolay. Junto al viejo fondo de decoración geométrica se desarrolla la pintura floral y realista con sobria estilización, acompañada de motivos geométricos y de animales estilizados: aves explayadas, fieras carnívoras, patos, peces, conejos y cabras. Las últimas formas, más recargadas en sus detalles, se extienden hacia el norte y alcanzan al núcleo valenciano de Oliva.

El ritmo y elegancia de las águilas estilizadas, así como la sobriedad de los fondos, presta a estas especies una fuerza y un dinamismo difícil de superar: algo semejante ocurre con la decoración floral geométrica. Este estilo decorativo tiene su *floruit en* el siglo III a. de J. C. y llegará a la romanización.

En esta zona aparece una escuela decorativa que hace uso de la figura humana en dos concepciones distintas. La escuela de Elche, con sus damas aladas entre caballos y la perspectiva frontal de cabezas femeninas de buen tamaño, representa un aspecto nuevo en su simbolismo y técnica, y su fuerza expansiva llevó algunas especies hasta Ampurias. En cambio, en Verdolay y Archena aparecen las figuras humanas formando escenas que sólo tienen rival en Liria. Ha quedado ahora ya sentado que la vida de esta escuela se inicia en el siglo III antes de J. C. y alcanza al siglo I a. de J. C., por lo que las supuestas semejanzas con estilos orientalizantes y subgeométricos han de descartarse totalmente. Las escenas del Vaso de los guerreros, o de los combates en los fragmentos de Verdolay son de líneas tan ágiles que difícilmente pueden comparárseles las realistas y narrativas de Liria.

49 Proa de una barca de quilla plana (fragmento de un vaso).

Cerámica Con Escenas Humanas De Liria Y De La Región Valenciana

La variedad de estilos y de temas, así como el gran número de escenas conocidas, hacen de Liria una cantera iconográfica para el conocimiento vivo del pueblo ibérico local.

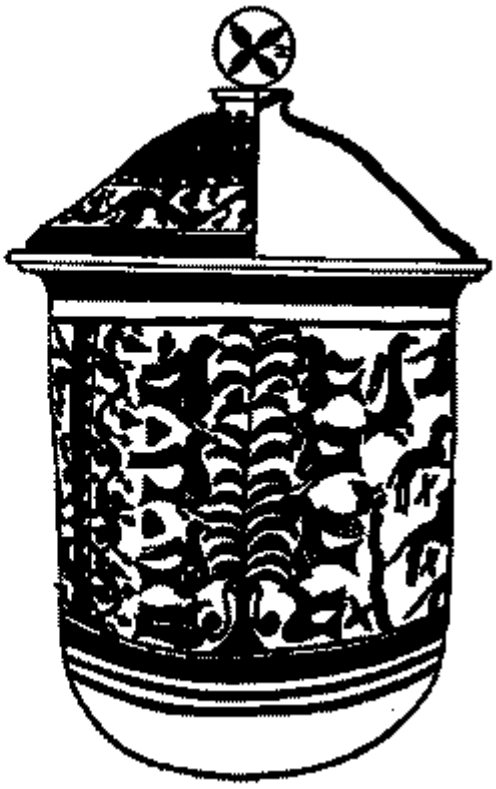
Una de las técnicas preponderantes en Liria es la de «silueta» con tintas llenas, en la que se acusa una impericia infantil o ingenua; este hecho, unido al barroquismo de los fondos y a los datos estratigráficos, obliga a no hacer más antiguo del siglo III a. de J.C. el máximo momento de esta escuela. Pertenece a este conjunto un vaso en que se representa una barca de quilla plana, en la que unos hombres calan las redes y echan los anzuelos a los peces. Unida a ésta hay otra escena de cacería de ciervos por parte de jinetes armados con jabalinas, escudos y boleadoras.

Una de las más emotivas escenas por su naturalismo es la de la cierva con su cría, que sólo tiene paralelo en las estelas de El Cigarralejo. En el vaso de la «danza ritual», varias mujeres con vestidos talares bailan unidas sus manos y perseguidas por un personaje fálico; sigue una ofrenda de una paloma por parte de una dama a un guerrero, y otra escena de lucha, en la que un peón ha caído atravesado por una lanza. Técnica semejante emplean los decorados del Vaso de la recolección de granadas, el Vaso del caballo espantado y el Vaso de los dos jinetes.

Frente al ciclo anterior, existe en Liria otra escuela, la de figuras de trazos, aunque con espacios rellenos de pintura y con los detalles obtenidos mediante «reserva»; la espontaneidad del artista se desarrolla en este grupo ofreciendo escenas de la vida, variadísimas, que se acusa también en otras de La Serreta y Oliva.

Figuras de relleno: peces, espirales, aves, corazones, etc., forman una decoración accesoria tomada a veces de los motivos de Elche-Archena, y en ocasiones de inscripciones alfabéticas en desorden. En esta selva de adornos, se alcanza a veces cierta belleza de proporciones, pero no se logra una unidad en la composición.

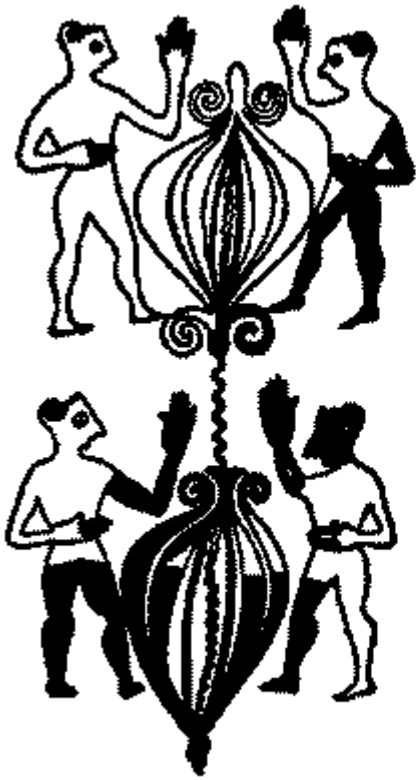
Las figuras humanas aparecen con el tronco de frente y las extremidades de perfil; los artistas no logran solventar el problema de la perspectiva en los jinetes; los ojos de perfil y el andar de puntillas son, en definitiva, pruebas de falta de observación analítica.



50 El vaso de los pájaros, de Azaila (prov. de Teruel).

Una de las mejores escenas de esta escuela es la de la «danza bastetana», expresión lírica y delicada de una romería en que hombres y mujeres bailan al compás de los sones de un flautista y una *auletris.* Acaso simbolice una danza ritual la escena de dos guerreros acometiéndose al son de dos músicos, o aquella en que dos jinetes, asistidos por peones, luchan serenamente, mientras los músicos hacen sonar sus trompas. Otra lograda composición de esta escuela es aquel «friso de guerreros» en que un grupo con lanza y falcata lucha contra otro provisto de lanza y escudo; podemos ver en él el pórtico del barroquismo de esta escuela, que se desarrollará en sus últimas fases.

Uno de los elementos más sugestivos de Liria es representado por las inscripciones pintadas, decorativas, que acaso explican las escenas. Esta idea debe relacionarse con la de los letreros de las cerámicas áticas o de los exvotos griegos; debido a que el alfabeto de Liria es el establecido según el alfabeto monetal romano, la datación de los vasos encuentra otro argumento de valor.



51 Figuras en actitud de la «Salutatio ibérica», en un pequeño vaso de Azaila.

Cerámica Del Valle Del Ebro

El elemento de enlace entre el arte ibérico y el céltico se manifiesta en esta región. La cerámica de Azaila enlaza con la de Archena y Valencia por sus guirnaldas de yedra y la separación de sus frisos en metopas, por un lado, y con el simbolismo céltico por otro, con sus frisos de aves alternando con cuadrúpedos y figuras humanas y discos solares. El fragmento de Azaila con un grupo de hombres en la actitud de la *salutatio* ibérica nada tiene que ver con las figuras ibéricas de Liria. «Mientras que la pintura de los vasos de la escuela de Elche-Archena basó buena parte de sus efectos en el contraste entre curvas y líneas rectas, en los vasos de Azaila apenas hay una línea que no sea curva; el efecto resultante es de ritmo, no de contraste».

Algo semejante ocurre con las figurillas de los Castellones de Alloza (prov. de Teruel). Si por su estilo y la adición de inscripciones pueden adscribirse al círculo de siluetas de Liria, su dinámica es céltica. Aquí se unen la mentalidad concreta y definidora mediterránea y la abstracción céltica. El camino de enlace entre ambas tradiciones artísticas lo ofrecen los fragmentos de Calaceite, en el Bajo Aragón, y Sidamunt y Sorba (prov. de Lérida).

52 Cazador con su perro, parte central de un «kalathos» decorado, de Azaila.

Cerámica De Cataluña

En la actualidad se empieza a diferenciar las imitaciones indígenas de las importaciones jonio-focenses; el estudio del mismo fenómeno en Provenza (Massalia y La Pegue) y Languedoc (La Cayla, Ensérune) avala los resultados logrados en Cataluña.

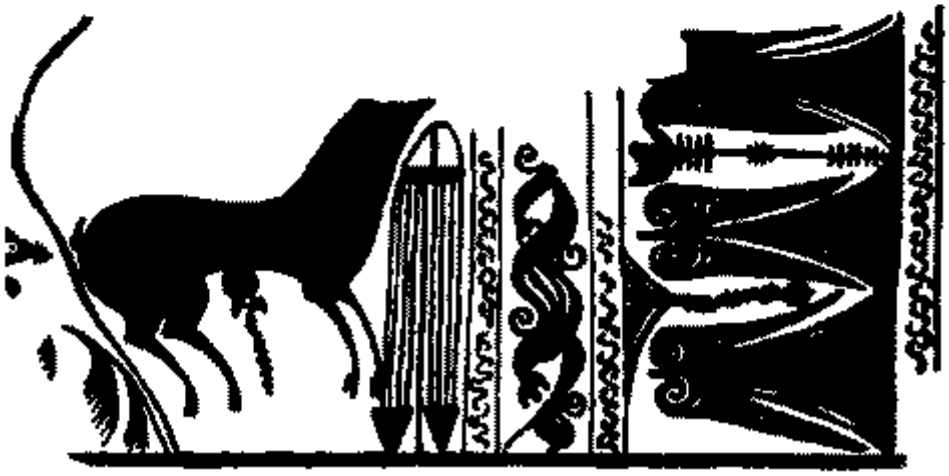
En Ampurias y Ullastret conviven en los niveles inferiores, especies de tradición de campos de urnas con importaciones jonias del siglo VI y con vasijas específicas del área de los indiketes. En la Cayla y Ensérune, ya antes del 450 a. de J. C. se halla la cerámica ibérica de imitación jonia con bandas ocres sobre arcillas rosadas.

Las formas de la cerámica ibérica de los yacimientos del noroeste son variadas: urnas panzudas con engobes sienas y bandas rojizas, urnas ovoides, sobre todo los *kalathoi,* con riquísimos motivos decorativos: líneas, bandas, semicírculos, cuartos de círculo, ondas, etc. En ocasiones aparece una capa de color blanco como fondo o para la propia decoración. Indiketes son también las cerámicas de los niveles medios, correspondientes a los siglos V-IV a. de J. C. con engobes negrorrojizos, sienas, grises, etc., decoradas con líneas seguidas, o de puntos formando zigzag, meandros y espirales.

53 Caza de ciervos; lobo y pájaro de presa; tema principal de un «kalathos» de Alloza.

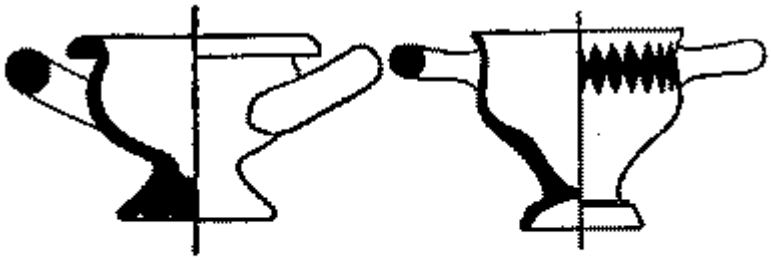
54 Fragmento de un «kalathos» decorado de Alloza.

55 *Fragmento del mismo «kalathos» de la figura 54.*



56 *Fragmento del mismo «kalathos» de la figura 54.*

En la Baja Cataluña la cerámica es distinta y sus indicios son algo posteriores; sitúa en el siglo IV-III a. de J. C. el *floruit* de las mismas la aparición de gráficos en alfabeto ibérico de Burriach y Serdanyola (prov. de Barcelona), posteriores a los de Ensérune y Ullastret. Las formas de Fontscaldes y Sidamunt, con predominio de *kalathoi* grandes y cuencos con pie, decorados con hojas de hiedra, se repiten en Rubí (provincia de Barcelona) y demás estaciones catalanas. Esta cerámica será expandida en época de la romanización, acaso como continente de productos indígenas que se exportaron (miel, salazones, etc.)



57 Dos copas (a) de Cabrera de Mataró. Altura, 45 mm; diámetro boca, 60 mm; diámetro base, 35 mm; (b) con decoración de losanjes, del poblado de Els Castellans. Altura, 75 mm; diámetro de boca, 80 mm; diámetro pie, 45 mm.

El Vaso Cazurro de Ampurias constituye un ejemplar único. En él, dos cazadores vestidos con un ligero faldellín persiguiendo con jabalinas a unos ciervos, aparecen vistos con un estilo impresionista. Un nuevo elemento —el paisaje — se introduce en la composición en forma de un árbol muy naturalista. Por su forma, el vaso puede considerarse como el prototipo de la serie, cuyos productos finales aparecerán en Elche, Liria y Calaceite, y puede fecharse por sus paralelos decorativos en el siglo V antes de Jesucristo.

CAPÍTULO X

JOYERÍA TARTESSIO-IBÉRICA

El reconocimiento de un estilo y de una técnica indígena en las artes del metal es el capítulo más reciente de la arqueología ibérica. Aunque buena parte de los temas y formas de las joyas prerromanas procedan de una tradición oriental, va abriéndose paso la personalidad ibérica en la interpretación de temas y en la adopción de técnicas. Hoy parece comprobado que la joyería tartessio-ibérica representa una provincia mediterránea específica del mismo modo que pueda serlo la etrusca.

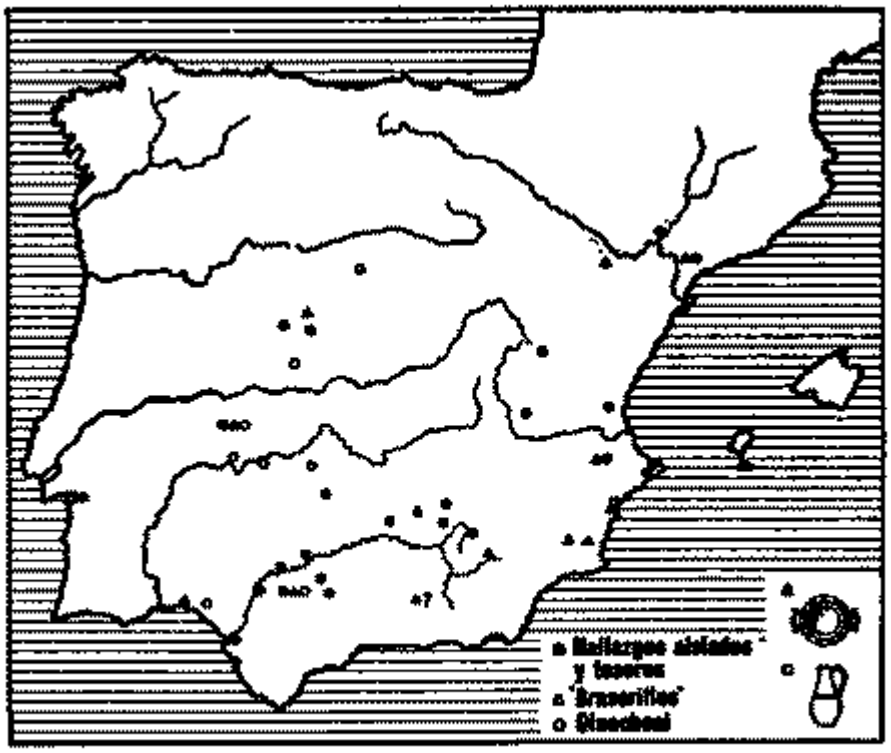
La habilidad de joyeros y toreutas del Mediodía peninsular consistió en amalgamar las corrientes orientales y las célticas en una síntesis audaz y personal.

Para una clara exposición del capítulo es conveniente dividirlo en tres apartados: 1) la joyería tartessia, en la que se incluyen los estilos orientalizantes; sus fechas abarcan desde el siglo VI al V a. de J. C.; 2) la joyería andaluza (o turdetana), del siglo V-IV a. de J. C. hasta la romanización, en la cual se patentiza la aportación céltica sobre el viejo fondo oriental, y 3) un área marginal levantina.

Joyería Tartessia

En el área tartessia se localiza la serie de hallazgos más rica y numerosa de la Península; la falta de evidencia externa obliga a adoptar el criterio estilístico para su datación.

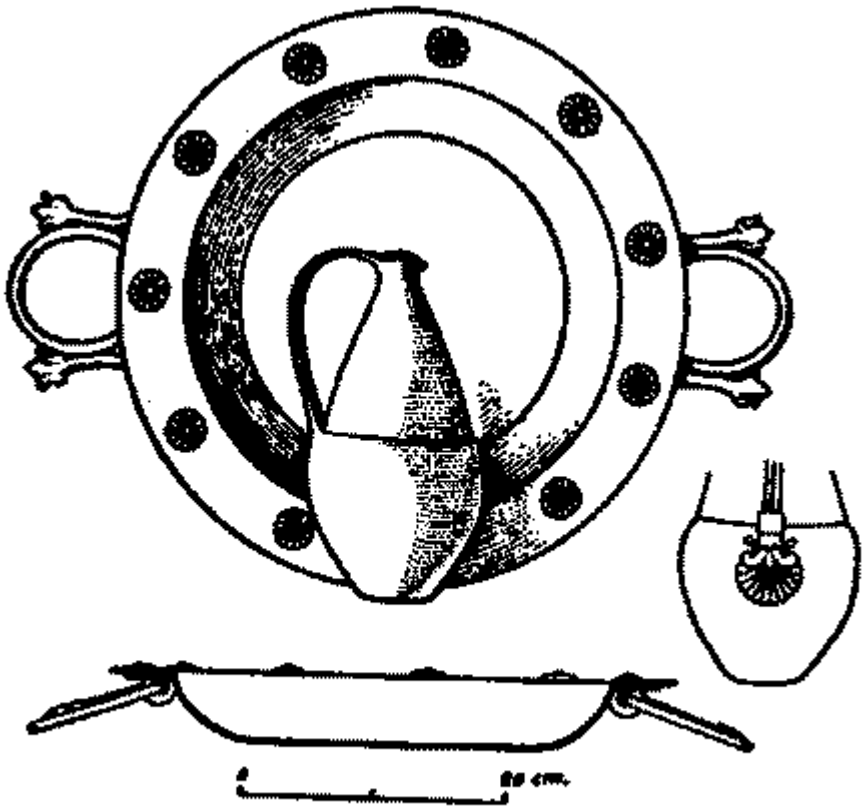
El tesoro de La Aliseda (prov. de Cáceres) comprende pendientes, brazaletes, collares, cadenillas, apliques, aretes, sortijas, anillos y otras piezas más sensacionales. Una de éstas es el cinturón de oro en el cual, sobre un fondo de granulado, se representa al domador del león, un grifo y palmetas; los prototipos orientales, fenicios, son evidentes, aunque aparecen también en la tumba Regolini-Galassi de Etruria, interpretados con el mismo espíritu pero diferente técnica. Algunas palmetas están concebidas igual que en los marfiles de Carmona, cuyo indigenismo se postula, o que en las pinturas de Galera.



58 Distribución de la joyería y torèutica (siglos VI-II a. de J. C.) y de «braserillos» y «oinochoi».

La forma de la diadema, a pesar de su remoto origen oriental, denota una corriente etrusca y una ambientación tartessia, lo mismo que los pendientes, con motivos orientales: halcones, palmetas, bajo una interpretación occidental. Los brazaletes y el collar están formados por varios elementos, como amuletos con cápsulas, análogos a toda la producción de la escuela occidental orientalizante. El sello con representación del «árbol de la vida» entre grifos rampantes y con una divinidad a cada lado, acaso sea importación de Siria, pero su engarce tiene mejores paralelos en Chipre (600-475) y en Vulci.

Esta área del norte del río Guadiana muestra una irradiación de los centros propios del Guadalquivir; en Alcacer do Sal (Portugal) se conoce un escarabeo de Psamético I, paralelo a las importaciones de La Aliseda. A esta región y ambiente corresponden varios *oinochoi* de bronce —alguno con cabeza de ciervo — con paralelos en la región del Guadalquivir; su cronología se señala ahora en el siglo VI a. de J. C. y su foco de origen se supone que sea Cádiz o Tartessos. Estos jarros formaron un «servicio» ritual con los «braserillos» de metal, cuya área de distribución abarca desde La Aliseda hasta Tivissa, es decir, desde el oeste hasta Cataluña. El grupo tartessio, más antiguo, se fecha en el siglo VI, y el de la Alta Andalucía y sudeste (Galera, Cigarralejo) en el siglo IV antes de Jesucristo. Fueron conocidos después por los celtas de la Meseta, quienes los transmitirían a los iberos de la zona levantina entre los siglos IV y II antes de Jesucristo.



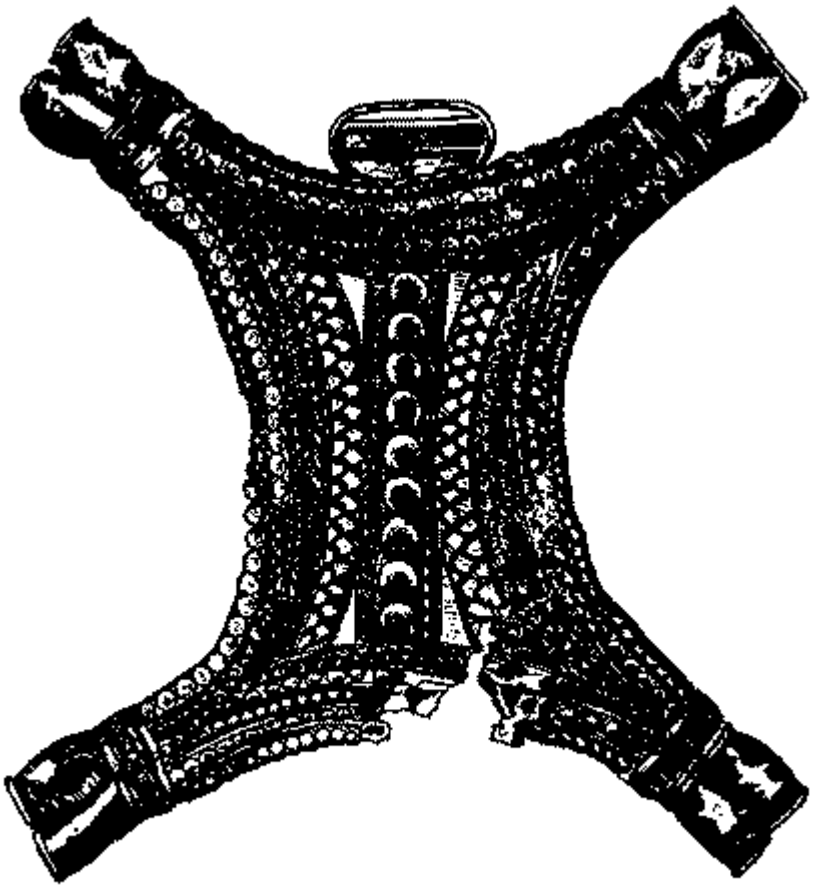
59 «Braserillo» y jarra de bronce. Del túmulo de La Cañada de Ruiz Sánchez, Carmona (prov. de Sevilla).

El más espectacular de los hallazgos recientes de la joyería ha sido el de El Carambolo (Sevilla). Comprende 21 piezas de oro de 24 quilates, con un peso total de 2.950 gramos. Cada pieza está formada por dos láminas soldadas periféricamente, alisadas y con zonas salientes y entrantes en el exterior; la mayor parte de los adornos están soldados a las láminas.

Un grupo ostenta decoración de rosetas y semiesferas, y otro de escamas, aros y semiesferas rehundidas.

En el primer grupo se incluyen una placa pectoral, dos brazaletes cilindricos gemelos y ocho plaquitas rectangulares. El pectoral en forma de lingote de «piel de toro» tiene un marco formado por cuatro tubitos que sirvieron para pasar cordones de suspensión. Decorado con frisos de semiesferas, rosetas troqueladas, montado en cápsulas, tiene como rebordes unos pequeños filetes dentados o realzados.

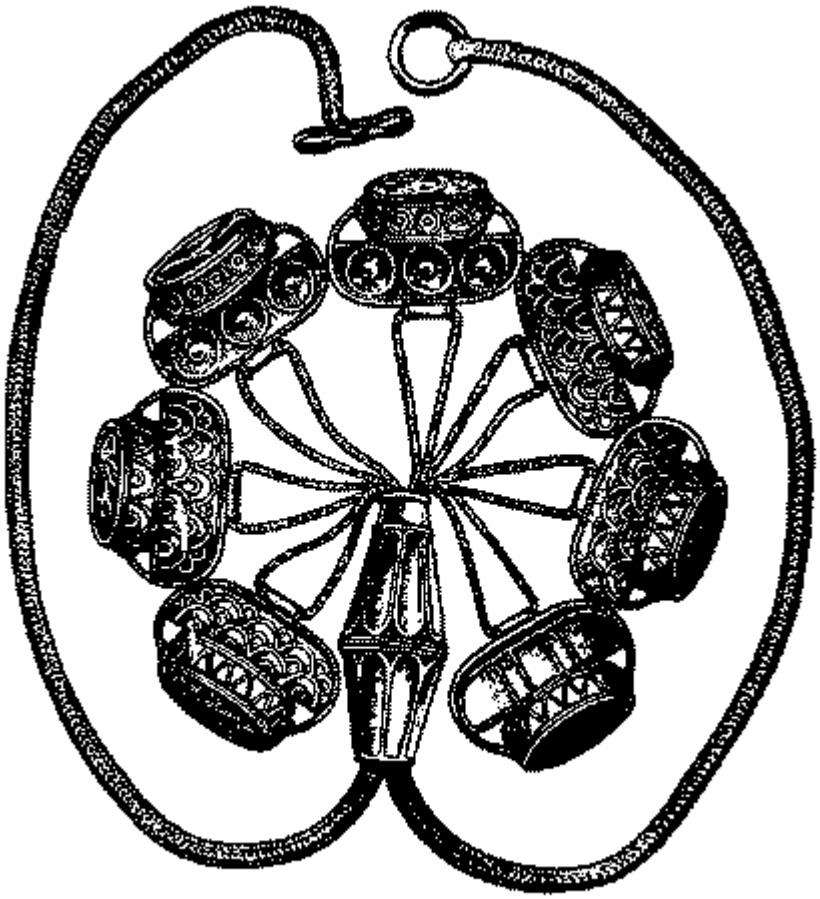
Cada brazalete está compuesto por dos láminas cilindricas superpuestas y decoradas en la misma forma que el pectoral. Una serie de ocho plaquitas (cuatro de ellas con tres líneas de rosetas, y menores de tamaño que las otras cuatro —que ofrecen cuatro filas de rosetas también —) están atravesadas por conductos para los cordones de unión.



60 Placa pectoral en forma de piel de toro. Del Tesoro de El Carambolo (prov. de Sevilla). Long. en diagonal, 170 mm.

El segundo grupo está formado por otra placa pectoral, ocho placas rectangulares y un collar. El pectoral ofrece líneas de semiesferas alternando con filas de anillos planos en el marco; el eje vertical está cubierto con semiesferas mayores, que muestran un rehundido central y a los lados círculos y escamas planas. Las placas forman la misma decoración que las anteriores, pero con la técnica propia de este grupo. El collar tiene siete pendientes en forma de anillo signatorio, cuyas asas y sellos muestran una especial decoración: las cortinillas que cierran el interior del sello ofrecen unas barritas paralelas, discos como en la esfera central, arcos imbricados; en las paredes de las cápsulas, zonas de triángulos. Las superficies ovaladas y planas de los sellos tienen composiciones florales, algunas de tipo muy oriental, y otras del tipo floral de Archena, sobre un fondo de semiesferas en hileras.

Las placas se unieron para formar una corona, en forma semejante al ejemplar fenicio-chipriota de la colección Schiller. Las de semiesferas planas tienen sus paralelos temáticos en pendientes arcaicos de Tesalia, y su eco se halla en los pendientes de Santiago de la Espada y en los rodetes de la Dama de Elche.



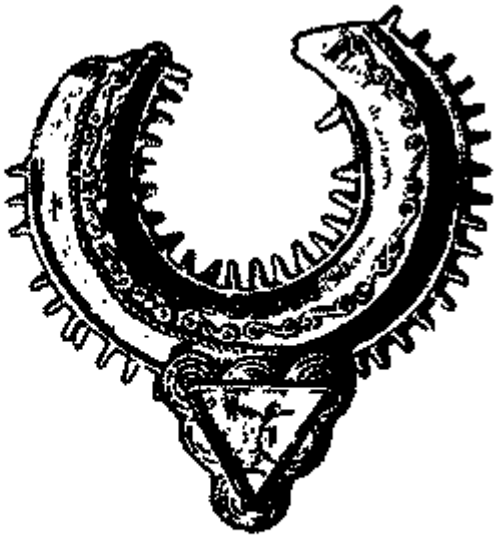
61 Collar con anillos pendientes, del Tesoro de El Carambolo. Longitud total de la cadena, 600 mm.

El collar ofrece paralelos formales con La Aliseda y Oriente-Etruria, desde principios del siglo VI antes de Jesucristo. Aunque las rosetas son orientalizantes, su combinación con las cápsulas no tiene paralelos fuera de Iberia. Las imbricaciones tienen semejanzas en el trono de marfil de Samos y en el de Nimrud, así como en vasos protocorintios, pero no tienen paralelos en la orfebrería.

Hay una fusión de habilidad y estilo delicado y bárbaro a la vez en esta colección de joyas que demuestran una amalgama de lo oriental y lo indígena. Es de gran calidad técnica, pero de poca imaginación en sus motivos. Su fecha puede situarse a principios del siglo VI a. de J. C. y estilísticamente es algo posterior a La Aliseda.

Tras este tesoro se descubrió otro en el cortijo de Évora, cerca de Sanlúcar de Barrameda (prov. de Cádiz). Hay en él una diadema del tipo de La Aliseda y Jávea, trabajada en granulado; ocho piezas de un brazalete acusan semejanzas con joyas de Rhodas y Tharros, y asimismo se conservan varios estuches y cuentas con la misma decoración, formando en aquéllos la esquematización de la figura humana, cuyos prototipos se hallan en cartuchos egipcio-chipriotas, los cuales, a su vez, inspiraron también al artista de La Aliseda. Al mismo origen apuntan dos arracadas y parte de un collar con rosetas y capullos, con discos y crecientes.

62 Colgante de un collar de oro, con decoración en granulado, representando una cara humana estilizada. Altura, 26 mm (Evora).



63 Pendiente de oro del Cortijo de Evora (provincia de Cádiz). Longitud máxima, 24 mm; diámetro máximo, 24 mm.

Este mismo tipo de collar con cápsulas aparece en Cruz del Negro (prov. de Sevilla) y, en fecha más tardía, en la Dama de Elche. En definitiva, los hallazgos tartessios son el resultado de una tradición lejana oriental, de la que quedarán rastros en las figuras de los santuarios de Tanit-Demeter de Sicilia e Ibiza, y que puede enlazarse también con los supuestos viajes de los rhodios.

En la Alta Andalucía, un buen ejemplar tartessio lo representa la cabecita de león de oro del río Jándula (prov. de Jaén), parte de una joya, con paralelos en la orfebrería rhoria del siglo VII antes de Jesucristo.

La fuerza expansiva de los orfebres y metalistas tartessios puede explicar el hallazgo de joyas de este estilo en zonas de la Meseta, como la pieza de cinturón de Sanchorreja (prov. de Ávila) con un grifo cuyos paralelos se hallan en La Aliseda y Carmona, o la divinidad femenina del Cerro del Berrueco, en la provincia de Salamanca. En un punto intermedio entre las piezas sevillanas y las de la Meseta acaban de descubrirse ahora en Castulo (cerca de Linares, prov. de Jaén) tres figurillas de Hathor, emparentadas con unas y otras.

Joyería Andaluza Del Siglo V Antes De Jesucristo

La Alta Andalucía, a partir del siglo V a. de J. C. aparece en contacto con influencias célticas. Sobre las técnicas y motivos tartessios y de ascendencia oriental (granulado, filigrama) se superponen los nielados y repujados célticos, en especial en broches de cinturón y en las falcatas. Los tesorillos muestran esta mezcla en sus piezas de tradición tartessia, influjos célticos y aportaciones griegas y aun de época helenística.

Éste es el caso del tesoro de Abengibre (prov. de Córdoba), cuyos vasos de plata con marcas ibéricas, palmetas y rosetas a buril, se fechan en el siglo IV antes de Jesucristo. Lo mismo ocurre con el tesoro del Molino de Marrubial (prov. de Córdoba), enterrado en el año 104 a. de J. C., cuando ya era viejo. Entre las heterogéneas piezas del tesoro de los Almadenes de Pozoblanco (prov. de Córdoba) sobresalen las fíbulas de

plata con bustos de caballos acolados, saurios, perros, caballos y jabalíes, cuya técnica y decoración es céltica.

El tesoro de Mogón (prov. de Jaén) es el más completo en todos los sentidos, y su fecha de enterramiento la ofrecen las monedas más modernas, consulares romanas, del año 89 antes de Jesucristo. Incluía el tesoro torques de plata, brazaletes y pulseras, un medallón helenístico y otras piezas de gran calidad. De ellas destacan una placa de vaina de puñal con figuras animales enmarcadas en un festón, una diadema decorada con róleos, rosetas y capullos entre ondas, y en especial una hebilla formada por un pato unido a una media luna, decorada con líneas de círculos, dientes de lobo, olas y hojas. El tesoro, muy heterogéneo, muestra un fuerte helenismo, aunque algunas piezas como los torques tienen precedentes tartessios y célticos.

En Santiago de la Espada se halló el escondrijo de un orfebre, ya que incluye lingotes, fragmentos de vasos, tortas de crisol, etc., destinados a ser fundidos de nuevo, y colocados dentro de un vaso de plata de galbo céltico. La tapadera era una pátera de plata decorada con una estrella barroca, grabada y sobredorada, con inscripción ibérica, semejante a la de Abengibre. Al lado de piezas de inspiración céltica sobresalen unos pendientes con racimos en granulado y otro par que soporta una dama alada en cada pieza. Su inspiración es tartessia y su técnica de repujado y soldado recuerda la de El Carambolo. Las figuras reposan sobre pilares en los que destaca el granulado, el fino trabajo de los casquetes, rosetas y lacenas emparentadas con motivos de la cerámica del sudeste; los glóbulos con cruces reservadas entre granulado representan uno de los alardes técnicos más significativos de la joyería de tradición tartessia en el siglo III antes de Jesucristo.

La penetración de los tesorillos hacia la Meseta se sigue por los hallazgos de Juan Abad (prov. de Ciudad Real) y Salvacañete (prov. de Cuenca), que muestran la fusión de influencias en estas regiones de contacto.

Joyería De La Región Valenciano-Catalana

El área costera del Mediterráneo apenas presenta alguna pieza aislada que muestre un fuerte influjo griego sobre las técnicas y los motivos ibéricos. Éste es el caso de la diadema de Jávea, donde los temas griegos de origen oriental se tratan de un modo peculiar en zonas paralelas de frisos, a la vez que se incluyen temas propios de la cerámica del sudeste.

Aparte de esta pieza excepcional, los brazaletes y cadenillas de Jávea han de fecharse, así como los demás de la región, por ejemplo, de la Bastida de Mogente, y los torques, fíbulas y brazaletes de plata de Cheste en el siglo III antes de Jesucristo.

En la zona del Ebro la joyería indígena se manifiesta en los hallazgos de Tivissa, donde, además de la *phiale* con escenas religiosas, se señalan otras con espirales, peces, etc., sobredoradas en los adornos. Un lote de vasos de plata enlaza por sus formas con los del Mediodía que presentan los oferentes; añadamos los pendientes, amorcillados unos, y con racimos de granulados formando espirales los otros, de tradición andaluza seguramente.

El collar de la Valleta del Valeroso (Seros, prov. de Lérida) con una cabeza de león trabajada a martillo y buril, mediante una técnica muy pobre, se sitúa en el siglo II antes de Jesucristo, o sea cuando la joyería imitó los estilos helenísticos.

Tal es el complejo mundo de la joyería y toréutica tartessio-ibérica, en la que confluyen al correr de los tiempos varias corrientes que terminarán aniquilando la fuerza del foco provincial antiguo andaluz, donde la riqueza temática y la exhibición técnica se manifiestan en todo su esplendor.

Es preciso señalar que en la actualidad empieza a verse la posibilidad de adscribir a los artistas indígenas los marfiles de Carmona; detalles de tipo técnico, como la incisión del dibujo, frente al relieve empleado en los marfiles orientales, apuntan en sentido de su procedencia indígena.

APÉNDICE

Las fuentes de la Hispania antigua han sido recogidas, editadas, traducidas y comentadas en *Fontes Hispaniae Antiquae (F.* H. A.), publicadas por la Universidad de Barcelona. Hasta ahora han aparecido los siguientes tomos:

I. *Avieno, Ora Marítima,* ed. Schulten. Barcelona 1922.
II. *Del 500 a. de J. C. hasta César,* ed. Schulten. Barcelona 1925.
III. *Las guerras de 237-154 a. de J.C.,* ed. Schulten. Barcelona 1935.
IV. *Las guerras de 154-72 a.* de J. *C.,* ed. Schulten. Barcelona 1937.
V. *Las guerras de 72-19 a. de J. C.,* ed. y coment. Schulten. Barcelona 1940.
VI. *Estrabón. Geografía de Iberia,* ed. trad. coment. Schulten. Barcelona 1952.
VII. *Las fuentes de César hasta el s. v d. de J.C.,* ed. y coment. R. Grosse. Barcelona 1959.

Avieno ha sido editado y comentado también por BERTHELOT: *Festus Avienus. Ora Marítima,* París 1963.

Cfr. la crítica de CLERC a Schulten. F. H. A. vol. I, en *Massilia,* II, p. 159. La *Geografía* de Estrabón ha sido también publicada y comentada por A. GARCÍA BELLIDO: *España y los españoles hace 2.000 años según la Geografía de Estrabón,* Madrid 1945.

El Vol. VII de las F. H. A., que se ocupa de Mela y Plinio, no ha aparecido aún, pero en cambio puede consultarse la edición de éstos sobre Iberia en A. GARCÍA BELLIDO: La *España del siglo I de nuestra Era según P Mela y C. Plinio,* Madrid 1947.

Las fuentes escritas antes del 500 a. de J. C. hacen referencias a mitos de Occidente y a Tartessos y a sus reyes legendarios. Hay testimonios asirios y bíblicos que aluden a Tarshish; los temas de las Hespérides, el Océano, Gerión y la isla Erythia se tratan en Hesiodo *(Teogonia)* y en Estesicoros *(apud* Estrabón 1,148), Hecateo (h. 500 a. de J. C.), citado por Esteban de Bizancio, señala varios pueblos y ciudades de la Península.

La fuente más interesante es el *Períplo* de Avieno, la *Ora Marítima,* escrita en la baja romanidad y de la que ha llegado a nosotros el libro I. En él se describe el derrotero de Tartessos a Massalia, utilizando un *Períplo* massaliota del siglo VI antes de J. C. y adicionando noticias de la costa del Océano desde Tartessos a las Oestrymnides. Avieno utilizó el *Periplo* del siglo VI a. de J. C. a través de una refundición de Eforo (siglo VI a. de J. C.) y de una compilación de Escimno (siglo I a. de J. C.) sobre éste. Las numerosas interpolaciones convierten la crítica del texto en una labor muy difícil, y, por ello, los exegetas de Avieno se han dividido en dos grupos. Unos mantienen la idea de que en él hay fuentes del siglo VI antes de J. C., y otros, los menos ya hoy, creen que las fuentes más antiguas no alcanzan más allá del siglo IV antes de Jesucristo.

Del siglo V a. de J. C. tenemos algunas menciones sobre Iberia. Así, en el *Períplo* de Himilcón de hacia el 500 (en Plinio, *Nat. Hist.* 2,169); en el de Hannón sobre las Columnas de Herakles; en Píndaro, por quien se comprueba que el Estrecho se halla ya cerrado al tráfico; y en Esquilo, donde las referencias a Occidente tratan del Erydanos y las Gorgonas.

A mediados del siglo v a. de J. C., Herodoto señala como iberos a las tribus cercanas al Estrecho y enumera entre ellas a los *kinetes, gletes, tartessioi, elbysinoi, mastienoi y kelkianioi.* Hay en él referencias a los mercenarios iberos en Magna Grecia y Esparta, a los viajes focenses a Tartessos, a Colaios de Samos, a los pueblos del

noroeste, Gades, el Erydanos, al esparto y a los hurones de Iberia.

Entre 440 y 380 a. de J. C. hay que señalar a Antíoco de Siracusa (en Diodoro), mantenedor de la tesis del indigenismo de los sicanos de Sicilia; Hellánico de Lesbos, quien, igual que Tucídides, supone que los sicanos proceden de Iberia; Herodoro de Heraclea, quien enumera las tribus del Estrecho de oeste (kinetes) a este (mastienos); y Aristófanes, quien trata el tema de los mercenarios ibéricos en Sicilia, igual que Diodoro.

Eforo (405-340), recogiendo fuentes anteriores, y citado posteriormente por Estrabón, Esteban de Bizancio y Escimno, distingue a los tartessios de los iberos; señala la existencia de Emporion, la llegada de los celtas a Gadir, la presencia de estaño en el río de Tartessos y la ocupación de la costa sur por etíopes. Puntos de contacto con él tiene Escilax de Cariadna (h. 340 a. de J. C.), quien habla de la topografía y situación de Gadir, de los terrores del Océano, y desde el Estrecho, en siete jornadas, llega a Emporion. Según Escilax, los iberos llegaron alguna vez hasta el Ródano.

Hacia el 330, Pitheas de Massalia burla el bloqueo del Estrecho y se lanza hacia las Oestrymnides por el Océano, redescubriendo el carácter peninsular de Iberia. Pitheas será la fuente de Eratóstenes sobre el Océano y le combatirán en sus descripciones Artemidoro y Polibio.

Timeo (340-250) recoge las noticias de Eforo sobre Iberia y de Pitheas sobre el Océano; describe también las islas Baleares y a su gente.

A partir del 200 a. de J. C. poseemos una información bastante completa de Iberia gracias a Polibio, Artemidoro, Posidonio, Asclepiades y Estrabón. El primero asistió con Escipión a la destrucción de Numancia el 133 a. de J. C. y viajó por la Península, contando además con los informes de los generales romanos. Representa un gran progreso en la etnografía, pero un atraso con respecto a la situación geográfica de la Península. Sus descripciones, muy fragmentarias, se hallan en Estrabón y en Apiano; éste, sobre todo, lo utiliza para su estudio sobre las guerras celtibéricas y lusitanas. La *Geographoumena* de Artemidoros (h. 100 a. de J. C.) describía las costas y las costumbres de las gentes. Su libro II, perdido como los demás, ha sido seguido por Estrabón y Esteban de Bizancio en varias ocasiones. Sitúa a varios pueblos ibéricos; niega la existencia de Tartessos, y señala los núcleos griegos del sudeste. Desde el punto de vista geográfico, son interesantes sus referencias a las mareas del Océano en Gadir, y, desde el punto de vista etnográfico, sus conocimientos acerca de los santuarios costeros.

Posidonio (130-60 a. de J. C.) trata sobre la Península en su introducción a las guerras lusitanas y celtibéricas. Viajó por Hispania y recorrió la costa de Massalia a Gadir. Limita el nombre de Iberia al Levante de la Península; su conocimiento de la Turdetania es admirable; habla de guerras, vestidos, armas, alimentación, minas, hidrografía, etc., aunque recoge mitos antiguos. Asclepiades de Mirlea, maestro de retórica en Hispania, sigue a Posidonio y Artemidoro, igual que Estrabón (65 a. de J. C.). Éste, a pesar de no conocer el país, estructuró muy bien las noticias de las fuentes que utilizó y es de gran interés, ya que trata de la geografía de Hispania en conjunto.

El *Orbis Pictus,* mapa mural que Agripa mandó pintar en el pórtico de su hija Vipsania Polla, y la *Chorographia,* que era su explicación, influyeron en dos escritores sobre Iberia: Mela y Plinio el Viejo. En el *Manual* de Mela y en la *Enciclopedia de Ciencias de* Plinio se halla una serie de noticias de interés muy variado sobre Iberia.

Un siglo después, Tolomeo, en su *Geografía,* enumera las localidades hispánicas y aporta con matemática precisión sus posiciones astronómicas; los topónimos y las circunscripciones tribales administrativas del país son útilísimas para conocer las épocas anteriores.

Livio tiene valor en cuanto utiliza buenas fuentes, pero en ocasiones admite toda clase de extrañas noticias.

BIBLIOGRAFÍA

Abreviaturas

A.E.A.Arq. Archivo Español de Arte y Arqueología (Madrid, C.S.I.C.)
A.E.Arq. Archivo Español de Arqueología (Madrid, C.S.I.C.)
A.P.L. Archivo de Prehistoria Levantina (Valencia)
An.Hist. A.M. Anales de Historia Antigua y Media de la Facultad de Filosofía *y* Letras de la Universidad de Buenos Aires
B.S.E. Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid
C.A.S.E. Congresos Arqueológicos del Sudeste
C.C.P.P. Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. IV. Madrid, 1954 (Zaragoza, 1956)
C.F. A. Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos (Madrid)
C.G.E.A. Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas (Madrid)
C.H.P. Cuadernos de Historia Primitiva (Madrid)
C.I.L. Corpus Inscriptionum Latinorum.
C.N.A. Congresos Nacionales de Arqueología
C.S.I.C. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid)
C.V.H. Corpus Vasorum Hispanorum.
Emérita Boletín de Lingüística y de Filosofía Clásica (Madrid)
I.E.C. Institut d'Estudis Catalans (Barcelona)
I.E.G. Instituto de Estudios Gerundenses (Gerona)
I.L.N. Illustrated London News.
J.S.E.A. Memorias de Ja Junta Superior de Excavaciones (Madrid)
M.P.E. Menéndez Pidal, R. Estudios dedicados a Menéndez Pidal (Madrid)
M.P.H. Menéndez Pidal, R., *editor.* Historia de España (Madrid)
P.P.S Proceedings of the Prehistoric Society (Cambridge)
Rev. Arch. Bibl. Mus. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos (Madrid)
Rev.Id.Estét. Revista de Ideas Estéticas (Madrid)
S.P.P. Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica, 1 (Pamplona, 1959)
Saitabi Saitabi. Universidad de Valencia
Sefarad Sefarad. Revista de Estudios Hebraicos y Oriente Próximo (Madrid-Barcelona)
Zephyrus Zephyrus. Revista de la Universidad de Salamanca

CAPÍTULO PRIMERO Identificación de los iberos

P. BOSCH GIMPERA: Etnología de la Península Ibérica. *Barcelona, 1932.*
J. CAMÓN: Las artes y los pueblos de la España primitiva. *Madrid, 1954.*
J. CARO: Los pueblos de España. *Barcelona, 1946.*
P. DIXON: The Iberians of Spain. *Oxford, 1940.*
J. MALUQUER: Pueblos Ibéricos. M.P.H. I, *3., 1954.*
J. MARTÍNEZ SANTAOLALLA: Esquema paletnológico de la Península Ibérica. *Madrid, 1941.*
O. MENGHIN: Migrationes Mediterráneas. Origen de los ligures, iberos, aquitanos y vascos. Runa I (Buenos Aires, 1948), p. III.
L. PERICOT: España antigua. En Hist. de España. *Barcelona, 2.ª ed., 1958.*
L. PERICOT: La España primitiva. *Barcelona, 1950.*
A. SCHULTEN: Numantia. *I. Munich, 1914.*
Consultar también S.P.P. pp. 195-219; 221-256; 273-300.

CAPÍTULO II El país
P. DEFFONTAINES y M. DURLIAT: España del Levante (Cataluña, Baleares y Valencia). *Barcelona, 1958. (Trad. del francés.)*
E. HERNÁNDEZ PACHECO: Fisiografía del solar hispano. *Madrid, 1956.*
A. SCHULTEN: Iberische Landeskunde. Geographie des Antiken Spanien. *I. Strasbourg, 1955.*

J. SERMET: L'Espagne du Sud. *París, 1953.*
L. SOLÉ SABARÍS: España. Geografía física. *Barcelona, I, 1952; II, 1954.*

CAPÍTULO III Formación de los pueblos ibéricos

A. ARRIBAS: Megalitismo peninsular. S.P.P. pp. 69-102.
A. BELTRÁN: La indoeuropeización del valle del Ebro. S.P.P. *pp. 103-124.*
P. BOSCH GIMPERA: El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España. *México, 1944.*
R. LANTIER: Celtas e iberos. Contribución al estudio de sus culturas. A.E.Arq. *XIV (1940-1941)pp. 141-181.*
J. MALUQUER: El proceso histórico de las primitivas poblaciones peninsulares. II Zephyrus. VI (1955) pp. 241-255.
M. TARRADELL: Problemas del Neolítico. S.P.P. pp. 45-68.
149
Griegos, Fenicios y *Cartagineses:*
A. GARCÍA BELLIDO: Hallazgos griegos en España. *Madrid, 1936.*
A. GARCÍA BELLIDO: Hispania Graeca. *Barcelona, 1948.*
A. GARCÍA BELLIDO: Nuevos hallazgos griegos en España. A.E.Arq. *XIV (1940-1941)pp. 524-538.*
A. GARCÍA BELLIDO: Fenicios y carthagineses en Occidente. *Madrid, 1942. M. TARRADELL: El impacto colonial de los pueblos semitas.* S.P.P. *pp. 257-272.*
Romanización
A. BALIL: Un factor difusor de la romanización: las tropas hispánicas al servicio de Roma (III-I cent. B.C.). Emérita. *XXIV (1956) pp.108-135. A. BALIL: Algunos aspectos del proceso de la romanización en Cataluña.* Ampurias. *XVII-XVIII (1955-1956) pp. 39-57. P. PALOL: Etapas de la romanización. S.P.P. pp. 303-317. C. SÁNCHEZ ALBORNOZ: Proceso de la romanización de España desde los Escipiones hasta Augusto.* An. Hist. A.M. *(1949). J. de C. SERRA RÁFOLS: El poblamiento romano de Hispania.* C.C.P.P. *pp. 911-929.*
Tartessos:
M. ALMAGRO: El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el occidente europeo. Ampurias. *II (1940) pp. 85-143. M. ALMAGRO:* Inventaría Archoeologica. *E. I. Madrid. 1958. C. HAWKES: Las relaciones en el Bronce final entre la Península Ibérica y las Islas Británicas.* Ampurias, *(1952) pp. 81-121. H. HENCKEN: The fibula of Huelva.* P.P.S. *(1956) pp. 213-215. H. HENCKEN: Carp's tongue swords in Spain, France and Italy.* Zephyrus. *VII (1956) pp. 125-178. E. MACWHITE:* Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Hispánica en la Edad del Bronce. *Madrid, 1951. J. MALUQUER: Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos.* S.P.P. *pp. 273-301.*
H. N. SAVORY: The Atlantic Bronze Age in South West Europe. P.P.S. *1949. p. 128. A. SCHULTEN:* Tartessos. *2.ª ed. Madrid, 1945.*

CAPÍTULO IV El pueblo

P. *BELTRÁN: El plomo de la Bastida de les Alcuses (Mogente). S.I.P. Valencia (1962). J. y M. E. CABRÉ: La caetra y el scutum en Hispania durante la segunda Edad del Hierro.* B.S.E. *VI (1939-1940) pp. 57-84. J. CARO: La escritura en la España Prerromana (Epigrafía y Numismática).* M.P.H. *I, 3 (1954) pp. 677-812.*
150
A. GARCÍA BELLIDO: Música, danza y literatura entre los pueblos primitivos de España. Rev. Id. Estét. *(1943) p. 59.*
A. GARCÍA BELLIDO: Bandas y guerrillas en las luchas con Roma. *Madrid, 1945. J. GIMENO: La indumentaria del jinete ibérico.* Cat. Expo. Numis. *Tarrasa. 1951. M. GÓMEZ MORENO: La escritura bástulo-turdetana (primitiva hispánica).* Rev. arch. Bibl. Mis. *LXIX, 2, 1961, pp. 879-948. H. HENCKAERS: Indo-European languages and archaeology. Amer. Centhr. assoc. 57, no. 6, pt. 3, 1955.*
H. SANDARS: The weapons of the Iberians. Archaeologia. *LXIV (1913) pp. 1-105. A. TOVAR:* The Ancient languages of Spain and Portugal. *New York, 1961. A. TOVAR: Léxico de las inscripciones ibéricas*

(celtibérico e ibérico). M.P.E. *II.*
(1951)pp. 273-323.
A. TOVAR: Sobre las escrituras tartessia, libio-fenicia y del Algarbe. Zephyrus. *VI (1955) pp. 273-283.*
R. VIOLANT: Un arado y otros aperos ibéricos hallados en Valencia. Zephyrus. *IV (1953) pp. 119-130.*

CAPÍTULO V Poblados y casas
M. ALMAGRO: Estratigrafía de la ciudad helenístico-romana de Ampurias. A.E.Arq. *XX (1947) pp. 179-199.*
I. BALLESTER y otros: Cerámica del Cerro de San Miguel de *Liria.* C. V.H. *Madrid, 1954.*
H. BREUIL y R. LANTIER: Le Tolmo a Minateda. A.P.L. *II (1945) pp. 213-237. A. DEL CASTILLO: La Costa Brava en la Antigüedad.* Ampurias *I (1939) pp. 186-267. D. FLETCHER: El poblado de Rochina. Bol. R. Soc. Esp. Antropología, Etnografía y*
Prehistoria (Atlantis), XV, p. 125, Madrid (1940). A. GARCÍA BELLIDO: La arquitectura entre los iberos. *Madrid, 1945. M. OLIVA: Sobre las excavaciones en Ullastret.* A.I.E.G. *VIII (1953) pp. 296-316; IX (1954) pp. 272-316; X (1955) pp. 322-410; XI (1956-1957) pp. 274-338; XII (1958) pp. 319-337; XIII (1959).*
A. SCHULTEN: Meca, una ciudad rupestre ibérica. C.A.S.E. *Albacete (1946) pp. 265-279.*
J. de C. SERRA RÁFOLS: Llocs d'habitació ibérics de la Costa de Llevant. A.I.E.C. *(1927-1931) pp. 41-54.*
S. VILASECA y otros: Excavaciones del Plan Nacional en el Castellet de Bañóles de Tivissa (Tarragona) C.G.E.A.. *20 (1949).*

CAPÍTULO VI Vida social, comercio y economía Economía:
J. CARO: Regímenes sociales y políticos de la España prerromana. Rev.Id.Estét.
MI. Madrid, 1940. A. GARCÍA BELLIDO: España y los españoles hace dos mil años. *Madrid, 1945.*
151
G. GOSSE: Las minas y el arte minero de España en la Antigüedad. Ampurias. *IV (1942) pp. 43-68.*
J. JÁUREGUI y E. POBLET: Minería antigua en cabo de Palos. C.A.S.E. *III (Murcia, 1947) pp. 79-97.*
J. de C. SERRA RÁFOLS: Els començos de la mineria; metal.lurgia del coure a la Península Ibérica. Bull de l'Assoc. Cat. de Ant. Etnol. Prehist., *1924.*
Monedas:
J. AMORÓS: Les dracmes emporitanes. *Barcelona. 1933.*
J. AMORÓS: Les monedes emporitanes anteriors a les dracmes. *Barcelona, 1934.*
A. BELTRÁN: Numismática antigua, *Cartagena, 1950.*
M. GRANT: The decline and fall of city coinage in Spain. Numis. Chron. *IX (1949).*
GUADAN: Las leyendas ibéricas en las dracmas de imitación emporitana. *Madrid, 1956.*
G. F. HILL: Notes on the ancient coinage of Hispania Citerior. *New York, 1932.*
J. MILLAS y F. MATEU: Sobre las inscripciones monetarias púnico-hispanas. Sefarad. IX (1949) pp. 432-441.

CAPÍTULO VII Religión y ritual
A. BALIL: Representaciones de cabezas-cortadas y cabezas-trofeo en el Levante español. C.C.P.P.. *pp. 871-888.*
J. M. BLÁZQUEZ: Dioses y caballos en el mundo ibérico. Zephyrus. *V (1954) pp. 193-212.*
J. M. BLÁZQUEZ: Las diosas sagradas de Elche (Alicante). C.C.P.P. *pp. 747-753.*
J. M. BLÁZOUEZ: La interpretación de la pátera de Tivissa. Ampurias. XVII-XVIII (1955-1956) pp. 111-140.
J. M. BLÁZQUEZ: Religiones primitivas de España. 1. Fuentes literarias y epigráficas. *Madrid, 1962.*
E. CUADRADO: La diosa ibérica de los caballos. C.C.P.P. *pp. 797-811.*
J. M. de NAVASCUÉS: El mapa de los hallazgos de epígrafes romanos con nombres de divinidades indígenas en la Península Ibérica. C.N.A. *II (1951) pp. 327-336.*
A. FERNÁNDEZ de AVILES: Relieves hispano-romanos con representaciones ecuestres. A.E.Arq. *XV (1942) pp. 199-215.*
Los santuarios:
1. *CALVO y J. CABRÉ: Excavaciones en la cueva y Collado de los Jardines (Santa Elena, Jaén)* J.S.E.A. *(1918 y 1919).*
E. CUADRADO: Excavaciones en el santuario ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia). C.G.E.A. *21 (1950).*
R. LANTIER y J. CABRÉ: El santuario ibérico del Castellar de Santisteban. Com. Inv. Pal. y Preh. *Madrid, 1917.*
C. VISEDO: Excavaciones en La Serreta de Alcoy. J.S.E.A. *no. 41, 1921-1922.*

152
Las necrópolis:
M. ALMAGRO: Las necrópolis de Ampurias. *Barcelona, 1955.*
G. BONSOR: Les colonies agricoles préromaines de la vallée du Betis Rev. Arch.
XXXV, 1899. J. CABRÉ y F. MOTOS: La necrópolis ibérica de Tútugi (Galera, prov de Granada)
J.S.E.A. *no. 25, 1920. J. CABRÉ: Arquitectura hispánica: el sepulcro de Toya.* A.E.A Arq *I (1925) pp 73-101.*
CERRALBO, MARQUÉS de: Las necrópolis ibéricas. *Madrid, 1916. M. Louisy O. J. TAFFANEL:* Le premier Age du fer Languedocien. *II.* Les necropoles
à *incineration.. Bordighera-Montpellier, 1958. G. NIETO: Noticia de las excavaciones realizadas en la necrópolis hispánica del*
Cabecico del Tesoro de Verdolay, Murcia. B.S.E. *VI (1939-1940) pp. 137-160; IX*
(1942-1943) pp. 191-196; X (1943-1944) pp. 165-175. J. SÁNCHEZ JIMÉNEZ: Excavaciones y trabajos arqueológicos en la provincia de
Albacete, de 1942 a 1946. C.G.E.A. *15 (1947).*

CAPÍTULO VIII Arte ibérico
F. ALVAREZ OSSORIO: Catálogo de los exvotos de bronce ibéricos del Museo Arqueológico Nacional. *Madrid, 1941.*
P. BOSCH GIMPERA: Relaciones entre el arte ibérico y el griego A.P.L. *I (1928) pp 163-177.*
A. GARCÍA BELLIDO: Las relaciones entre el arte etrusco y el ibero A.E. A. Arq *VII*
(1931) pp. 119-149. A. GARCÍA BELLIDO: Una cabeza ibérica del estilo de las korai áticas. A E A Arq *XI*
(1935) pp. 165-178. A. GARCÍA BELLIDO: Algunos problemas de arte y cronología ibéricos. A E A Arq
(1943) pp. 78-108; pp 272-299.
A. GARCÍA BELLIDO: Ars Hispaniae. *1, 2. Madrid, 1946. A. FERNÁNDEZ DE AVILES: Esculturas del Cerro de los Santos. La Colección Velasco*
(Museo Antropológico) en el Museo Arqueológico Nacional. A.E. Arq. *XVI*
(1943)pp. 361-387. R. LANTIER: Bronzes votifs ibériques. *París, 1935.*

CAPÍTULO IX Cerámica
M. ALMAGRO: El estado actual de la clasificación de la cerámica ibérica. C.A.S.E. Alcoy *(1950) pp. 128-144.*
I. BALLESTER y otros: Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria C.V.H. *Madrid 1954.*
J. CABRÉ: Cerámica de Azaila. C.V.H. *Madrid, 1944.*
E. CUADRADO: Materiales ibéricos: cerámica roja de procedencia incierta. Zephyrus. *IV (1953) pp. 265-309.*
E. CUADRADO: Las primeras aportaciones del Cigarralejo al problema de la cronología ibérica. C.A.S.E. *Alcoy (1950) pp. 159-172.*
A. DEL CASTILLO: La cerámica ibérica de Ampurias. Cerámica del Sudeste A.E.Arq. *XVI (1943) pp. 1-48.*
D. FLETCHER: Sobre la cronología de la cerámica ibérica. A.E.Arq. *XVI (1943) pp. 109-115.*
A. GARCÍA BELLIDO: Problemas de la cronología ibérica. Saitabi. *II (1944) pp. 109-119.*
A. GARCÍA BELLIDO: La pintura mayor entre los iberos. A.E.Arq. *XVIII (1945) pp. 250-257.*
A. GARCÍA BELLIDO: Nuevos datos sobre la cronología final de la cerámica ibérica y sobre su expansión extrapeninsular. A.E.Arq. *XXV (1952) pp. 39-45.*
A. GARCÍA BELLIDO: Estado actual del problema referente a la expansión de la cerámica ibérica por la cuenca occidental del Mediterráneo. A.E.Arq. *XXX (1957) pp. 90-106.*

CAPÍTULO X Joyería tartessio-ibérica
A. BLANCO: Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la península. A.E.Arq. *XXIX (1956) pp. 3-51. J. DE M. CARRIAZO: Gold of Tarshish?* I.L.N. *31. 1 1959. No. 6243.*
E. CUADRADO: La fíbula hispánica y sus problemas. Zephyrus. *VIII (1957) pp. 5-76. W. L. HILDBURGH: A find of ibero-romano silver at Cordova (tesoro de Marrubial).*
Archaeologia. *LXXII (1921-1922), pp 161-184. J. MALUQUER: Un interesante lote de bronces, hallados en el castro de Sanchorreja*
(Ávila). Zephyrus. *VII (1957) pp. 241-256. J. MALUQUER: Nuevos hallazgos en el área tartésica.* Zephyrus. *IX (1958) pp.*
201-219. Consultar también: A.E.Arq. *1936, 1937, 1943, 1953, 1956, 1957 y 1959.*

ÍNDICE DE GRABADOS

1 La Península Ibérica según la «Ora Marítima», *interpretada* por Schulten, con modificaciones de *García y* Bellido.
2 Distribución de las factorías *griegas* y púnicas.
3 Vaso *decorado de Liria, representando una dama* sentada en una silla de alto respaldo. (Mus. Prehistoria de Valencia.)
4 Flautista de la escena de la fig. 5.
5 *Procesión de* damas, con las manos enlazadas (fragmento de un «kalathos» decorado, de Liria). (Mus. Preh. Valencia.)
6 Danza funeraria ritual (en un fragmento de Liria). (Mus. Preh. Valencia.)
7 El acróbata (bloque de caliza de Osuna). Alt. 80 cm; anch., 40 cm; grosor, 11 cm. (Mus. Arq. Nac., Madrid.)
8 Cabeza de mujer (pintada en un pequeño vaso de Liria). (Mus. Preh., Valencia.)
9 Dos encapuchados (fragmento de un pequeño vaso de Liria).
10 La Dama del espejo o Dama del abanico (fragmento de una escena pintada en un vaso de Liria). (Mus. Preh. Valencia.)
11 Broche de cinturón de la tumba 63 de La Albufereta. 65x75x8 mm.
12 Una de las cuatro placas de El Cabecico del Tesoro de Verdolay, Murcia. 57 x 46 mm.
13 Jinetes, soldados a pie y músicos en un «oinochoe» de Liria. (Mus. Preh., Valencia.)
14 Guerrero con coraza, escudo y lanza (parte de un friso conocido con el nombre de Batalla entre jinetes y peones, de Liria). (Mus. Preh., Valencia.)
15 Lucha entre dos guerreros (de Osuna). Fragmento de caliza. Longitud 58 cm; anchura, 58 cm; grosor, 11 cm. (Mus. Arq. Nac., Madrid.)
16 Reconstrucción del Friso de los Guerreros, de Osuna. Caliza fina. Longitud total, 1,30 m; altura del bloque mayor (en dos partes), 72 cm; grosor, 25 cm. (Mus Arq. Nac., Madrid.)
17 Guerrero con un casco empenachado y embrazando un escudo circular y falcata (fragmento de un vaso de El Cabecico del Tesoro, Murcia).
18 Escena de batalla (fragmento de un gran «kalathos» de Alloza, Teruel).
19 Batalla fluvial, representada en un vaso de Liria. (Mus. Preh., Valencia.)
20 Bloque de caliza, con un guerrero llevando «caetra». 65x40x13 cm. (Mus. Arq. Nac., Madrid.)
21 Caballo con «parasol» en su testuz (detalle de un vaso de Liria). (Mus. Preh., Valencia.)
22 Jinete armado con falcata y rodeado de inscripciones ibéricas (de un vaso de Liria). (Mus. Preh., Valencia.)
23 Distribución de las inscripciones ibéricas, célticas, tartessias y fenicias (según Tovar).
24 Tabla comparativa de signos en las inscripciones del Algarbe y Sudoeste (según Tovar).
25 Inscripción tartessia.
26 Plomo inscrito de La Serreta de Alcoy (ambas caras). Longitud, 171 mm; ancho, 62 mm; grosor, 1 mm.
27 Signos del alfabeto sudibérico (según Tovar).
28 Signos del alfabeto ibérico levantino (según Tovar).
29 Distribución de los poblados y cementerios ibéricos.
30 Planta del poblado de Ullastret (prov. de Gerona).
31 Planta del poblado de Puig Castellar, Santa Coloma de Gramanet (prov. de Barcelona).

32 Planta de las torres de la entrada al poblado de Tivissa (prov. de Tarragona).
33 Planta del poblado de La Bastida de Mogente (prov. de Valencia).
34 «La recolección de las granadas» (fragmento decorado de un «kalathos» de Liria). (Mus. Preh., Valencia.)
35 Representaciones de peces en la cerámica de Liria.
36 La diosa alada (fragmento de cerámica de Elche).
37 Escenas simbólicas de culto (de una pátera de Tivissa).
38 Cista de caliza de la tumba 76 de Galera, con restos de decoración pintada.
39 Sección de una tumba de Galera con decoración pintada en su pared interior.
40 Planta y sección de la tumba 75 de Galera.
41 Vista isométrica de la tumba principal de Toya.
42 Reconstrucción de una rueda de carro de la tumba de Toya. Diámetro, 90 centímetros.
43 Hallazgos de escultura en piedra de época ibérica (según E. Cuadrado) y distribución de los exvotos de terracota y bronce.
44 Uno de los ciervos de Caudete (prov. de Albacete). Caliza; longitud, 75 cm; altura, 74 cm; grosor, 25 cm. (Mus. Arq., Albacete.)
45 La Dama sentada de Verdolay. Caliza. (La cabeza seguramente no pertenece al cuerpo.) (Mus. Arq., Murcia.)
46 Tañedor de tuba en un bloque de caliza, de Osuna. Altura, l,10 m; anchura, 57 cm; grosor, 24 y 16 cm. (Mus. Arq. Nac., Madrid.)
47 Distribución de la cerámica ibérica.
48 Crátera indígena de Toya, imitando las cráteras griegas de las columnas. Altura aproximada, 50 cm. (Mus. Arq. Nac., Madrid.)
49 Proa de una barca de quilla plana (fragmento de un vaso de Liria). (Mus. Preh., Valencia.)
50 El vaso de los pájaros, de Azaila (prov. de Teruel).
51 Figuras en actitud de «Salutatio ibérica», en un pequeño vaso de Azaila. (Mus. Arq., Barcelona.)
52 Cazador con su perro, parte central de un «kalathos» decorado, de Azaila (Mus. Arq., Teruel.)
53 Caza de ciervos; lobo y pájaro de presa; tema principal de un «kalathos» de Alloza. (Mus. Arq., Teruel.)
54 Fragmento de un «kalathos» de Alloza. (Mus. Arq., Teruel.)
55 Fragmento del mismo «kalathos» de la fig. 54.
56 Fragmento del mismo «kalathos» de la fig. 54.
57 Dos copas (a) de Cabrera de Mataró. Altura, 45 mm; diámetro boca, 60 mm; diámetro base, 35 mm. (b) con decoración de losanjes, del poblado de Els Castellans. Altura, 75 mm; diámetro de boca, 80 mm; diámetro pie, 45 mm (Mus. Arq., Barcelona.)
58 Distribución de la joyería y toréutica (siglos VI-II a. de J.C.) y de «braserillos» y «oinochoi».
59 «Braserillo» y jarra de bronce. Del túmulo de La Cañada de Ruiz Sánchez Carmona (prov. de Sevilla).
60 Placa pectoral en forma de piel de toro. Del tesoro de El Carambolo (prov. de Sevilla). Long. en diagonal, 170 mm. (Mus. Arq., Sevilla.)
61 Collar con anillos pendientes, del tesoro de El Carambolo. Longitud total de la cadena, 600 mm. (Mus. Arq., Sevilla.)
62 Colgante de un collar de oro, con decoración en granulado, representando una cara humana estilizada. Altura, 26 mm. Cortijo de Evora (prov de Cádiz). (Mus. Arq.,

Cádiz.)

63 Pendiente de oro del Cortijo de Evora (prov. de Cádiz). Longitud máxima, 24 mm; diámetro máximo, 24 mm. (Mus. Arq., Cádiz.)

PRÓLOGO.....
AGRADECIMIENTO.....
INTRODUCCIÓN.....
CAPÍTULO PRIMERO.....
IDENTIFICACIÓN DE LOS IBEROS.....
Las Fuentes Escritas Más Antiguas Sobre Los Iberos.....
El Problema Ibérico.....
La Arqueología Y El Problema Ibérico.....
La Síntesis Etnológica De Bosch Gimpera.....
Estudios Recientes Sobre El Problema Ibérico.....
CAPÍTULO II.....
EL PAÍS.....
Características Físicas.....
El Clima.....
La Vegetación.....
CAPÍTULO III.....
FORMACIÓN DE LOS PUEBLOS IBÉRICOS.....
El Sustrato Básico Étnico-Cultural De Los Iberos.....
Colonos E Indígenas.....
Tartessos o Eldorado fantasma.....
Los pioneros griegos en Occidente.....
Comercio y colonización en el siglo VI antes de Jesucristo.....
Las factorías hasta la conquista romana.....
Relaciones entre colonos e indígenas.....
CAPÍTULO IV.....
EL PUEBLO.....
Cómo Vivían.....
El Vestido.....
El adorno personal.....
Cómo Luchaban.....
Cómo Hablaban Y Cómo Escribían.....
El alfabeto del Sudoeste.....
El alfabeto ibérico.....
CAPÍTULO V.....
POBLADOS Y CASAS.....
CAPÍTULO VI.....
VIDA SOCIAL, COMERCIO Y ECONOMÍA.....
Instituciones Políticas Y Sociales.....
Bases Económicas.....
Agricultura.....
Ganadería y pesca.....
Riqueza minera.....
La Industria.....
La Artesanía.....
El Comercio.....
Monedas.....
La moneda griega.....
Las monedas ibéricas.....
Las monedas de Andalucía.....
CAPÍTULO VII.....
RELIGIÓN Y RITUAL.....
creencias religiosas.....
Los santuarios.....
La Vida De Ultratumba.....
El ritual funerario.....
Las necrópolis y las sepulturas.....
CAPÍTULO VIII.....
ARTE IBÉRICO.....
Escultura Arquitectónica.....

ESCULTURA ZOOMORFA.....
ESCULTURA HUMANA.....
ESCULTURA MENOR: LOS EXVOTOS.....
Terracotas.....
Exvotos de bronce.....
CAPÍTULO IX.....
CERÁMICA.....
CERÁMICA ANDALUZA CON DECORACIÓN GEOMÉTRICA.....
CERÁMICA DEL SUDESTE.....
CERÁMICA CON ESCENAS HUMANAS DE LIRIA Y DE LA REGIÓN VALENCIANA.....
CERÁMICA DEL VALLE DEL EBRO.....
CERÁMICA DE CATALUÑA.....
CAPÍTULO X.....
JOYERÍA TARTESSIO-IBÉRICA.....
JOYERÍA TARTESSIA.....
JOYERÍA ANDALUZA DEL SIGLO V ANTES DE JESUCRISTO.....
JOYERÍA DE LA REGIÓN VALENCIANO-CATALANA.....
APÉNDICE.....
BIBLIOGRAFÍA.....